

Puerta hacia la Perdición

MariaJe Bailón



Image not found.

Capítulo 1

Prólogo.

En el fuego de la chimenea, la madera crepitaba creando un clima hogareño en la casa de campo de la familia Price. Normalmente pasaban la Navidad en la ciudad, pero ese año tanto el padre como la madre trabajaban, y el abuelo decidió llevarse a los nietos a la preciosa casa de madera. Allí, sentado en un sillón de color marrón, contaba a los pequeños el cuento de cada noche. Un cuento tan cierto como que existe un universo, a pesar de lo que muchos pensaban.

—Hace mucho, mucho tiempo, el caos cayó sobre la Tierra con la fiereza de una tormenta eléctrica en una peligrosa noche. —Comenzó a narrar el anciano con una sonrisa de oreja a oreja—. Este caos no fue causado por ningún fenómeno natural, sino por uno de esos muchachos bajitos y pobres a los que nadie presta atención. Uno de esos niños que, a causa de no tener amigos, prefieren buscar aventuras en los verdes campos cercanos al pueblo, en los que se sumergía en el mundo de la imaginación.

»Neon era el nombre de este joven el cual, un día, paseando entre las rocas, cerca del río, encontró entre los juncos una escalera de caracol enterrada en el suelo que bajaba hacia las entrañas de la Tierra perdiéndose en una angustiosa oscuridad. No obstante esta oscuridad no detuvo al solitario valiente. Respiró hondo un par de veces y comenzó a descender por la piedra sin dejarse atemorizar por el inquietante sonido de sus pisadas resonando en las paredes, erosionadas por el paso de los años.

»Al final de las escaleras, Neon sudaba por la humedad y el largo descenso, aunque dejó de preocuparse por ello cuando a lo lejos, levemente iluminada, divisó la Puerta más bella y sorprendente que jamás hubo contemplado en sus años de vida: Su marco, grueso, estaba fabricado de mármol blanco como la nieve virgen, y en la Puerta, la cual también había sido elaborada con este mismo material, el dibujo de un árbol seco erizó todo el vello de su cuerpo. No supo si eran las raíces que parecían quebrarse bajo el peso del tronco, o las ramas curvadas y secas que se alzaban hacia el cielo como garras afiladas. De lo que sí estuvo seguro fue de que en ese árbol había algo hermoso, sobrecogedor y malvado, que parecía tentarlo a abrir esa Puerta tan peculiar. Sentía como si un centenar de voces le susurrasen al oído, todas a la vez, palabras de ánimo provocándole una curiosidad casi enfermiza.

»De esta forma su determinación creció poco a poco, hasta que al fin, con mano temblorosa, abrió la Puerta hacia lo que, él no sabía, sería la perdición del planeta Tierra. Sin embargo, lo único que buscaba el

muchacho eran aventuras. Buscaba ser un héroe, descubrir lugares nuevos, y dar vida a todas aquellas fantasías que imaginaba. Buscaba un amigo que lo escuchase y entendiese. Un amigo con el que jugar, reír y contar anécdotas. Al fin y al cabo, él era un joven con ganas de diversión.

El hermano menor se balanceó a derecha e izquierda en el suelo cogiéndose los pies con las manos.

—¡Sigue, abuelo! ¿Qué pasó?

—Pues que Neon se quedó impresionado por el mundo que se extendía al otro lado, porque era como viajar a otra dimensión diferente.

—¿Y qué más? ¡Cuenta! —exigió Tommy, el pequeño.

—Un tremendo temblor sacudió los árboles tras cruzar el umbral, y el muchacho se tambaleó hasta casi caer al suelo. A continuación un rugido sobrecogedor rasgó el cielo, y Neon no supo cómo reaccionar. No había escuchado nunca rugido tan atronador, por lo tanto no lo asociaba a una criatura buena, pero tampoco a una mala. Fue su error no correr por donde había entrado. Fue su culpa no cerrar la brecha que había abierto con sus propias manos. Pero no hubo marcha atrás: En el cielo, muy a lo lejos, una especie de nube negra se aproximaba hacia él con la velocidad de un águila a la caza de un ratón. Al principio Neon solo oyó un rugido, pero tras unos segundos se dio cuenta de que no era uno, sino cientos de rugidos y graznidos los que se aproximaban hacia donde él estaba. Y no solo eso; en la tierra los árboles temblaron de nuevo a causa de las miles de bestias que corrían hacia la Puerta del árbol, todos ellos con rostros que el muchacho no supo identificar. Criaturas nunca vistas por la humanidad, de todas las formas, tamaños y colores. Con cuernos y sin ellos, de pelo largo, corto, rizado y liso. De dientes afilados y garras del tamaño de cuchillos. Con ojos grandes, o un solo ojo con el que ver el mundo. Con alas, aletas, patas...

»Neon gritó hasta que no quedó aire en sus pulmones, y entonces corrió a esconderse de esas abominaciones sin nombre que pasaron por la Puerta que él, el chico sin amigos, había abierto.

»Fue en ese momento cuando el planeta Tierra se ensombreció bajo las criaturas, y dejó de existir como lo conocemos. Surgieron de ahí todas las leyendas en las que hoy en día pocos creen, sobre hipogrifos, sirenas, unicornios o fantasmas. Todos ellos criaturas reales que escaparon del mundo de Rahagistián para darse a conocer en todo su esplendor. Leyendas que han caído en el olvido, con el paso de los años, hasta ser una mentira que solo creen los Fantasiosos.

—¿Y como acaba la historia, abuelo? ¿Qué ocurrió cuando nuestro mundo se ensombreció, y las criaturas causaron el caos? ¿Llegó Neon a

salvarnos con espada y armadura? —Rió Norman, escéptico.

Él siempre había sido demasiado realista para sus once años de edad. No creía en nada que no pudiese ver, por lo tanto no pasaba miedo en las películas de terror, porque nunca había visto un fantasma o un zombi con sus propios ojos, como tampoco daba importancia a los cuentos, que según decía, eran solo para niños pequeños.

—No te rías, Norman. No juzguéis esta historia a la ligera, ni tú ni tu hermano. Es tan real como el aire que respiráis, o la lluvia que cae del cielo. Es la explicación que buscáis a aquello que no entendéis, y a los cuentos de terror que escucháis antes de ir a dormir. Todo, absolutamente todo, es realidad. Incluso el Coco, es realidad. —Elevó la mano derecha para colocarse las gafas en su lugar, sobre la nariz, y añadió con voz de advertencia:— Estad preparados, muchachos. Estad listos para el día en que la Puerta vuelva a abrirse, porque esta vez no habrá nadie que nos salve de la destrucción.

—¡Oh, abuelo, así que tú eres uno de esos Fantasiosos! —exclamó el muchacho aún riendo.

El anciano le ordenó callar con rostro molesto.

—Un Fantasioso que ya no podría evitar un nuevo caos. Sin duda yo no sería un héroe si la escena volviera a repetirse. ¿Quieres saber el final de la historia, o no?

—¡Sí! —gritó Tommy, el hermano de Norman, entusiasmado. Al parecer él sí creía en la historia de su abuelo, por lo que sin duda sería un Fantasioso genial que lucharía frente a las bestias de Rahagistián.

El abuelo sonrió conforme por la emoción del pequeño de diez años, y unas arrugas se formaron alrededor de sus ojos azules cansados.

—Las terribles bestias destrozaron todo aquello que se interponía en su camino: casas de paja o de madera, árboles, matorrales, flores, e incluso familias enteras. Las criaturas con cuernos, llamadas ahora minotauros, embistieron a los padres, otras con un solo ojo, los cíclopes, destrozaron las paredes de los hogares con sus garrotes, los hipogrifos, mitad águila y mitad león, se llevaron a los niños a sus nidos para alimentar a sus propias crías, y los humanos que sobrevivieron se escondieron en las profundidades de las montañas, en cuevas ocultas bajo tierra donde ninguna bestia los podría encontrar jamás.

»Neon vagó solo por los pueblos buscando una solución, hasta que por fin comprendió que únicamente cerrando la brecha lograría devolver a las criaturas a Rahagistián. Así lo hizo, y un vendaval terrible se levantó cuando el muchacho tocó la Puerta del árbol con la punta de los

dedos. Parecía que una fuerza sobrenatural quería impedirle lo que iba a hacer, pero él no se rindió ante la ferocidad del viento y comenzó a empujar el gran bloque de mármol hasta que el viento sopló en la dirección opuesta.

»De nuevo, un escalofriante rugido rasgó el cielo, y miles de cuerpos volaron hacia el interior de Rahagistián. A pesar de la resistencia de algunos, el vendaval los arrastró hasta devolverlos a su lugar de origen, el sitio del que nunca deberían haber salido. ¡Y habría arrastrado también a Neon de haber pertenecido a ese mundo!

Tommy saltó entusiasmado.

—¡Abuelo! ¿Cómo es posible que Neon consiguiese encerrar de nuevo a los monstruos?

El anciano sonrió agradado por la alegría de su nieto, y respondió:

—Porque Neon escuchó una voz en su cabeza que decía que el único que podía cerrar la Puerta era aquel que la había abierto.

De nuevo el pequeño volvió a brincar.

—¡Qué emocionante! ¿Y así es como acaba la historia?

En sus ojos se veía el ansia de fantasía, ya que a él le encantaba imaginar.

—Los humanos volvieron a construir sus casas, y algunos incluso olvidaron la terrible desgracia. Otros juraron no olvidar el ataque y prometieron a Dios que protegerían al mundo de una nueva invasión. Estos —continuó el anciano mirando a sus nietos por encima de las gafas de media luna—, son los llamados Fantasiosos.

Capítulo 1: Ansias de aventura.

Un pájaro de color marrón y blanco pasó volando como una exhalación junto a la ventana donde se apoyaba Norman, ahora de dieciséis años, alto, de aproximadamente un metro ochenta, de iris más azules que el mar y cabello cobrizo. Un chico apuesto a ojos de cualquier adolescente, nacido en Londres, y muy popular en su instituto, desde

luego.

Ese día no era un día cualquiera para él, ya que, aunque aún no lo supiese, su mayor preocupación se solucionaría. Por fin abandonaría esa vida monótona que tanto le disgustaba para emprender una aventura que lo llevaría a mundos en los que nunca antes creyó, llenos de color y criaturas salidas de leyendas o cuentos infantiles. Además recibiría una visita, muy, pero que muy especial.

—¡Norman! —llamó Tommy desde la puerta alzando la mano.

Aunque él era un año más pequeño que Norman, en el colegio era tan listo que lo adelantaron un curso, así que, al tener ambos el mismo apellido, coincidían en todas las clases, tenían los mismos profesores y las mismas asignaturas. Tommy siempre creyó que era una suerte el poder pasar el día entero con su hermano, pero el otro muchacho, menos cariñoso, no opinaba del mismo modo. Esto no quiere decir que no quisiera a su hermano, que lo hacía, sino que prefería pasar más tiempo solo o con los amigos, a pasarlo con alguien de la familia.

—¿Por qué te has retrasado tanto? —preguntó el mayor.

—Mi despertador no ha sonado a su hora, creo que está escacharrado. Tengo que buscarme un reloj nuevo ya. ¿Qué tal si me acompañas después de clase?

—¡Oh, vamos! ¿No crees que es más fácil usar tu móvil? Es lo que hace todo el mundo, hermano. Deberías espabilar.

Tommy negó con la cabeza sin apartar su mirada azul de los ojos del chico.

—Me gustan los despertadores, ¿vale? Y tú deberías tener más consideración conmigo cuando hablas. Te conozco, y sé cuando tienes un mal día. ¿Te has levantado con el pie izquierdo?

Norman le mantuvo la mirada durante unos segundos, indiferente, y después, suspirando, dio media vuelta sin mediar palabra y se dirigió a su pupitre.

En cierto modo lo que decía Tommy era cierto, no podía enfadarse con la gente por el simple hecho de despertarse malhumorado, debía de ser más considerado o acabaría quedándose solo. ¿De qué le serviría ser una cara bonita cuando en realidad no podía tener amigos de confianza? Era hora de dejar de lado esas preocupaciones por vivir aventuras, y comenzar a valorar más la maravillosa vida que sus padres le

brindaban.

—¿Me acompañarás después de clase, o no?!

Escuchó a sus espaldas una vez sentado.

—Ya veremos —concluyó.

Justo entonces la profesora de historia entró en la habitación, y las risas chillonas de las compañeras, que se contaban su último fin de semana en el centro comercial, callaron al instante. Ese era el efecto que tenía la señora Bianca sobre los alumnos, siempre tan respetable con sus faldas de tubo y el pelo recogido en un moño.

El estridente sonido de las sillas al desplazarse por el suelo inundó la sala, y al cabo de unos segundos ya no se escuchó nada.

—Buenos días.

—¡Buenos días! —contestaron todos a coro.

La mujer se mantuvo de pie, erguida, en vez de sentarse en su silla como hacía siempre, cogió una tiza de color blanco que apenas contrastaba con su piel pálida, y apuntó en la pizarra: «Nadeshiko Hirayama. »

—¿Nadeshiko Hirayama? —preguntó Norman en voz alta.

De inmediato dirigió las manos a sus labios y se disculpó con la cabeza gacha: No era su intención decirlo en voz alta.

—Sí —respondió la señora Bianca.

Dio un pequeño paso hacia delante mientras la puerta de clase se abría en silencio, como si tras ella hubiese alguien tímido que no se atrevía a entrar.

—Nadeshiko Hirayama es la nueva alumna que se incorporará a clase hoy, y es de Japón, así que, por favor, haced que se sienta cómoda. No quiero risitas, ¿queda claro? —Su rostro estricto no dejó lugar a las réplicas—. Puedes entrar, Nadeshiko, perdonaré tus retrasos hasta que conozcas el colegio.

Hizo un gesto con la mano a la muchacha, y ésta entró en la sala con la cabeza gacha, las mejillas encendidas y las manos cruzadas frente a la tripa. Continuamente sacudía su vestido negro y blanco, con muchos lazos, como si intentase quitarle el polvo de encima, aunque en realidad

estaba inmaculado.

—Guau —murmuró Tommy.

Sí, guau. Norman no pudo estar más de acuerdo con él, porque no había palabras para definir a la muchacha que acababa de entrar por la puerta. ¡Ella era la mujer perfecta! Su piel era pálida y fina, tanto que podría decirse que era casi transparente. Sus ojos almendrados relucían marrones igual que el chocolate puro y amargo, su nariz era respingona y pequeña, y sus labios... ¡Qué labios! Rosados, entreabiertos por la vergüenza que sentía al ser el centro de atención. Su cabello caía liso por ambos lados de su rostro, tan marrón como sus ojos, y su vestido, con mucho vuelo, enmarcaba una cintura de avispa que podría rodear Norman con un solo brazo.

Sin saber por qué, se había quedado embobado con esa belleza, tanto que le pareció ver un halo de luz a su alrededor. Estaba embelesado, cosa que nunca antes le había ocurrido con ninguna otra, y eso lo asustó tanto que quiso levantarse para salir corriendo por el pasillo, llegar al patio y gritar hasta que no quedase aire en sus pulmones.

Sintió cosquillas en el estómago cuando la joven se sentó a su lado, y estudió el perfil de la muchacha concienzudamente. Ésta lo miró de reojo, intimidada, y volvió a agachar la cabeza. Quizás deseando que la tierra la tragase, o pensando en lo extraño que era ese chico que se sentaba a su lado.

—Ahora que las presentaciones están realizadas —habló la señorita Bianca, esta vez sí, sentada en su silla—. Abrid el libro por la página treinta. Hoy nos centraremos en los griegos y sus dioses, uno de mis temas preferidos. Tommy, sal aquí y empieza a leer, por favor.

Después de toser un par de veces, el chico carraspeó y se dirigió junto a la profesora, abrió su libro y empezó a leer.

—Zeus, Dios del trueno y del cielo, venerado por los griegos y representado, según estos, en dos poses: de pie, con su mano derecha sujetando un rayo, o bien sentado en su trono. Hijo de Cronos y Rea...

Norman no pasó por alto que su hermano dirigió su mirada un par de veces a la nueva alumna, aunque ésta no se dio cuenta, sumida como estaba en su lectura. Se sintió molesto al descubrir el anhelo en los ojos de su hermano, y cerró el puño intentando controlar sus violentos pensamientos. Ella no era ni de él, ni de nadie. ¿Por qué esa sensación tan exagerada?

—Poseidón, Dios del mar, las tormentas y los terremotos, llamado

también Neptuno...

La voz de su hermano pasó a ser algo lejano, igual que un arcoíris. En ese momento Norman estaba confundido, y así lo estuvo durante todo el día, hasta que al fin salió de clase con dos cosas más en mente: La preciosa japonesa, y un trabajo de biología sobre células.

La biología nunca fue una de sus asignaturas favoritas. Prefería la educación física y la música, asignaturas más creativas que las matemáticas, la historia... Al contrario, Tommy adoraba todas las asignaturas menos la de educación física. Él era el típico chico obediente. El genial estudiante que todos los padres querían tener. Era alguien especial, y la envidia de muchos, aunque también el blanco de otros. Norman siempre lo protegía al ser el mayor.

Cuando en el recreo alguien se metía con él por empollón, allí estaba Norman, espantando a los molestos matones. Cuando un chico quería chantajearle para que le dejase sus deberes o copiarse de un examen, Norman declaraba su derecho como hermano diciendo: «Ni hablar, has tenido tiempo para hacer los tuyos, así que deja a Tommy en paz. Yo soy el único que tiene derecho a aprovecharse de él.» Después el quinceañero le daba las gracias con una sonrisa, y Norman se encogía de hombros y se iba.

Así era él, siempre intentando esconder sus sentimientos, cuando en realidad era un muchacho profundo que había construido una coraza a su alrededor, y se protegía a base de indiferencia. Esto se debía a que Norman siempre fue consciente del significado de realidad. Veía las noticias con sus padres a la hora de comer, y sabía que las desgracias estaban a la vuelta de la esquina, por eso intentaba esconder sus puntos débiles a todo el mundo, incluso a su familia. Muchos lo temían por su frialdad, y había conseguido el respeto de todo el colegio y el amor de las compañeras.

En ese momento ambos hermanos andaban por el pasillo sin decir nada, los dos evitando el tema de la chica nueva, hasta que Norman paró en seco. Sentía una apremiante necesidad de estar solo para pensar. Necesitaba ordenar sus ideas con respecto a lo ocurrido ese día: la japonesa, la mirada de su hermano, su repentino rencor... En su monótona vida nunca ocurrían ese tipo de cosas. Quizás ese era el principio de la aventura que buscaba, y tenía que pensar en qué haría para no dejarla escapar.

—¿Qué ocurre? —inquirió Tommy mirando hacia atrás.

Norman se rascó la barbilla.

—Creo que iré a la biblioteca a hacer el trabajo de biología. ¿Te importa?

El hermano menor pareció desconcertado.

—No, claro, ¿pero cuándo iremos a comprar el reloj?

«Ah, claro, el reloj.» El muchacho lo había olvidado por completo.

—Iré contigo después, antes de que cierren. ¿Te parece bien? Así tú también podrás hacer el trabajo.

—Creía que lo haríamos juntos, como siempre.

—Esta vez no. Necesito estar solo unas horas. Ya sabes, tengo un día algo asocial.

Tommy lo miró durante unos segundos, asintió y le dirigió una sonrisa tranquilizadora. Por su parte, Norman agradeció que el chico fuese tan comprensivo. Lo último que quería ese día era pelea.

—Está bien. ¡Pero llega con tiempo para ir a comprar!

Lo saludó con la mano derecha, se dio media vuelta, y se fue corriendo por el pasillo desierto dejándolo solo.

El colegio era mucho más siniestro cuando lo único que había en sus pasillos era silencio. Ni personas corriendo, ni niñas parlotando sobre su última aventura de verano. Solo él y la quietud extendiéndose hasta la moderna biblioteca. Ésta no era para nada antigua, como aquellas que aparecen en los libros de misterio y terror. Era una biblioteca acogedora, pero a la vez moderna, con mesas largas que se extendían por toda la sala y estanterías blancas colocadas en fila, tan altas que rozaban el techo también blanco. Todo sería demasiado frío de no ser por los cuadros que adornaban la habitación de modo tan divertido como cálido. Algunos mostraban señores de uniforme y gorro montados en caballos, otros a personas leyendo de mil modos posibles: bocarriba con la cabeza colgando por un extremo de la cama (¡Tenía que ser difícil leer así!), en un campo verde, bajo un árbol, ie incluso había un cuadro de un hombre leyendo bajo el mar! Además había collages con páginas de diversos cómics famosos que daban a la estancia un aire menos serio.

La única persona allí presente era la bibliotecaria, bajita, con gafas, regordeta y de pelo blanco. Muy simpática, por suerte.

Norman la miró de reojo y se preguntó por qué las bibliotecarias eran casi siempre mujeres con gafas. Supuso que por forzar la vista al

leer tantos libros.

Se adentró entre las perfectas mesas hasta encontrar un rincón algo más escondido, junto a una ventana, y ahí abandonó su mochila y fue a buscar libros de biología en la sección correspondiente. Cruzó una estantería, dos, tres, y en la cuarta pasó el dedo por las cubiertas de los libros hasta encontrar el título que deseaba. Agarró la obra de tapa dura entre sus manos, frías por el ambiente del otoño, y volvió a su asiento. ¡Gran sorpresa cuando observó que había un hombre de pelo rojizo sentado unos asientos más allá! ¿Cómo era posible que no escuchase sus pasos a pesar del silencio? ¿Tan enfrascado estaba en su búsqueda entre manuscritos?

«Esto es muy raro». Se encogió de hombros el muchacho.

A pesar de todo, tomó asiento en su silla y abrió el libro por el apartado de células correspondiente; mitosis.

—¿Células? ¿En serio?

La voz del pelirrojo sobresaltó a Norman, que, de nuevo, no escuchó al joven acercarse. En este momento se encontraba frente a él, sonriendo satisfecho de su sigilo, divirtiéndose ante la estupefacta expresión del muchacho que no daba crédito a lo que veía. ¡Estaba demasiado impresionado como para contestar con cordialidad!

—¡¿Pero quién eres tú?! ¿Acaso ves divertido meterte en la vida de los demás, o es que no tienes vida propia? —preguntó con facciones enfurecidas.

Este día no estaba para chistes.

—Sé lo que te ocurre, Norman, y también soy consciente de lo que necesitas.

—¿Pero qué demonios dices? Mira, no tengo tiempo para enigmas, ni tampoco para juegos. Mañana tengo un trabajo que entregar, ¿sabes? Así que vete a molestar a otro. ¡¿Y cómo sabes mi nombre?!

—Sé tu nombre porque tú me has convocado.

—¿Que yo te he convocado?

La furia que sentía Norman dio paso a la excitación. Al parecer ese día el mundo estaba empeñado en romper su monotonía, y eso era lo que llevaba deseando durante semanas. Era como si la llegada de Nadeshiko, la muchacha japonesa, hubiese traído a su vida ciertas casualidades que rompían su rutina. No sabía si el pelirrojo era un simple

bromista, pero si lo era disfrutaría de esa broma al igual que disfrutaría de la aventura que sería conquistar a la nueva compañera.

—Claro, tú me llamaste a gritos con tu voz interior, con tus pensamientos, con tu carácter...

—¿Y qué eres tú, si puede saberse?

—Soy una especie de humano que tiene el don de ayudar a las personas, y que desea la alegría en la Tierra. Yo soy aquel que cumple los sueños y los deseos, ¿o acaso crees que se cumplen solos?

—¿Entonces eres como un genio-humano mágico?

El joven sonrió de nuevo y se cruzó de brazos satisfecho de sí mismo. Dio un saltito, y posó su trasero en la mesa.

—Ese soy yo.

—No puedo creerlo —respondió Norman sorprendido. Por muchas ganas de aventuras que tuviese, no era nada fácil dar crédito a una historia así.

—Dices que no puedes creerlo, pero en tu interior lo deseas, ¿no es así?

El chico asintió con lentitud.

—¡Entonces déjate llevar por lo que realmente quieres!

—Ojalá fuera tan fácil, pero ¿te estás escuchando acaso? En mis dieciséis años de vida he tenido que luchar para alcanzar mis objetivos, y ahora vienes tú a decirme que es tu culpa que mis deseos se hayan cumplido.

—Mi función es crear situaciones favorables para que puedas cumplir tus objetivos. No tengo varita que sacudir para que todo se haga realidad, sería demasiado fácil para vosotros.

—¡Entonces no digas que eres el que satisface los sueños, porque lo único que haces es ayudarnos!

El joven pelirrojo pareció dolido por las palabras de Norman. Quizás porque él mismo deseaba ser más útil para la humanidad, o porque un humano normal acababa de desacreditar su trabajo.

—Sin mí tendríais que luchar el triple.

—Lo siento, no quería ofenderte —susurró Norman, culpable por su crueldad.

Tenía que cambiar su carácter a la voz de ya, o se acabaría quedando solo.

El chico-genio negó con la cabeza.

—No te preocupes, muchacho. He venido aquí a ayudarte, y eso haré. Hacía tiempo que nadie me llamaba con tanta urgencia como tú.

—No sabía que mi deseo fuese tan profundo.

—Uhhh, lo es. Puedo leerlo en tu corazón.

Sonrió travieso al pronunciar esas palabras. A continuación sacudió la mano izquierda de forma seca, y un periódico con fecha de ese día apareció en ella. Se escuchó un leve «puf» al realizar el truco de magia, y Norman dio un brinco en su asiento, confundido. Él, que nunca había creído en nada que no pudiese ver, se mostraba reticente a aceptar que algo así pudiese existir. Pero lo estaba observando con sus propios ojos, no podía negar que la magia era real ahora.

—Aquí está tu aventura —informó el pelirrojo.

Abrió el objeto y pasó las páginas precipitadamente hasta llegar a aquella en la que se anunciaban ofertas de trabajo y publicidad.

—¿Quieres vivir la mayor aventura de tu vida? ¿Conoces la historia del joven Neon? —Leyó el extraño en voz alta—. Ahora está a tu alcance la Puerta que, hace tiempo, abrió Neon para penetrar en el mundo más maravilloso que nunca ha podido observarse. Si eres valiente y deseas escapar de la rutina, si crees que puedes conseguir lo que solo una persona ha logrado, entonces ven a la calle que se muestra a continuación.

El pelirrojo dio la vuelta al periódico y lo puso en las narices de Norman.

Sí, ahí estaba el anuncio de Rahagistián, el cuento que su abuelo les leyó tantas veces a él y a su hermano de pequeños: supuestamente en ese mundo existían criaturas que escaparon creando el caos en la Tierra. Hipogrifos, ménades, demonios, fantasmas... aparecieron dando lugar a los actuales temores de niños, adolescentes y adultos.

—¿Se supone que tengo que creérmelo? Porque siempre me he reído de éste cuento tan ridículo. —Calló al mirar al frente.

Donde antes lo observaba el joven-genio, no había nada más que motas de polvo bailando en un rayo de sol.

Capítulo 2

Capítulo 2: Relojes Cuco.

El viento rozó el rostro del adolescente con una suavidad poco propia de las tormentas de otoño.

Norman jamás pensó que desearía llegar a su casa cuanto antes, pero eso es lo que necesitaba tras su encuentro con el misterioso pelirrojo. Le urgía que alguien le dijese que había sido una broma pesada, y que, en realidad, el joven era un chico nuevo en el instituto al que se le daban muy bien los trucos de magia.

Nunca en su vida había creído en nada que se saliese de la realidad, así que era incapaz de dar crédito a lo que había ocurrido. ¡El periódico se había materializado en su mano! Y el halo que rodeaba al muchacho... cálido, electrizante. Algo así no podía ser solo un truco de magia, tenía que ser real. Pero no podía creerlo. ¡Se negaba a ello! Sin embargo, lo había visto con sus propios ojos.

Por primera vez, Norman estaba confundido.

Tocó al timbre, y el portón se abrió mostrando su precioso jardín repleto de árboles amarillos, marrones y naranjas por la llegada del otoño, una fuente de piedra y un camino que llevaba a su casa, casi tan grande como una mansión. Norman se alegraba de tenerlo todo a su alcance, pero tanto su padre como su madre trabajaban continuamente. El dinero les nublaba la mente, y había sido su abuelo el que los crió desde pequeños. ¿Qué habría sido de ellos sin él? No lo sabía, aunque estaba seguro de que sus padres habrían contratado a una canguro.

Subió las escalares dando zancadas, y su abuelo asomó la cabeza por la puerta de su cuarto con las gafas de media luna colgando de un cordón atado al cuello. Levantó una ceja con curiosidad, y le sonrió de oreja a oreja.

—¿Ocurre algo, hijo?

En sus manos manchadas por la edad tenía un libro de tapa dura. A Norman le recordó a esos cuadros de la biblioteca donde la gente leía de distintas maneras.

—No. Bueno, sí. Es solo que... ¿recuerdas la historia que nos contabas de pequeños? La de Neon.

—¡Ah, sí! Se titula: «Puerta hacia la Perdición. »

Norman rascó su cabeza dudoso, porque no estaba seguro de contarle a su abuelo el encuentro con el joven pelirrojo. Quizás pensaría que estaba loco.

—Nos asegurabas que esa historia era real.

—Lo es. Nunca he dicho que no lo sea. Sigo manteniendo mi opinión. ¿Es que has cambiado de idea por fin?

—No. Bueno, sí. No lo sé. ¡Es que me ha pasado algo muy raro!
—exclamó el muchacho tocando su frente.

El anciano volvió a levantar ambas cejas, esperando.

—Estaba en la biblioteca pensando en una nueva alumna japonesa que ha llegado hoy a clase, y de pronto apareció un chico pelirrojo que me dijo que era una especie de genio. No me refiero a genio de ser listo, sino a una criatura mágica. —Se retorció ambas manos con nerviosismo—. ¡Hizo aparecer un periódico de la nada, y a su alrededor había algo invisible que sigo sin poderme explicar! Sé que nunca he creído en nada que no haya visto, pero es que lo he visto, abuelo. ¡Lo he sentido! Ese chico no era normal.

—Y ahora no sabes si ser realista, o confiar en tus sentidos.

—Exacto. Necesito que alguien me diga que no es verdad.

El abuelo Brad volvió a sonreír, ahora más ampliamente, se levantó de la silla y acarició el cabello de su nieto con suavidad. Al parecer le resultaba divertida la confusión de Norman, y éste no podía entender por qué.

—Quieres que te diga que no es cierto, pero, hijo, tienes que comprender que la magia existe. Ese joven genio era real, y el halo que sentiste a su alrededor lo era también. Hay muchas cosas ahí fuera que no conocemos, pero a veces se manifiestan, y eso es lo que ha ocurrido hoy. Tienes que confiar en ti, porque no hay nada más real que los sentidos, ¿no crees?

—No lo sé. No sé qué creer.

—La decisión es tuya. Yo ya te he dado mi opinión.

—Pero no lo entiendo. ¿Cómo es que crees tanto en la magia? Desde pequeños, Tommy y yo te hemos llamado Fantasioso, como a esos personajes de «Puerta hacia la Perdición», porque siempre nos incitas a

creer en lo que no podemos ver.

—Tengo ya sesenta años —contestó Brad con voz firme—. En mi vida he pasado por muchas experiencias, y varias de ellas tenían que ver con lo paranormal. ¿Cómo no creer, cuando he vivido cientos de aventuras inexplicables?

—¿De verdad? —Norman no salía de su asombro—. ¿Y por qué nunca nos has contado ninguna de tus historias?

El abuelo sonrió por tercera vez, y volvió a tomar asiento en su silla de escritorio.

—Porque no estáis preparados para escucharlas. Quizás tu hermano sí, pero tú no.

El chico quiso replicar, pero Tommy apareció de repente con el libro de biología entre los brazos, y lanzó una mirada agradecida a su hermano.

Llevaba el pelo revuelto de quien se ha metido en una pelea, y su rostro estaba congestionado por una siesta reciente. Su camiseta blanca lisa estaba arrugada por la zona de la barriga y sus vaqueros eran lo único decente en todo él.

—No sabía que llegarías tan pronto —dijo, al parecer muy satisfecho.

—No pensaba llegar tan pronto.

Había ido a la biblioteca para aclarar sus ideas, y no había hecho más que complicarse. Ahora en su cabeza no solo estaba Nadeshiko y las miradas que su hermano le dirigía, sino también su encuentro con el pelirrojo y la posibilidad de visitar un Rahagistián virtual.

—¿Entonces por qué estás aquí? —inquirió el menor sin comprender.

—Vamos a comprar tu reloj. Te lo explicaré por el camino.

Dio un beso a su abuelo en la mejilla, cogió a Tommy de la muñeca, y echó a correr por los majestuosos pasillos de su casa.

—¡¿Cómo?! ¿Un pelirrojo mágico? ¿Quién eres tú y qué has hecho

con mi hermano? ¡Él no cree en estas cosas!

La tienda Relojes Cuco era un lugar antiguo y algo siniestro para el hermano mayor. El cristal que daba a la calle era oscuro, por lo que el sol apenas penetraba en la habitación. Al abrir, la puerta chocó con unas campanitas que anunciaban su llegada, y las paredes estaban plagadas de relojes de cuco, todos diferentes y hermosos. Cuando daba una hora en punto, los pajaritos salían a cantar a la vez creando un sonido más estridente que melodioso. Norman no sentía aprecio por esa tienda, pero a Tommy le encantaba. Decía que se sentía bien rodeado de objetos hechos a mano, como en casa. De hecho, aún recordaba la primera vez que entró en el lugar.

—De pequeño me agradaba perderme en la ciudad para conocerla mejor y descubrir sus secretos —decía—. Un día pasé frente a esta tienda y leí «Relojes Cuco». El rótulo me llamó la atención, y entré para comprar un despertador. En aquellos entonces no lo necesitaba, pero ese sería el primer despertador de muchos. Cuando vi todos estos relojes hechos a mano, tan hogareños, tan bonitos, supe que siempre sería mi tienda preferida.

Contaba su experiencia emocionado, con la mirada perdida en un punto lejano que Norman nunca llegaría a percibir.

—Lo que te digo es cierto, Tommy. El abuelo dice que tengo que creer en mis sentidos, y empiezo a pensar que quizás es lo más correcto.

—Yo pienso igual que él. Nunca me ha pasado nada parecido, pero creo en todo lo que es invisible a los ojos. Que no lo vea no quiere decir que no exista. ¡El simple hecho de creer en algo lo hace real! Al menos para mí.

El menor cogió un despertador con forma de árbol, sin hojas y con las raíces afiladas. En una de las ramas había una ardilla comiendo una bellota, tranquila, como si no hubiese nada que temer. Las agujas del reloj eran elegantes, de color marrón oscuro, y el cristal brillaba bajo la luz artificial.

—Qué casualidad —dijo estudiando el objeto concienzudamente—. Me recuerda al árbol del cuento que nos contaba el abuelo. Creo que me lo voy a llevar.

—Se llama «Puerta hacia la Perdición».

—Lo sé, Norman. Eso me recuerda a lo que me has explicado del periódico. ¿Vas a ir?

—Querrás decir: ¿vamos a ir?

Tommy pareció escandalizado mientras ponía el reloj sobre el mostrador de cristal.

Una anciana de pelo blanco y vestido floreado lo cogió sin mediar palabra.

—Aunque tú no creas en la historia, yo lo hago —dijo levantando una ceja—. No voy a arriesgarme a repetir lo que hizo Neon. Más sabiendo lo que ocurrirá.

—¡Oh, vamos! Cuando lleguemos nos darán unas gafas de realidad virtual para revivir el cuento. Es evidente, ¿no?

El quinceañero negó, cogió la bolsa que le tendía la mujer del pelo blanco, y pagó con un billete. Ésta lo aceptó sonriendo, lo metió en la caja registradora, y le devolvió unas monedas.

—Muchas gracias —comentó la mujer con voz temblorosa.

—A usted —respondió Tommy, cortés.

Norman dijo adiós con la mano, y salió, él primero, por la puerta, haciendo que los campanitas que colgaban sobre sus cabezas tintinearan agudas.

—Yo no lo veo evidente. En el anuncio no lo pone.

—Porque se sobreentiende.

—No, para nada.

—Sí.

—No. Tú lo has interpretado así porque no crees en la historia.

Norman resopló exasperado.

—Después de ver al chico pelirrojo no sé qué creer. Estoy muy confundido, así que te agradecería que vinieras conmigo a vivir esa aventura virtual. Es lo mejor para huir de mis problemas.

Tommy lo estudió sin saber qué hacer. Norman nunca pedía favores, y si lo hacía era porque lo necesitaba de verdad. ¿Sería capaz el joven de sacrificar sus creencias por ayudar a su hermano? Al fin y al cabo él era de su misma sangre, y debían ayudarse mutuamente. Su abuelo les

enseñó bien la lección cuando eran niños.

—No me creo que vaya a hacer esto, pero iré por ti —dijo tras una larga pausa—. No estoy de acuerdo, pero...

—Gracias —interrumpió el mayor con voz fría y mirada impenetrable.

Tommy sonrió satisfecho a pesar de la dureza de su hermano: Norman casi nunca agradecía nada, y eso, para él, era un gran salto que debía ser altamente valorado.

De nuevo indiferente, el serio adolescente penetró en el jardín de casa y, mirando a su compañero por última vez, dijo:

—A las doce de la noche aquí, junto a la fuente. Papá y mamá no nos echarán de menos, y ya me ocuparé del abuelo.

Dio media vuelta con aire superior, y desapareció por la puerta de madera dejando a Tommy solo, pensando en la locura que iban a cometer.

Capítulo 3

Capítulo 3: La misteriosa cabaña del bosque.

Las estrellas adornaban el cielo oscuro cuando Norman y Tommy salieron de casa montados en sus bicicletas azules. El silencio se extendía por las calles de un modo espeluznante, como si se hubiese acabado el mundo, y ambos sabían que no podían hablar para no levantar sospechas por parte de los vecinos.

Fue al salir del barrio cuando Tommy rompió la tranquilidad de la noche.

—Veo que también llevas ropa de deporte.

Norman no dio importancia a la afirmación, y ni siquiera se dignó a contestar.

Continuó pedaleando mientras olía el aire húmedo que presagiaba tormenta. Una tormenta tan cercana que el primer trueno retumbó en sus oídos con la fiereza del grito de un gigante enfadado. La primera gota cayó en su nariz haciéndole cosquillas y, tras la segunda, la lluvia se desató alrededor de los dos aventureros impidiéndoles ver los obstáculos caídos en el suelo. Por suerte no se tropezaron con ninguno, y aprovecharon los gorros de sus sudaderas para protegerse del agua.

En ese momento la ciudad tenía el aspecto de una ciudad abandonada, tan siniestra, tan solitaria. Solo se cruzaron con un gato mojado que buscaba comida en la basura, y un par de coches que ni siquiera se detuvieron. Pasaron junto a los hermanos como si no los hubiesen visto, y estos se alegraron de ello, ya que no querían que ningún adulto les preguntase a dónde iban.

Lo último que vieron antes de salir de la ciudad, fue la estructura de un puesto ambulante de perritos calientes, donde los turistas paraban a comer, solos, en pareja, o en familia.

Pronto el paisaje cambió para dar lugar a casas con grandes jardines, perros que se divertían correteando tras ratas que intentaban colarse en los hogares para protegerse del frío aire otoñal durante el día, columpios abandonados para los niños, antes pequeños, de una familia adinerada, árboles sin hojas que tornaban la calle en un paisaje naranja y marrón...

Por último, las casas desaparecieron y los dos hermanos secaron sus caras empapadas para evitar que las molestas gotas les entrasen en los ojos impidiéndoles ver el camino. El lugar del anuncio debía estar por

ahí, no muy lejos de los límites de la ciudad. Era extraño no detectar ninguna empresa digital sobresaliendo entre las ramas.

—¿Nos habrán engañado? —preguntó Tommy—. Quizás el anuncio era falso.

—No creo. No hay razón para engañar si no sacan beneficio.

—Mmm... tienes razón. Estará por aquí.

Ambos bajaron de sus bicicletas y se introdujeron en el bosque. Sus pies pisaron tierra tan mojada que casi eran arenas movedizas.

—Por cierto, ¿qué le has dicho al abuelo? Dijiste que te ocuparías.

Norman asintió, pero no lo miró. Sus ojos se dedicaban a escudriñar la maleza.

—He dejado una carta en la puerta de su cuarto. Le he dicho que no se preocupe, que tú y yo vamos a pasar unos días en casa de un compañero de clase. He añadido que necesito un poco de paz para ordenar mis ideas. Ya sabes a qué me refiero.

—¿Y si llama a los padres de... qué compañero?

—Alfred.

—¿Y si llama a los padres de Alfred? —preguntó, esta vez de golpe.

—Nunca lo ha hecho, y confío en que no lo hará. Si lo hace, cuando lleguemos a casa nos las veremos con él.

—Tú y tu impulsividad.

Esta vez sí, Norman lo miró con rostro imperturbable.

—Al menos no vivo soñando.

Paró de golpe cuando divisó una pequeña cabaña de madera con luz en el interior, unos metros más allá: su aspecto era destartado, su tejado, de firmeza dudosa. Las ventanas estaban cubiertas de polvo por la cara interior, tanto que eran casi opacas. A Norman le recordó al escaparate de la tienda Relojes Cuco. La puerta, regia y resistente, fue lo único decente que encontraron.

—No parece una empresa digital.

—Ni mucho menos —apoyó el mayor.

—Quizás tengo razón.

—Ni hablar. Estoy seguro de que ahí dentro alguien nos pondrá unas gafas de realidad virtual.

Tommy suspiró como si Norman no tuviese remedio. Éste no le dio importancia, cogió su bicicleta, y buscó un lugar escondido donde ocultarla de los ladrones. Finalmente la colocó entre los frondosos matorrales, tras la cabaña. El menor hizo lo mismo, y ambos se reunieron frente a la imponente puerta.

—¿Preparado? —preguntó Norman a Tommy. Éste asintió decidido.

Tocó a la puerta con el puño cerrado, y esperó. Sin embargo, al otro lado no se escuchó nada, ni siquiera un susurro. De nuevo golpeó la puerta, esta vez más fuerte, hasta que se oyó un golpecito y una voz grave de hombre adulto.

—¿Quién es? —Su tono alto intimidó al hermano menor.

—Perdone —respondió el mayor—, leímos un anuncio en el periódico sobre vivir una aventura en el mundo de Rahagistián.

La puerta se abrió con un chirrido agudo, indicador de que las bisagras estaban oxidadas. Un ojo azul los observó por la ranura abierta, y los estudió de arriba abajo, primero a Norman, y después a Tommy. Frunció el ceño, sonrió de forma misteriosa, y dijo mientras se dejaba ver al completo:

—Pasad.

Su cuerpo provocó a Norman un escalofrío, pues el adulto estaba delgado de más, y el poco pelo que le quedaba en la cabeza le caía como algas sobre el rostro. Sin duda ese hombre llevaba semanas o meses sin darse una ducha; su olor era nauseabundo, semejante al del huevo podrido.

Cuando entró notó la calidez del hogar. Una estufa brillaba frente a un sofá de estampado de vaca, blanco y marrón, también había una televisión pequeña, de esas de antena, muy antiguas, pegada a la pared. La mesa del comedor parecía hecha a mano, muy bien trabajada. Además, en la misma habitación había una pequeña barra que servía para separar al salón de la cocina, muy sucia, por cierto. Se preguntó qué clase

de comida ingería el hombretón, quizás iba a comprar al supermercado como la gente normal, o él mismo cultivaba y cazaba sus propios alimentos. Norman detectó dos habitaciones contiguas más que solo se percibían tras las ranuras de las puertas correspondientes: Un baño y un dormitorio.

De ser por esto el joven no estaría impresionado, pero algo lo había dejado paralizado. Algo, o mejor dicho, alguien, a quien no esperaba encontrar allí, sentada, mirándolo con unos preciosos ojos castaños que nunca olvidaría: Nadeshiko, la preciosa japonesa de su clase, estaba hermosa con su vestido marrón y verde de muchos lazos, su pelo cayendo como una cascada de chocolate alrededor de su rostro y sus manos finas de ángel, que lo perdían en unas fantasías inalcanzables.

Tommy lo empujó al entrar sacándolo de sus ensoñaciones, y Norman descubrió, enfurecido, que su hermano también quedaba embelesado por la muchacha. Estuvo a punto de pisotear su pie para distraerlo, pero Nadeshiko lo miraba a él. No a Tommy, sino a él. Y lo hacía fijamente, como si quisiese descubrir todos sus misterios ocultos. La razón de esa indiferencia que mostraba ante los demás.

—¿Qué os pasa a los dos? —Surgió una voz a sus espaldas— ¿Es que nunca habéis visto a una chica?

Nadeshiko sonrió, tímida, y clavó su mirada en el vestido.

—Pasad y sentaos —ordenó el hombretón. Su tono no dejaba lugar a las réplicas—. Habéis tenido suerte, hoy es el primer y último día para vivir la aventura. Habría enviado a esta joven sola, pero ahora seréis tres.

—¿Tú también has leído el periódico? —interrogó el hermano mayor mientras se sentaba en el mullido sillón.

—Sí —contestó la muchacha.

Su voz era suave como la caricia del viento primaveral, y su tono más dulce que la miel.

—Dejaos de cháchara, chicos. Venís a desatar el caos en la Tierra, ¿no es así?

—Si, claro —intervino Tommy—. ¿Dónde tiene las gafas de realidad virtual? Estoy impaciente.

El hombre sonrió misterioso.

—Ya veo. —La risa del anciano rasgó el ambiente—. Las gafas están en el sótano, pero antes quiero comprobar si puedo confiar en vosotros. No todos tienen el valor que hace falta para vivir en Rahagistián.

—Lo comprendemos, señor. Puede hacernos las preguntas que quiera. —Esta vez fue Norman el que habló.

Nadeshiko permaneció en silencio.

—¿Las que desee?

—Todas.

En el rostro del hombretón se dibujó una sonrisa ladeada, fría, afilada como cuchillas. Pareció una momia de Egipto, delgada y consumida por el paso de los siglos.

—No haré muchas. Dime, muchacho. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Norman.

—¿Y qué te trae a vivir esta aventura?

—Acabar con la monotonía de mi vida, básicamente. Quiero distraerme, darle emoción a mi día a día y comprobar cómo de valiente puedo llegar a ser.

—Una buena razón, pero que puede cambiar con el paso del tiempo. Pese a ello, te veo más capacitado que a los demás. Nadeshiko es demasiado tímida, y este otro muchacho... digamos que no tiene determinación suficiente.

—¡Eh! —exclamó Tommy, ofendido por el comentario—. ¡No me conoces!

El hombre se levantó de su asiento y tiró de la alfombra que había en el suelo. El polvo voló por la habitación haciendo estornudar a los presentes, y cuando pararon vieron que había una trampa frente a ellos.

«Típico, la trampa debajo de la alfombra», pensó el mayor.

—Rápido, no tenemos todo el día. Hay que hacer esto antes del amanecer.

Norman estuvo a punto de preguntar por qué, pero decidió no ser

indiscreto, ya que apenas conocía al señor.

Los tres compañeros bajaron silenciosos por la escalera de caracol que se perdían en la oscuridad. Las paredes se separaban cada vez más, dejándoles espacio de sobra para respirar, hasta que al fin pisaron tierra húmeda.

Norman se secó el sudor de la frente. La bajada había sido más larga de lo que imaginó que sería, sin embargo no estaba cansado. Tenía fuerza de sobra para continuar. Se sentía vivo, emocionado y capaz de conquistar el corazón de Nadeshiko en Rahagistián. La miró, le sonrió y, como esperaba, ésta se ruborizó.

—¿Estáis preparados, chicos? —preguntó el hombre misterioso.

Asintieron, aunque la oscuridad les impedía ver qué había más allá de su círculo de reunión.

—Os pondré las gafas e iluminaré la habitación para que podáis empezar vuestra aventura. Debo avisaros de que es una tecnología muy avanzada, así que por mucho que andéis y corráis no chocaréis con nada si no lo hacéis en Rahagistián. Lo que hagáis allí, será lo que os pase aquí. La única regla es que no os las quitéis por nada del mundo, ¿entendido? Si lo hacéis vuestro cerebro quedará afectado de por vida.

—¿¡Nuestro cerebro puede quedar afectado?! —exclamó Nadeshiko escandalizada.

Norman se sorprendió ante la reacción de la muchacha.

—¿Lo que nos pasó allí, nos pasará aquí? —interrogó Tommy—. ¿Quiere decir eso que si morimos, morimos de verdad?

El adulto resopló exasperado: no faltaba mucho para que el sol saliera.

—Os seré sincero. Estas gafas de realidad virtual son muy especiales, porque son las primeras de una nueva generación.

—¿¡Somos los conejillos de indias?! —Volvió a gritar Nadeshiko.

Al parecer se había tomado el riesgo muy en serio.

—Algo parecido, pero de forma voluntaria. Vosotros habéis venido hasta aquí, ¿no? Pero no me distraigáis de mis explicaciones.

El hombretón puso las gafas a Norman. Sintió cómo se le ajustaban a la cabeza, y le apretaban en el cuero cabelludo para no

soltarse por accidente. Estaban frías al tacto.

—Éstas gafas conectan vuestra mente al juego, así que vuestro corazón sentirá la emoción, el dolor, la tristeza, la felicidad... Todo. Si allí lucháis y morís sufriendo, aquí podéis quedaros inconscientes por el dolor, o lo que es peor, tener un infarto por el miedo. Si allí coméis, la mente se sentirá saciada, si allí corréis, o andáis, vuestro cuerpo creerá que lo está haciendo, aunque no os moveréis de verdad. Si os quitáis las gafas... digamos que podéis enloquecer por el cambio brusco. Tendré que programarlas para que regreséis de forma segura, así que no volveréis hasta que yo lo diga.

—Eso que dice es muy arriesgado. ¡Podría ser nuestro último día de vida! —Tommy no cabía en sí del terror.

—Aún estáis a tiempo de abandonar. Si no tenéis el valor, o la fuerza, es mejor que no lo intentéis.

Un silencio pesado lleno de dudas se extendió entre los presentes.

Era una decisión dura. Una decisión que podía llevarlos a la muerte, o a ser los héroes de una aventura para ellos real. Sentirían la victoria en sus carnes, y podrían averiguar cómo se siente el protagonista de un cuento al luchar en innumerables batallas. Era la decisión más complicada de todos los años de vida de Norman, Tommy y Nadeshiko.

—Yo lo haré. —Rompió el silencio Norman.

Él era el que había llevado allí a su hermano, y no iba a abandonar ahora. Quería vivir esa experiencia para contarla después, y estaba seguro de que lo haría.

—Y yo —dijo Nadeshiko con voz de sirena.

Una nueva pausa.

—También yo.

La risa del señor nauseabundo rompió la quietud.

—Vaya, muchacho, me sorprendes. He dudado de ti, no lo voy a negar. Grata sorpresa verte en el equipo. —Anduvo por la estancia comprobando las gafas de cada uno—. Dos segundos para que comience el juego.

Norman no tuvo tiempo de tomar aliento, cuando se escuchó un pequeño «click», y la luz iluminó la sala de roca donde se encontraban.

Frente a él, la puerta más alucinante que jamás hubiese visto resplandeció bajo la luz artificial, y un escalofrío recorrió su espina dorsal al ver el árbol seco que tantas veces imaginó de niño: Ramas afiladas, raíces que se quebraban bajo el peso del tronco y, sobre todo, una oscuridad fría que irradiaba maldad. No sabía por qué, pero estaba seguro de que tras esa puerta no habría nada bueno, solo ponzoña, muerte y perdición.

A punto estuvo de echarse atrás, pero escuchó en su cabeza cientos de murmullos que lo llevaban al borde de la locura, todos ellos incitándole a abrir la puerta de mármol blanco. Se estremeció cuando comprendió que la historia era exacta a la de Neon. Incluso sintió orgullo por ser el conejillo de indias de una tecnología tan avanzada como esa.

—Vamos, abrid la Puerta.

La voz del hombretón surgió tras ellos, aunque ninguno se giró para mirarlo.

Fue Nadeshiko la que avanzó y colocó su suave mano en el tirador de mármol. Después intentó abrirla, pero la Puerta era demasiado pesada para ella. Norman se acercó con paso cauto, le sonrió, y apoyó su mano en la de ella con cuidado.

¡Qué guapa estaba con las gafas! Sus ojos seguían resplandeciendo por la emoción, y ahora lo observaban tras los gruesos cristales.

—Lo haremos juntos. —Le susurró el joven.

Se sonrieron, tiraron hacia ellos con fuerza, y una luz blanca y resplandeciente les dañó los ojos hasta casi dejarlos ciegos. Una luz tan fuerte que pareció desintegrarlos con su destello celestial.

Capítulo 4

Capítulo 4: Elfos oscuros.

—La Puerta solo puede ser cerrada por aquel que la ha abierto.

Escuchó Norman una voz después de ser empujado al vacío por el hombre nauseabundo.

—¿Quién eres? —preguntó—. ¿Por qué no te veo?

—Yo soy aire, soy presente, pasado, futuro, sueños, verdad, bondad y realidad. Soy todo lo que un humano quiere ser. Mi cuerpo, invencible. Mi mente, sin límites. Inmortal, intocable, sensible o insensible según prefiera, omnipotente. Lo soy todo. Ahora mismo, una voz en tu cabeza.

—¡Norman, Nadeshiko, despertad!

Ese grito era diferente. En vez de escucharlo en su cabeza, lo hacía por los oídos. Era menos potente que la voz femenina en el aire, pero más conocida. Su tono de urgencia hizo que Norman quisiese abrir los ojos, pero pesaban tanto... parecía que alguien los sujetaba para impedirle despertar.

—¡Tenemos que irnos de aquí!

De nuevo esa voz en la lejanía, aunque cada vez más cercana. Ahora, en vez de un eco, era un grito desesperado junto a su cabeza.

—Pequeño —habló la voz de mujer. Su fuerza era más débil—. Tienes que irte, si no lo haces, morirás. Despierta, precioso. Despierta —ordenó con voz aterciopelada—. ¡Despierta! —exclamó.

Desconcertado por el repentino dolor de cabeza, el muchacho respiró profundamente, y miró a una lado y a otro sin comprender con la respiración acelerada y el pecho subiendo y bajando sin parar. Sentía como si estuviese en medio de una guerra. De hecho, así era: personas de orejas puntiagudas y rostros palidísimos giraban a su alrededor propinando golpes a los adversarios. Habría sido difícil diferenciar los dos bandos, pero sus armaduras no dejaban lugar a dudas: unas brillaban con luz propia, claras, y las otras absorbían la vida a su alrededor, oscureciendo el ambiente además de helarlo con su frío. Era como ver al bien y al mal luchando por poseer el mundo, y el mal iba ganando. Su grupo se extendía hasta que Norman no podía verlos, y sus rostros eran sanguinarios, sonrientes, mientras que los elfos de armaduras blancas se enfrentaban serios, y caían sin gritar siquiera. Con cada elfo bueno que

caía, el bosque se hacía más escalofriante.

—¡Nadeshiko, despierta! —Escuchó a Tommy junto a él.

Norman corrió hacia ellos en medio de la confusión, y cogió a la muchacha por los brazos, pero ésta se despertó sobresaltada de pronto, y miró a su alrededor respirando agitadamente. Adquirió el aspecto de un conejo de orejas tiesas cuando escucha un ruido más alto de lo normal.

—¿Qué...? —Empezó a decir.

El hermano mayor no la dejó acabar, la agarró de debajo de las axilas y la levantó sin cuidado. Al sentir sus manos la chica enrojeció, aunque no demostró vergüenza, sino aún más confusión.

—¿La voz te ha hablado? —preguntó la muchacha.

El joven asintió.

—¡Vámonos de aquí! —interrumpió el pequeño.

Apoyando su orden, un elfo del bien chocó contra ellos de espaldas derribándolos a los tres. Se giró dolorido y los estudió con ojos almendrados, más azules que el cielo. Su cabello caía por su rostro como el oro fundido con plata.

—Tenéis que huir por donde habéis venido —comentó. Aunque más bien su voz sonó a canción.

—¡Rápido! ¡El día está cerca! —Tronó la voz grave de un elfo oscuro entre la multitud.

De repente los ojos del elfo que los había derribado se apagaron, y los compañeros descubrieron, horrorizados, que un elfo del mal acababa de traspasarle el corazón con la espada. Sonó un crujido al sacar el arma del cuerpo, dejándolo caer al suelo como si fuese basura, y el malvado los miró sonriendo bajo unas espesas cejas negras. Sus ojos no eran azules, sino rojos igual que un atardecer en los Alpes, y sus labios pálidos parecían ansiar la sangre del enemigo.

Norman sintió que ese ser le robaba el alma con una sola mirada, y no pudo evitar coger a su hermano y a Nadeshiko, y correr. Corrió más veloz que una liebre, y no pararía hasta que dejase de sentir la mirada fija en su nuca del escalofriante ser. No sabía si los estaba siguiendo para matarlos o no, pero no quería morir de ese modo.

Cuando encontró un tronco grueso tras el que refugiarse, paró y

se agachó junto a sus compañeros.

Recuperó el aliento poco a poco.

—Ha sido lo más escalofriante que he visto nunca —reconoció entre toses.

Le dolía la garganta y la cabeza.

—Pero no me explico por qué ese extraño elfo no nos ha atacado. Estoy seguro de que estaríamos ilesos de habernos quedado allí. —Tommy estaba tranquilo en vez de aterrado.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? ¡Podrían habernos cortado la cabeza por accidente!

—No lo creo. Tienes que observar los detalles, ¿sabes? Ninguno de esos seres nos habría atacado. Solo luchaban entre ellos. Al principio creí que lo harían, pero tuvieron su oportunidad y la desperdiciaron.

—A mí tampoco me ha dado miedo —secundó Nadeshiko—. Al principio sí, pero luego se me pasó.

—¿Y te dio miedo la voz que te habló al llegar? Ya sabes, esa que resonó en tu cabeza al entrar.

La japonesa se encogió de hombros y su mirada se perdió en el precioso bosque de árboles gigantes, más verdes que las algas del mar en un soleado día de verano.

—No. Era tranquilizadora.

—A mí tampoco. ¿Qué te dijo? —La curiosidad se apoderó de Norman.

—Que solo podía cerrar la Puerta aquel que la ha abierto. Le pregunté qué era, y me contestó que lo era todo. Ha sido muy raro.

—¡A mí me dijo igual!

Era extraño para Norman sentirse emocionado cada vez que encontraba algo en común con la muchacha. Normalmente él no habría dado importancia a la coincidencia, pero esa joven tenía un efecto en él que no podía explicarse. Odiaba eso porque lo hacía sentir poco dueño de sí mismo.

—Pues a mí solo me dijo: «Bienvenido, Fantasioso. »

Los dos se giraron hacia el pequeño, sorprendidos.

—¿Fantasioso? Mmmm... supongo que te habrá dicho eso porque no has abierto la Puerta, solo has pasado detrás.

—Puede ser. —Tocó sus labios con los dedos, y se puso en pie.

La tierra allí no era húmeda, al contrario, y olía a libertad.

—Lo que me extraña es no haber escuchado un rugido, igual que Neon —continuó—. Se supone que estamos viviendo su historia, ¿no? Entonces, ¿por qué la Puerta era como invisible? ¿Por qué nadie ha intentado cruzarla?

Norman se encogió de hombros. También él lo había pensado, pero no le había dado importancia. Supuso que la razón era la presencia de Nadeshiko. Lo confundía, lo despistaba y, más que nada, lo hacía sobreprotector con ella.

—Un fallo del juego —respondió el mayor—. Al fin y al cabo, estas gafas no pueden ser perfectas.

—Será por eso.

Tommy observó la vegetación que se extendía a su alrededor, viva, de colores fuertes, alejada de la mano del hombre, destructor de toda esa belleza natural.

—A pesar del fallo, ¿os habéis fijado en esto? Es demasiado realista. Nunca he visto nada igual.

—Sí, es como si todos los colores se juntaran para crear una sinfonía visual.

—Puedo oler la fruta, el frescor de la selva, la tierra, el cielo...

—No empieces a filosofar, hermano. —Norman se giró hacia la japonesa, callada junto al descomunal tronco—. ¿A ti qué te parece?

La chica dudó, miró al cielo y sonrió.

—Me parece un sueño. —Hizo una pausa, como si quisiese decir algo. Resopló mientras se apoyaba en el tronco—. Pero no estaba pensando en esta maravilla. ¿Qué vamos a hacer ahora? Hemos llegado aquí para... ¿qué? ¿Para correr por el bosque? ¿Para que el hombre

nauseabundo pueda estudiar nuestras reacciones?

—Sabía que no solo yo pensaba que ese tío era nauseabundo —secundó Norman—. Yo tampoco sé lo que debemos hacer ahora, pero pretendo disfrutar de esto. ¿No os da curiosidad descubrir los misterios de Rahagistián?

—A mí sí, pero no puedo quitarme de la cabeza que podemos morir de verdad.

—Quizás deberíamos volver a la Puerta —propuso Tommy.

—¿Ir a esa guerra otra vez? No, gracias —contestó Norman mirándolo como si estuviese loco.

—Norman tiene razón. Lo más sensato ahora mismo es descansar debajo de este tronco. —Nadeshiko se agachó, y señaló el gran hueco que se abría en el árbol.

—¿Sin saber qué puede atacarnos? —preguntó el pequeño con rostro de pocos amigos.

—Nadeshiko tiene razón. Justamente porque no sabemos qué podemos encontrarnos, debemos descansar.

La preciosa japonesa fue la primera en entrar en el hueco, y después Norman y Tommy tuvieron un pequeño forcejeo para ver quién entraba en segundo lugar. Ninguno de los dos dijo nada. La mirada que se dirigieron fue suficiente: Ambos, hermanos de sangre, querían conquistar a la misma chica. Se respetaban, se querían, pero solo uno conseguiría el amor de Nadeshiko.

No fue la luz del sol lo que despertó a Norman, ni tampoco el ruido de un animal, o el crujido de una rama, sino unas voces que cuchicheaban entre ellas en una lengua que el chico jamás había oído. Sonaba parecido al latín, aunque no pudo asegurar nada porque nunca había cursado la asignatura.

Se alejó de Nadeshiko, la cual se acurrucaba junto a él como una gatita, y sacó la cabeza por la abertura con mucho cuidado.

En principio solo distinguió una serie de cabellos plateados, o más negros que la noche. Luego detectó que los seres tenían las orejas puntiagudas y la piel pálida, y comprendió que eran los elfos que habían luchado el día anterior. Estaban vivos, tranquilos, por lo tanto la batalla la habían ganado ellos antes del amanecer. ¿Cuánto tiempo llevarían ahí,

susurrando para no despertar a los tres compañeros?

El corazón de Norman se aceleró por la visión de las criaturas, pero no se permitió el lujo de paralizarse. Dio media vuelta, y sacudió el hombro de Nadeshiko y Tommy. Cuando abrieron los ojos, somnolientos, Norman posó el dedo en sus labios indicando silencio. No pudo evitar deleitarse con la belleza de la muchacha al salir de su profundo sopor.

Tommy lo miró interrogante, el hermano señaló hacia el exterior y formó la palabra elfos con los labios. Si esos seres tenían unas orejas tan grandes seguro que podían escucharlos. Si los escuchaban, los descubrirían, así que mejor no arriesgarse.

De nuevo los compañeros se dispusieron a seguir su viaje intentando no ser detectados. Con cuidado, pusieron un pie delante de otro, y, poco a poco, salieron de su escondite y reptaron como serpientes entre los juncos, deseando encontrar otro escondite seguro. Sin embargo su huida no duró mucho: justo cuando creían que habían conseguido escapar, Norman, que encabezaba la huida, chocó con un cuerpo alto, duro, más imponente que un demonio. Elevó la mirada con lentitud, temiendo cruzarse con unos ojos rojos, y cuando llegó a ellos no pudo hacer más que tragarse su propio grito de horror.

El ser sonrió con una suficiencia helada, lo cogió de la chaqueta y lo levantó como si de un cachorro de gato se tratase.

Capítulo 5

Capítulo 5: Daminna.

Mientras esos tizones encendidos lo estudiaban con curiosidad, Norman pensaba en cómo escapar de ellos. Recordaba a la perfección que Tommy le había asegurado que no los atacarían, pero allí, colgando en el aire, mirando a esos ojos sangrantes, no podía creer en las palabras vacías de su hermano. Y esa sonrisa ladeada, cruel, no encerraba buenas intenciones.

—¿Eran estos los humanos que buscabas?! —gritó el elfo.

Su voz rajó el aire igual que un cuchillo corta la carne. Era grave, penetrante, varonil, más gutural que la voz de un cantante de Death Metal.

Se escucharon unos pasos detrás de Nadeshiko, aún tumbada en el suelo, paralizada por el terror. Sus ojos se abrían como platos, y Tommy aprovechaba su debilidad para rodearla con un brazo mientras le susurraba al oído palabras tranquilizadoras. Los celos de Norman se abrieron paso entre la inseguridad del momento, como un flechazo de amor se abre paso en los corazones más duros.

—Curioso.

Una mujer elfo de piel fina y pelo gris los observaba con atención, con cuerpo escultural, envidia de cualquier otra, y piernas más largas que una modelo. Su pecho subía y bajaba relajado y su sonrisa, al contrario de aterradora, daba lugar a una confianza ciega.

—Son tal y como me los imaginé —continuó apoyando sus manos en la cadera—. Un poco más bajos que nosotros, con ojos grandes... al menos los dos chicos.

—Soy japonesa —replicó la muchacha con voz temblorosa—, y para ser japonesa tengo unos ojos bastante grandes.

La mujer la miró sorprendida, encantada por el valor de la hembra.

—Vaya, así que esta pequeña es una humana valiente.

La levantó del brazo y la miró con sus iris sangre, pero Nadeshiko ni siquiera se inmutó, o al menos lo pareció. Continuó mostrando una

actitud altiva e imperturbable.

—Me caes bien, ¿sabes? Tienes agallas. —Rió—. Eres más parecida a mí de lo que crees, ¡incluso me recuerdas a cuando era una niña que no comprendía el peligro!

—Soy consciente del peligro en todo momento.

—Si lo fueras, harías como tus amigos y callarías.

Un silencio amenazador se extendió por el ambiente, hasta que al fin la mujer elfo liberó el brazo de la joven, soltó una risita aguda, como de una adolescente que ríe delante del chico que le gusta, y miró a Tommy con sus ojos almendrados.

—Levántate tú también. ¡No queremos haceros daño! Turar, suelta al muchacho.

El elfo que sostenía a Norman abrió la mano y lo dejó caer de bruces al suelo. El muchacho resopló y se frotó la muñeca dolorida, la movió a un lado y a otro para asegurarse de que no la tenía fracturada, y se levantó junto a Tommy, que lo observaba mudo. Norman se sintió relajado al comprender que la mujer elfo no quería matarlos. No sabía si su meta era capturarlos, o fue la curiosidad que la embargaba, pero estuvo seguro de que les faltaba mucho tiempo para morir, si es que alguno de ellos moría.

—Daminna, deberíamos resguardarnos en algún lugar. No queremos que hagan daño a estos humanos. Los necesitamos —habló Turar.

—Tienes razón, Turar. ¿Queréis venir con nosotros, jóvenes? Aquí no duraréis mucho solos, y sabéis que no os haremos daño.

—¿Confiar en vosotros? —Tommy escupió a un lado—. ¡Matasteis a un elfo de la luz! Sois los malvados, y nos estáis engañando. ¡¿Queréis de nosotros?!

Norman le dio un codazo en las costillas, y notó que su hermano se quedaba rígido a su lado. ¿Qué le pasaba al muchacho? ¿Acaso quería que los mataran?

Daminna se colocó frente a él, intimidante como solo podía serlo ella. Su presencia fría era suficiente para encoger cualquier corazón.

—Pequeño, no puedes echarme en cara la muerte de nuestro enemigo. Aquí, al contrario que en la Tierra, los buenos somos nosotros, los seres de la oscuridad. Aquí la oscuridad es el bien, y la luz el mal.

¿Acaso no es la luz la que deja ciegos a los humanos? ¿No es la oscuridad la aliada de una víctima que se esconde para que no la encuentren? Piénsalo, muchacho, ¿adónde vas a ocultarte cuando estás en peligro? A las sombras, ¿no es cierto?

—Pero los asesinos también se esconden en las sombras para matar.

—Los asesinos se esconden en las sombras para matar, sí, pero hay más asesinos caminando en el día que en la noche. Además, un asesino no podría encontrar a su víctima si no hubiese luz. En la oscuridad total todo el mundo está en las mismas condiciones, tranquilo y en soledad. Sin luz, ningún ladrón podría robar.

—¡Sin luz no podríamos vivir! Las plantas, los animales... nos extinguiríamos sin ella.

—Es cierto que necesitamos la luz para vivir, pero también la oscuridad. Es innegable. Por eso no podemos destruir a todos los seres de la luz: tenemos que guardar un equilibrio. Estamos en guerra eternamente, pero siempre empatados.

—A pesar de todo lo que dices, no me quito de la cabeza que matasteis a un centenar de elfos de la luz. El asesinar os convierte en delincuentes y, por tanto, en malvados.

La mujer negó con la cabeza. Su rostro expresaba una paciencia de santo que no casaba con su físico amenazante.

—¿Entonces tenemos que dejarnos matar? Si no luchamos acabaremos como ellos. Como he dicho, debe de haber un equilibrio, así que debemos defendernos de ellos y, a veces, atacar.

Norman volvió a propinar un codazo a las costillas de Tommy, aunque realmente no era necesario, ya que el muchacho comprendió por fin las sabias palabras de Daminna y decidió cerrar la boca.

—Iremos con vosotros. —El mayor tomó el mando—. No conocemos este sitio, y tus palabras nos han convencido. Solo pongo una condición, y es que nos digáis por qué nos necesitáis. Ese tal Turar lo ha reconocido hace un momento, así que no podéis negarlo.

—Protección a cambio de palabras. —Daminna clavó en él su mirada, y sonrió traviesa—. ¿No te parece que debes ofrecernos más? Vuestra colaboración, quizás.

—La ofreceríamos si supiésemos para qué nos queréis.

La mujer abrió la boca para replicar, pero a la derecha, en un lugar escondido entre los matorrales, se escuchó un crujido de rama y todas las miradas se volvieron hacia donde provenía el sonido. Durante un momento solo hubo silencio, y nada se movió en la lejanía, pero cuando Turar dio un paso hacia la vegetación, algo corrió a la velocidad del rayo haciéndose indetectable. El elfo dio un paso adelante para perseguir al ser que los espiaba, pero Daminna agarró su muñeca y negó con la cabeza.

—No pierdas el tiempo, es demasiado tarde. Lo mejor será que nos vayamos, aquí no estamos seguros.

Escrutó a Norman esperando una respuesta afirmativa para partir, pero éste observó a Nadeshiko. No quería tomar decisiones por ella. Quizás sí por su hermano, pero no conocía tan bien a Nadeshiko como para saber lo que quería. Ésta asintió decidida. Total, ¿qué otra opción les quedaba?

—Entonces adelante —concluyó la dama oscura.

Juntos emprendieron su viaje hacia un lugar que cambiaría las vidas de los tres compañeros, aunque esto, ellos, aún no lo sabían.

Agradeció ser tan veloz, porque si no lo hubiese sido ahora estaría capturada por los elfos oscuros. Probablemente la torturarían hasta la muerte, o peor, se la entregarían a su rey para que la juzgase de la manera más cruel posible.

El vigilarlos había sido demasiado arriesgado, pero tenía que hacerlo. Debía ver cómo eran los humanos para saber con qué enfrentarse en el futuro. Era necesario conocerlos tanto psicológica como físicamente, porque ellos podían ser la clave para conseguir el Selin, el bastón mágico, fabricado por enanos y escondido en el Palacio Imposible, donde decenas de trampas y trucos protegían el valiosísimo objeto.

Con el corazón acelerado y la adrenalina aún corriendo por sus venas miró atrás y agarró el cuerno que tenía por collar. Lo tocó, y sus compañeros se alzaron en el cielo igual que un ejército de pájaros. El sonido de las alas al cortar el viento fue vibrante, y cuando aterrizaron en los árboles la chica se sintió por fin a salvo.

—Los he visto —dijo con voz aguda, más seria de lo que pretendía.

—¿Se han ido con los elfos? —interrogó una compañera, mientras se deslizaba por un tronco con gran agilidad.

—Sí, se los han llevado. Eran tres, y dos de ellos parecen problemáticos. Otro es desconfiado. Puede que él sea el punto débil del grupo. Deberíamos atacar por ahí.

—¿Te refieres a atacar al jovencito?

—No. —La muchacha negó con la cabeza, y un mechón de pelo verde oscuro cayó sobre su frente—. Atacaremos en sus sueños para ponerlo de nuestra parte y hacerlo desconfiar aún más.

—¡Eso es muy arriesgado! —chilló la compañera—. ¡Tendríamos que buscar a la tejedora de sueños! ¿Cómo se llamaba?

—Seileen. No entiendo cómo puedes olvidar los nombres tan fácilmente.

Una ola de murmullos inundó los oídos de la rápida muchacha, muchos de ellos contrariados con su plan.

Seileen era cruel en un momento, y buena al siguiente. Más impredecible que un ser enfermo que puede caer en coma en cuestión de segundos. Era el hada más peligrosa que jamás se hubiese conocido en Rahagistián, y pedirle un favor era una misión suicida.

—Por favor, silencio. —Mandó callar la muchacha—. Yo misma hablaré con ella. Entiendo que tengáis miedo. Soy rápida, astuta, así que creo que podré con ella en caso de... bueno, en caso de ser atacada.

De nuevo decenas de murmullos.

—No podemos dejar que hagas eso. ¡Eres nuestra mejor guerrera! —exclamó un macho de la multitud.

—No necesito permiso de nadie, ¿entendido? Lo único que os pido es que convoquéis al bosque para que me ayude. Sin él estoy perdida.

El grupo se miró entre sí, confuso. La decisión podía significar la muerte, o la victoria.

—Está bien —intervino de nuevo la compañera—. Convocaremos el poder del bosque y confiaremos en ti. Al fin y al cabo es nuestra única opción.

La muchacha asintió decidida, y un reflejo de determinación brilló

en sus ojos cielo.

—Buscad a Orión para que siga a los humanos. No podemos perderlos de vista. Id a cumplir con vuestro trabajo cuanto antes. Yo cumpliré con el mío.

Llevaban horas y horas caminando sin parar, subiendo montañas, bajando barrancos y parando a descansar solo para comer y dormir. Ahora, tras dos días, se detuvieron en una cueva oscura que parecía el hogar de un oso gigante.

Norman miró a Nadeshiko con la esperanza de ver en ella alguna debilidad para hacerse el héroe, pero su rostro era inexpresivo. No detectó en su mirada ni un ápice de inseguridad pese a la oscuridad que se extendía frente a ellos.

La cueva, de boca ancha, estaba rodeada de árboles frondosos cargados de frutas de todos los colores. Algunas incluso relucían con luz propia, como si hubiesen encendido las luces de un árbol de navidad. Sin embargo, la cueva no era de fácil acceso, ya que estaba protegida por una empalizada construida de troncos y espinas a su alrededor. Si la intentaban abrir desde fuera se pincharían, y que Dios les ayudase, porque las puntas de las espinas estaban bañadas en un veneno mortífero.

—¡Soy Daminna! —gritó la mujer elfo a unos centinelas que Norman no veía.

Se escuchó un crujido que sacudió la puerta, y empezó a abrirse dejando tras de sí aire y oscuridad nocturna.

—Vamos. ¿A qué esperáis? —Daminna los miraba impaciente—. Aquí estaremos a salvo.

—Ya, claro. A salvo —murmuró el pequeño escrutando las tinieblas—. En Rahagistián nada es seguro.

—En Rahagistián nada es seguro, pero dentro de la seguridad, esta es la máxima que tendremos —contestó Norman.

Él disfrutaba de cada momento en ese juego virtual. Había abandonado su vida monótona, estaba con Nadeshiko... ¡No podía pedir nada más! Respirar ese aire de naturaleza, ver bestias en las que nunca había creído, era para él la mayor novedad de su vida. La aventura más

grande que podría vivir.

—Tommy, deberías tranquilizarte —intervino Nadeshiko.

Su confianza había crecido en los últimos días y ahora era capaz de hablar con los hermanos sin sonrojarse.

—Estoy tranquilo, pero no quiero morir. Nunca olvidaré las palabras del hombre nauseabundo. Tú tampoco deberías olvidarlas. Pareció que lo hacías mientras le contestabas a Daminna.

—Le gustó que uno de nosotros tuviese valor para hablar.

—Sí, pero ¿y si no le hubiera gustado?

—Tommy, no te preocupes. Ellos son los buenos, recuérdalo. Creí que tus dudas estaban aclaradas.

—Y que dejarías de refunfuñar por lo bajini —habló Norman—. Siempre has sido el listo de la familia, pero te falta valor. ¡No seas cobarde! Tendrás que aprender a defenderte solo. ¿Qué ocurrirá si nos separamos?

—Pues que usaré mi mente para encontraros, o para salir de aquí. Puedes resultar malherido si plantas cara a alguien más fuerte que tú.

—Ahí Tommy tiene razón. —Nadeshiko andaba tras la elfa con paso firme—. Siempre hay que encontrar un punto medio, y tienes que conocer al enemigo.

—Exacto, y este mundo está lleno de bestias que te comerían en un segundo. Si no piensas, no tienes nada.

Norman resopló.

—¿Me estás llamando tonto? Que tenga más valor que tú, no quiere decir que lo sea.

—No te estoy llamando tonto, tan solo te aconsejo...

—¿Queréis callaros ya? —Daminna regañó a los jóvenes con el ceño fruncido—. Porque si no lo hacéis, os tendré que callar yo.

Los hermanos cerraron las bocas al instante, aunque se propinaron un par de codazos mutuamente. Nadeshiko observó su leve pelea, sonrió y puso los ojos en blanco como diciendo: «estos chicos no

tienen remedio. »

Ambos le devolvieron la sonrisa, embobados.

—De todos los humanos de la Tierra, tuvisteis que venir vosotros.

—Si están aquí, alguna razón habrá. —La voz de Turar era tan grave como siempre.

La mujer se encogió de hombros, su cabello cayó de uno de ellos y se deslizó por su espalda.

—Pero los hombres sois tan competitivos... sobre todo en el tema de agradar a una mujer.

Norman se dio cuenta de que no estaban solos: Más elfos, todos pálidos, andaban de un lado a otro, como si conociesen ese laberinto de piedra como la palma de su mano. Se sintió impresionado al pensar en el maravilloso trabajo que habían hecho esos seres, y una parte de él los respetó un poco más. Rozó con sus manos la piedra, intentó orientarse por esos pasillos húmedos, escudriñó la oscuridad en busca de detalles novedosos, y se asomó a las habitaciones buscando una respuesta de hacia dónde iban.

—¿Dónde estamos?

Fue Nadeshiko la que habló adelantándose a él.

Daminna ni siquiera dio media vuelta para mirarla.

—Esto es un refugio para elfos. En Rahagistán hay tres o cuatro, todos desperdigados. Cuando estamos en guerra algunos se pierden, y estos refugios sirven para hospedarlos. También son útiles para los heridos que huyen de la muerte.

—Pero nosotros no somos heridos, ni nos hemos perdido, ¿no?

La mujer negó.

—Estamos de paso.

—¿De paso? —preguntó Tommy, interesado.

Norman escuchó con atención.

—Sí. Nuestro objetivo es el Palacio Imposible.

—¿El Palacio Imposible? —interrogó Tommy de nuevo.

—Basta de preguntas, muchachito. Os contaremos lo que queréis saber cuando hayamos avisado al Señor del Refugio de nuestra presencia.

Abrió una puerta de madera maciza, y los tres compañeros se quedaron helados ante unos ojos escalofriantes que los escudriñaban a pocos metros. El cuerpo del ser era más grande que el de Turar, sus brazos musculosos sostenían una pequeña bestia parecida a una serpiente, y todo él estaba cubierto por una armadura de cuero negro. Al verlos entrar saludó a Daminna, para después estudiar a los humanos concienzudamente.

Capítulo 6

Capítulo 6: La tejedora de sueños.

—Daminna, itraes humanos contigo! ¿A qué se debe esta sorpresa? —Sus carcajadas sacudieron su cuerpo, y tras sus labios se adivinaron unos dientes afilados.

La pequeña bestia se movió incómoda.

—Buenos días, Dartar. —La mujer inclinó la cabeza en señal de sumisión—. Estos humanos serán nuestros salvadores. De hecho estoy aquí de paso al Palacio Imposible, todo por orden del rey Endamor.

—Así que se trata de algo superior, ¿eh? —Las corneas del elfo brillaron—. Por un momento creí que venías a retarme, mi eterna contrincante.

La preciosa hembra elfo rió encantada, y su risa volvió a sonar como la de una adolescente enamorada. Norman supuso que era porque reía siempre de ese modo tan alegre, no porque le gustase el gran ser que tenían delante.

—Algún día te debilitarás, y yo estaré aquí para derrotarte y ser una de las jefas del refugio, no lo olvides.

—Yo nunca me debilito, deberías saberlo. Puede que seas la única que casi me iguala, pero yo continúo entrenando para ser invencible. Recuerda que soy un elegido del rey, y, por tanto, insustituible.

—Cuando te venza no serás tan insustituible.

El hombre se carcajeó de sus palabras. Su barriga se movió arriba y abajo, y de nuevo la bestia de sus brazos se retorció incómoda. Norman no sabía por qué, pero estaba seguro de haber visto a ese pequeño ser en algún lugar.

—Esa es la cosa, mujer, nunca me vencerás. —Sacudió la mano quitándole importancia al tema—. Aunque la curiosidad me mata, tengo muchos asuntos que atender, así que llévate a tus humanos a una habitación segura.

—Mi señor. —Se inclinó Daminna mientras se apartaba.

Los compañeros y Turar inclinaron sus cabezas y se alejaron sin darle la espalda. Una vez fuera, Nadeshiko tenía los ojos llenos de excitación, como si fuese una niña pequeña con un nuevo juguete a punto

de probarlo por primera vez.

—Vaya, ¿a qué viene esa alegría? —Norman sonrió con ella, contagiado.

—Lo habéis visto, ¿no?

—¿Al elfo?

—¡No! Me refiero al pequeño. ¡Era un dragón chino! ¿De verdad nadie se ha percatado?

—¿Dragón chino? —inquirió Daminna—. ¿Así es como lo llamáis allí?

La muchacha japonesa asintió. Se sentía radiante por ver de cerca a una criatura tan famosa en la Tierra. Cada descubrimiento era para ella una nueva aventura.

—Aquí los usamos como aliados. Son nuestras mascotas, amigos y cabalgaduras. Los respetamos y cuidamos porque sin ellos nuestra vida sería mucho más difícil. Ese era solo un cachorro, pero crecerá, y podrá llevar a cuatro elfos a sus espaldas.

—¿Eso quiere decir que tendré la oportunidad de ver dragones adultos?

—La tendrás. Cuando lleguemos a la Fortaleza Umbría.

—¿La Fortaleza Umbría?

—Claro. El rey tiene un hogar, y yo también. Pasaremos por ahí tras llegar al Palacio Imposible.

—Si os soy sincera, estoy impaciente por verlos. —Dio dos saltitos y su vestido negro y verde flotó en el aire. Además sus lacitos ondearon, dándole aspecto de un ángel caído del cielo.

—Yo estoy impaciente por saber qué hacemos aquí y por qué nos necesitáis. —Norman habló serio manteniendo la mirada roja que, ahora, más que infundirle miedo, lo hacía osado—. Ese era el trato.

Daminna hizo un gesto con la mano para que entraran en la habitación de roca.

—Entrad, acomodaos, dormid y mañana os lo explicaré todo.

Tommy penetró en la estancia sin perderse ni un solo detalle. Desde que llegó a Rahagistián lo miraba todo con especial cuidado, como si quisiese grabar en su mente cada lugar que visitaban para no olvidarlo jamás. Norman también disfrutaba de las vistas, pero no con tanta intensidad. La habitación era sosa, solo con tres literas en su interior. ¿Por qué mirarlas como algo distinto?

Norman se frotó las manos y decidió quedarse en una de las camas inferiores, mientras que Nadeshiko se acomodó en la superior. Tommy decidió escoger la cama superior de la litera de al lado, y el pensamiento de que lo hacía para observar a Nadeshiko dormida, molestó al hermano mayor. Esa chica seguía reluciendo a sus ojos igual que una reliquia, única e insustituible. Su voz era para él la medicina más potente, y también la droga más tentadora. Seguía sin comprender por qué esas ansias por agradarla y protegerla, sin embargo había cesado su zozobra. ¿Por qué darle tantas vueltas a unos sentimientos que no entendía? Lo mejor era no pensar en ello y dejarse llevar. Su vida era más fácil desde que lo entendió.

Suspiró perdido en sus pensamientos, cerró los ojos y se sumió en un profundo sueño mientras asumía lo que estaba pasando en su vida.

Despertó sobresaltado en medio de la oscuridad, e intentó percibir al menos un destello de luz en el exterior. Le molestaban las gafas de realidad virtual en el puente de la nariz, se encontraba inquieto, y el colchón hacía que le doliese la espalda, así que se incorporó en silencio intentando no despertar a nadie, y se puso de pie. Buscó con la mirada un bulto en la litera superior, pero no encontró nada.

«Qué extraño, ¿dónde estará Nadeshiko? »

Rascó su frente y salió de la estancia con la intención de investigar el lugar. Seguramente su compañera había tenido la misma idea y estaba perdida en ese laberinto de tierra y roca.

Giró a la derecha, no porque fuese camino inexplorado, sino porque las antorchas lo iluminaban. Luego a la izquierda, siguió recto y de nuevo a la derecha. Se encontró con unas escaleras empinadas por las que el aire bajaba más frío, y pensó en la terraza de su casa, donde tantas veces subía a relajarse y reflexionar.

Sí, quizás eso es lo que necesitaba ahora, reflexionar sobre los elfos y la creciente enemistad con su hermano por culpa de una joven. La familia siempre era lo primero, no podía parar de decirse eso, aunque a Tommy no parecía importarle, teniendo en cuenta cómo se comportaba con Nadeshiko. Ni siquiera intentaba disimular su deseo. Él ya la había

rodeado con su brazo y le había susurrado al oído, mientras que Norman no tenía más que sonrisas.

Al llegar arriba el viento sacudió el cabello cobrizo del muchacho, y éste protegió sus ojos con los brazos. Solo tardó unos segundos en ver a la japonesa sentada, con las rodillas abrazadas pegadas al pecho, contemplando la belleza de Rahagistián.

Un nudo agarró el estómago de Norman, y lo hizo subir y bajar como si estuviese en una noria. Dio media vuelta para volver a las habitaciones, pero la voz de la joven lo detuvo haciendo que su corazón se acelerase aún más.

—Espera, no te vayas. No me molestas —dijo con voz tierna.

El muchacho dio media vuelta, más rígido de lo que pretendía.

—Siéntate conmigo —continuó señalando el suelo, junto a ella.

Norman obedeció, aunque con lo nervioso que estaba le era difícil pensar y negarse.

—Es precioso, ¿verdad? Me desperté, y decidí investigar un poco. Me encontré con este paisaje.

Ante ellos se extendía un mar de negrura salpicado por cientos de colores distintos, como si la ciudad si hubiese apagado y solo quedaran árboles navideños iluminados por luces de mil colores. Allí, las frutas eran igual que bombillas brillantes en la noche, algunas titilaban levemente, como si respiraran, y otras se mantenían firmes sin un simple parpadeo que ofrecer. Juntas formaban el espectáculo más hermoso que Norman había visto en su vida, y su belleza aumentaba cuando los árboles desprendían polen brillante, semejante a purpurina, y volaba hacia ellos envolviéndolos en millones de partículas relucientes.

—Guau, esto es...

—Lo más brillante que has visto nunca, ¿verdad?

Norman asintió. Tragó saliva de forma sonora cuando pensó que también era lo más romántico que había presenciado.

—Es casi sobrecogedor.

—Lo sé. Hipnotiza, ¿no es cierto?

—Sí.

La presencia de Nadeshiko a su lado lo hacía consciente de la importancia del momento. Se dijo que no debía estar rígido, que lo mejor era dejarse llevar, porque eso es lo que mejor sabía hacer. Él era el hermano que no pensaba, el impulsivo y el realista. El hermano que escondía sus sentimientos y debilidades para que nadie las encontrara. Quizás eso era lo que lo mantenía tan rígido: el peligro de sentirse expuesto y desnudo ante alguien a quien apenas conocía.

—¿Sabes? Acabo de caer en la cuenta de que apenas te conozco, Nadeshiko.

Mantuvo sus ojos oscuros a través de las gafas, y ésta se sonrojó como no lo hacía desde días atrás.

—Hace falta tiempo para conocerse.

—Lo sé, por eso quiero saber algo de ti. Ahora mismo el tiempo está pasando, ¿no? ¡Pues cuéntame! Tu historia, tu vida... Eres todo un misterio.

La muchacha apoyó su mejilla en una de sus rodillas.

—Nací en Japón, y allí me crié. Mi infancia no fue muy fácil, porque mis padres nunca quisieron una hija, ¿sabes? Ellos preferían un niño. No obstante mi abuela por parte de padre estaba radiante cuando nací. Ella proviene de una estirpe de sacerdotisas. Dedicó su vida a lo sagrado, a la magia, a creer en los mitos y en las bestias de las leyendas. Un día, una decena de hombres atacaron a las sacerdotisas y las violaron sin piedad. A algunas incluso las mataron. —Un escalofrío recorrió el cuerpo de la muchacha, y Norman tuvo ganas de abrazarla—. Mi padre nació de ese día, y después nací yo. En cuanto se enteró de que sería una niña supo que me enseñaría todo lo que sabía.

—Así que tu abuela te educó de un modo especial, haciéndote creer en la magia, los espíritus, en las leyendas japonesas...

—Exacto. No me dejó dudar de mi fe en ningún momento, y cuando lo hacía... digamos que se las ingeniaba para hacerme sentir culpable. Todos los días mi abuela me contaba una leyenda de una forma tan vivida que no dudaba de su certeza. Me llevaba al templo siempre que podía, y me hablaba de la importancia de la bondad en la vida. Ella me hizo creer en todo lo que no podía ver.

Norman suspiró al escuchar esa última frase. Para él todo lo invisible era mentira hasta que vio al muchacho pelirrojo. Desde entonces

su confusión se hizo evidente.

—Yo, al contrario que tú, nunca creía en lo que no podía ver. Pero hace poco un chico pelirrojo se me apareció y me hizo creer en algo que nunca pensé que existiría. Él me trajo aquí, en cierto modo. Aún intento decirme a mí mismo que eso no pasó, pero lo hizo. Recuerdo cada segundo.

Nadeshiko asintió convencida de sus palabras. No había duda de que su fe era indestructible tras años de entrenamiento y castigo.

—Tus sentidos no te engañarían con algo así. Las personas han perdido la capacidad de creer en la magia, pero sigue ahí, en todo lo inexplicable.

—Ahora sé que tienes razón, cuando hace unos días me habría reído de tus creencias.

La muchacha sonrió nada ofendida con la sinceridad del joven. Es más, parecía agradecerle su franqueza.

—Cada uno tiene su momento para empezar a creer.

—¿Y en qué crees tú, aparte de en mitología, espíritus y magia?

—Creo en la lucha y en el amor.

Al pronunciar la última palabra, sus ojos se clavaron en los iris azules de Norman derritiéndolo por dentro, intentando penetrar en esa dura muralla que cubría tanto su corazón como su espíritu. En esos ojos marrones había algo que el muchacho deseaba. Quizás su madurez, la lucha por la vida, o su alma.

En ese momento, una hilera de polen traído por el viento bailó con gracia ante los ojos de Norman, y éste elevó la mano para tocarlo. Al hacerlo, las motas jugaron entre sus dedos y el chico levantó la palma de su mano hacia Nadeshiko. Ella posó su mano sobre la de él, sorprendida por el efecto, y el polen las envolvió como un cordón de plata que intentaba unirlos.

La muchacha se carcajeó con ternura, y su contacto provocó en el cuerpo de Norman una corriente electrizante que erizó todos los pelos de su cuerpo.

De nuevo se miraron mutuamente, y esta vez ambos descubrieron en los ojos del otro el deseo oculto durante todos esos días.

Así estuvieron unos segundos, hasta que el polen voló en otra dirección. Norman se levantó con el corazón desbocado, dispuesto a volver a la seguridad de su cama, donde nadie podía destruir sus murallas.

Las mariposas pasaron a su lado raudas mientras dudaba. La casa de Seileen debía de estar cerca, junto a la cascada, así que no podía echarse atrás ahora que la tenía a pocos pasos. Ya escuchaba el agua correr, y el silencio indicaba que nadie osaba acercarse allí. Tan solo ella, la más valiente, podía convencer al hada. Además llegaba justo a tiempo: ya sentía que los rezos de sus compañeros empezaban a surtir efecto; una vibración subió por sus piernas, y al tocar un árbol sintió una conexión especial y familiar. Una conexión que solo los de su raza podían entender, porque el bosque era su hogar, y también su amigo. Con él hablaban, reían y jugaban. Sin él no eran más que zombis alados con los ojos apagados, sin alma. Allí nacieron, crecían y también morirían protegiéndolo si era necesario.

—Vamos allá, pequeña —murmuró en voz baja—. Es el momento.

Sacó pecho con determinación, y siguió el sonido del agua. Ya olía la humedad y sentía las gotas de agua en su piel, cuando una pequeña cabaña rodeada de flores coloridas se elevó ante ella. Nadie podría imaginarse nunca que allí habitaba una de las hadas más peligrosas de toda Rahagistián.

Tocó a la puerta con cuidado, y no obtuvo respuesta. Después lo hizo de nuevo, un poco más fuerte, y la puerta se abrió sola con un chirrido agudo.

—¿Quién llama al hogar de Seileen, la tejedora de sueños?

La muchacha notó un nudo en la tráquea, un terror que se extendía por su cuerpo impidiéndole hablar.

—¿Quién eres? Puede olerte.

El nudo seguía ahí, torturándola como algo sólido atrancado en su garganta.

—¿Quieres que Seileen te haga hablar? Sé que quieres hacerlo.

Sus ojos miraron a ninguna parte, cosa que extrañó a la muchacha. Estaban perdidos en un punto lejano que no podía divisar. Se dirigían hacia ella, sí, pero no la miraban, sino que la traspasaban. Y su

color... pálido, igual que cuando tapas una fruta de color azul con una fina tela blanca. Pierde su fuerza e intensidad.

—Seileen es ciega, pero no tonta. Escucha y ve con su imaginación. Eres un ser del bosque, nota tu energía. La madre tierra te acompaña.

Sí, eso es, el bosque la acompañaba, por tanto no debía tener miedo. Sentía su vibración en su interior, dándole ánimos para hacer frente a la tejedora de sueños.

—Soy Suzette, y vengo a pedirle ayuda. Una ayuda de la que dependemos muchos, no solo yo.

La risa del hada fue como una cuchilla aguda capaz de destrozar cristales. Un puñal que se clavó en su corazón haciéndola sentir indefensa. Al escucharla, supo que esa mujer era mucho más sabia y cruel de lo que nunca nadie podría llegar a ser.

Se preguntó qué sería de ella si no lograba convencerla.

Capítulo 7

Capítulo 7: El bastón mágico.

—Seileen te escucha, aunque debes saber que casi nunca ayuda a nadie. Sin embargo, eres familia de su especie y perderá su tiempo prestándote atención. Mmm... huele la sangre real en tus venas —comentó. Movi6 su nariz igual que un rat6n, y sonri6—. Levantas su curiosidad, joven.

—Señora, necesito que teja pesadillas para un humano —inform6 disimulando un escalofrío—. Sin 6l nunca podremos obtener el bast6n mágico.

—¡Pesadillas! —chill6 la mujer escandalizada—. ¡Ella teje sueños, no pesadillas!

—Señora, las pesadillas son solo sueños desagradables.

—¿Pero sabes lo que le estás pidiendo a Seileen, jovencita? Ella es ciega, así que solo ve lo que imagina. Seileen quiere imaginar cosas bonitas, no cosas malas. Ella sufre con las cosas malas. No le importa hacer daño a otros, pero no a ella misma.

Se cruz6 de brazos dando por zanjada la conversaci6n, pero Suzette avanz6 un paso e insisti6.

—Si no conseguimos a ese humano, nunca conseguiremos el Selin antes que ellos, y ya sabe lo que eso significa. Todo el mundo lo sabe. Usted tambi6n, estoy segura.

La mujer dud6 durante unos minutos.

—Veo que la ayuda de la tejedora de sueños es importante, pero no entiende qu6 tipo de pesadillas necesitas.

—Necesito pesadillas que hagan al chico desconfiar de los elfos oscuros.

—Como Seileen entiende que es importante, pero no quiere sufrir, ofrece el trato de probar tu fuerza. Quiere comprobar que el bosque est6 contigo, en lo bueno y en lo malo. Quiere asegurarse de que eres un verdadero ser del bosque.

La muchacha retrocedi6 un paso. Esa mujer le estaba proponiendo luchar, y por mucho valor que tuviese no sabía si conseguiría vencer al hada. El bosque estaba con ella, sí, y era muy r6pida, pero esa

mujer desprendía un poder tan especial como sobrecogedor. Lo sentía rozando su piel como un tizón encendido roza la piel de un esclavo.

—¿Nos ayudará sin reservas?

—Si convence a Seileen de su sinceridad, sí.

La muchacha respiró profundamente.

—Entonces, adelante.

De pronto una telaraña brillante apareció ante ella, y la apresó sin dejarle tiempo para reaccionar.

—Los Señores de Refugios son los guerreros más fuertes y temibles de nuestra raza, no más que el rey, claro está. Él es invencible.

Norman se estremeció al pensar en un elfo más grande que el Señor del Refugio. Tenía que desprender un poder que no estaba al alcance de todos. Lo imaginaba oscuro, señorial, con facciones serias y tranquilas, confiado de ser el mejor, de poder derrotar a cualquiera.

—No me puedo creer que haya alguien más escalofriante que el jefe de este refugio —intervino Tommy.

Ese día su hermano estaba más serio que de costumbre, supuso que por el dolor de huesos. Quizás dormir en el suelo era mejor que ese colchón con tacto acerado.

—Pues lo es. No puedo explicar lo que sentí al verlo por primera vez. Digamos que me impuso un respeto que nadie antes había conseguido —aseguró Daminna. Su mirada se perdió en recuerdos lejanos—. A partir de ese día juré servirle, y poco a poco me gané su confianza. Es mi modelo a seguir.

—Y por eso estamos aquí. —Norman habló, cansado de esperar la respuesta de la mujer elfo, que había asegurado dos veces que les diría por qué los necesitaban, y aún los mantenía en espera.

—Por eso estáis aquí —secundó.

—Por un capricho del rey. Lo que no entiendo es para qué, y estoy harto de esperar. Dijiste que nos darías protección a cambio de colaboración, y para colaborar tengo que saber.

—Tienes razón, Norman. Hemos esperado demasiado, y tarde o temprano lo descubriréis.

La mujer cogió un trozo de fruta marrón y se lo metió en la boca. Lo masticó observando el techo, balanceándose en una silla de madera. Las patas estaban torcidas, algunas incluso desencajadas. Norman no se explicaba cómo aguantaban en esas condiciones.

Se encontraban en el comedor, desayunando la fruta que habían logrado recoger al despertar. Allí cada uno se buscaba la vida como podía, y ellos habían decidido alimentarse de fruta. Daminna y Turar les enseñaron qué alimentos eran comestibles y cuáles venenosos. Las moradas eran amargas, aunque inofensivas, pero las negras y las amarillas... mejor no acercarse.

—Entonces cuéntanoslo.

Los tres compañeros estudiaron las facciones duras de la mujer. Ella suspiró, y los observó con sus ojos almendrados.

—En el Palacio Imposible hay un bastón llamado Selin que hace a la Puerta invisible y mantiene a las malas bestias encerradas en Rahagistián. Este bastón fue forjado por enanos tras la catástrofe desatada por Neon. Usaron la madera más resistente de toda Rahagistián, la pulieron, le dieron una forma temible, acudieron a la bruja más poderosa que se ha conocido jamás, y ésta lo hechizó para que solo un ser con sangre humana pudiera tocarlo. Está claro que ella pensaba que nadie volvería aquí, y así lo pensábamos todos durante unos años... hasta que llegasteis. Ahora todo el mundo quiere dominaros para hacerse con el bastón y escapar a la Tierra como ocurrió hace años. Destruirán, matarán, colonizarán... y vosotros seréis las primeras víctimas, porque sois los únicos que pueden cerrar la Puerta.

—Un momento. —Interrumpió Norman—. Es mucha información para asimilar.

—Sí. No quiero perder el hilo de la historia. —Le apoyó Nadeshiko.

Aprovechó para rozar el brazo de Norman haciendo que se quedase paralizado como una estatua de piedra.

—¿Estás diciéndonos que los enanos crearon un bastón que mantiene a los seres dentro de Rahagistián? ¿Que una bruja lo hechizó y escondió en el Palacio Imposible, al alcance de un ser con sangre humana? ¡Eso es fantástico! Si no colaboramos, vosotros seguiréis

encerrados, y la Tierra a salvo.

El hermano mayor rió sin comprender el problema. La respuesta era sencilla: ¡el bastón debía seguir donde estaba!

El apetito acudió a él, así que cogió una fruta rosada. Al morderla, un líquido anaranjado salió de ella y el sabor dulce inundó la boca del muchacho. Soltó un gemido mientras disfrutaba del manjar de ese mundo.

Por otro lado, Tommy escuchaba la discusión sin perder detalle. Escuchaba igual que lo hace un psicólogo; evaluando la situación, pensando en las consecuencias de cada una de las acciones.

—No es tan fácil, joven. —Daminna se cruzó de brazos—. Como os dije, aquí los corruptos no somos nosotros, sino los seres de la luz. Entre ellos se encuentra alguien con sangre humana. ¿Cómo es esto posible? Os preguntaréis. Y es que Neon volvió a traspasar la Puerta tras cerrarla. Vuestra gente no conoce lo que ocurrió después.

—Así que hay más.

—Exacto. Neon volvió, y él fue el que introdujo el bastón en el Palacio Imposible, donde se deben pasar cuatro pruebas. La última consiste en una muralla que solo puede ser traspasada por un humano real.

—Y cuando dices real te refieres, no a un ser que posea sangre humana, sino a un humano.

—Exacto. El bastón puede ser empuñado por un ser con sangre humana, sí, pero la bruja fue lista y pensó en los riesgos, así que levantó esa muralla. Si alguien consigue el bastón, será un humano de verdad.

—Era más previsora de lo que creía.

—Sí, pero no habría hecho todo eso si Neon se hubiese quedado quietecito. No lo hizo, y pasó años aquí hasta que conoció a un ser del bosque. No sabemos qué tipo de ser es, porque siempre ha sido un secreto, pero estamos seguros de que Neon y ella tuvieron un hijo. Un hijo que es mitad humano y mitad... lo que sea. Ahora que estáis aquí ese ser intentará conseguir vuestra confianza para acceder al Selin. Cuando caiga en sus manos no habrá vuelta atrás, y de nuevo el caos se desatará sobre la Tierra. Vosotros seréis los primeros en morir ahora que todos saben que podéis cerrar la entrada.

—Esto se pone interesante —murmuró Norman. Después mordió

de nuevo su fruta.

—A mí hay algo que no me encaja —habló Tommy desde las sombras.

Se volvieron hacia él, expectantes.

—¿Por qué Neon iba a mantener relaciones con un ser malvado?

—Porque son bestias bellísimas, y los humanos sois débiles ante la tentación.

Norman tragó de forma sonora recordando lo difícil que le resultó alejarse de la preciosa japonesa la noche anterior. Había estado tan cerca, a tan solo unos segundos del beso... y salió huyendo como un cobarde. Él, más valiente que los otros dos, tenía miedo del amor.

—Así que Neon era tonto. —Nadeshiko puso los ojos en blanco—. Los adolescentes sois todo hormonas.

Daminna rió, encantada.

—No hace falta que lo digas, compañera, es un hecho.

Apoyó sus codos en la mesa y volvió a coger otra fruta marrón. A la vez, el Señor del Refugio entró y la saludó con la cabeza. Ella hizo lo mismo.

—Como iba diciendo —continuó—, ese ser intentará pasar las pruebas del Palacio Imposible, y luego intentará conseguir el Selin. Cuando lo tenga no habrá marcha atrás. La forma de detenerlo es obtener el bastón antes que él. En las manos del rey, Rahagistián estará seguro de nuevo. Él se ocupará de buscarle un nuevo hogar. Lo esconderá en la sima más profunda de la montaña más alta si es necesario.

—Pero vuestro rey es un elfo. ¡No tiene sangre humana!
—exclamó Tommy, de nuevo buscando sesgos en la historia.

—El rey elfo es bastante peculiar. ¿Sabéis lo que son los hombres lobo?

—Sí. —Asintió el mayor con la cabeza—. Mitad hombre, mitad lobo.

—Bien. Pues resulta que el rey es mitad hombre lobo, y mitad elfo. Por eso es tan poderoso. No existe otro como él en todo Rahagistián.

Tiene suficiente sangre humana como para ocultar el Selin.

—Ya lo entiendo. Lo que nosotros tenemos que hacer es llevárselo para evitar que caiga en las manos de ese ser del bosque. A mí me parece bien.

Norman se levantó con determinación. En sus ojos brillaban las ansias de aventura, más fuertes que un huracán.

—Y a mí.

Nadeshiko le sonrió mostrando unos dientes nacarados.

—Aunque no estoy muy conforme con la historia, ayudaré.

Tommy mostró una sonrisa insegura por primera vez en el día, y se puso en pie. El chico inocente y siempre hablador, se convertía en uno taciturno y desconfiado a medida que pasaba el tiempo. Quizás era el juego que lo enervaba, o la desconfianza cada vez más acentuada.

—¡Genial! Ahora mismo nos vamos de aquí.

Daminna saltó de su asiento y se adentró en los interminables pasillos meneando el trasero con gracia.

Los bordes de sus alas cortaron la telaraña que la apresaba con un solo aleteo. No obstante el miedo la atenazaba: tenía que librarse de él cuanto antes. La frescura la ayudaría a vencer a su oponente, así que se esforzó por mantener la cabeza fría en el momento más complicado de su última semana.

—Seileen está sorprendida con tu astucia, princesita.

La vibración creció en el cuerpo de Suzette disipando el terror que la embargaba.

El bosque parecía susurrarle palabras de ánimo al oído, y la muchacha se preguntó qué sería de ella si la naturaleza la abandonaba.

«No me abandonaré. Confío en mis compañeros, y también en los árboles. »

Esquivó la nueva telaraña que Seileen le lanzó, y elevó ambas manos llevando hacia ellas todo su poder.

—¡Ahora! —gritó para darse fuerzas.

Tres lianas salieron disparadas de cada mano buscando el cuerpo de la tejedora de sueños, pero ésta creó un escudo de aire a su alrededor, y rió en su interior.

—¿Es esto lo único que puedes hacer? —Se carcajeó la mujer.

Las lianas estallaron con un sonido sordo, y el escudo de aire se desintegró provocando que el viento se levantara alrededor de las luchadoras. Suzette saltó entre los árboles con ingenio, aprovechando su mejor habilidad, pero el hada parecía detectarla allí donde estuviese, y lanzaba estacas brillantes que ella misma dibujaba en el aire: Las pintaba con el dedo, las cogía, atacaba y vuelta a empezar. La muchacha no podría aguantar así eternamente. Aunque fuese más joven su resistencia tenía un límite, y moverse a esa velocidad le pasaría factura.

Tenía que pensar.

Con una voltereta se colocó tras el tronco más grueso que había, y reflexionó en cómo no hacer ruido para llegar hasta la malvada. Ésta era ciega, así que el truco estaba en no dejarse escuchar. ¿Cómo ser silenciosa cuando estás frente al hada con mejor oído del mundo?

Salió de su escondite aguantando la respiración, y vio que Seileen la miraba con sus ojos perdidos, sin embargo no atacó, señal de que aún no la había detectado.

Suzette cogió aire, cerró los ojos, y dio otro paso más.

Antes de que la joven se diese cuenta, el hada apareció tras ella, la empujó y la hizo caer cuan larga era. Las pequeñas piedras cobraron vida y escalaron por su cuerpo igual que insectos. Le hacían cosquillas en la piel, y raspaban las zonas más sensibles.

—¿Pero qué es esto?

Forcejeó intentando librarse de la arena que penetraba en sus oídos y su nariz. Pataleó, se revolvió, pero sintió que todo estaba perdido, y que sería enterrada allí mismo. No había cumplido su parte del trato, mientras que sus compañeros continuaban rezando por ella. Habían depositado su fe en Suzette, y ésta no había hecho más que molestar a Seileen, el hada loca.

Se sacudió una vez más, y sus lágrimas corrieron por sus mejillas. Se sentía impotente, rota por dentro, como si su corazón hubiese saltado en mil pedazos. Recordó a Linna, su compañera alada de aspecto infantil, a Orión, el macho que intentaba protegerla con todo su ser, y

cayó en la cuenta de que no volverían a verla, ni a escucharla, y que llorarían su pérdida durante meses, o quizás años.

Había muchas cosas que le habría gustado hacer, como visitar cada rincón de Rahagistián para descubrir todos sus misterios, casarse con un noble, conocer a uno de los humanos, criar pequeños seres de su misma raza... Sueños que quedaban enterrados bajo su dolor.

Lloró aún más, y cuando sus lágrimas tocaron el suelo unos tallos blandos crecieron y crecieron a una velocidad vertiginosa.

Suzette abrió los ojos, y chilló al darse cuenta de que estaba a kilómetros del suelo, libre de sus ataduras: el bosque le daba una nueva oportunidad.

Su grito atrajo la atención de Seileen, que empezó a formar una bola de aire cortante entre sus manos, pero la joven saltó hacia la tejedora de sueños con fuerzas renovadas y le propinó un golpe en la cabeza que la dejó tendida en el suelo. El hada ciega chilló en medio de la confusión, porque no había escuchado a su enemigo llegar. Mientras tanto Suzette aprovechó la oportunidad para convocar a los árboles del bosque.

La tierra tembló bajo sus pies, decenas de raíces salieron del suelo llenando el ambiente de olor a frescura, y de crujidos por las ramas que se quebraban al chocar con las rocas.

Pronto la tejedora de sueños estuvo apresada de pies y manos, y no pudo hacer más que sonreír con satisfacción.

—No se esperaba ese movimiento, jovencita. Ya puedes soltar a Seileen.

Las raíces se introdujeron en la tierra de nuevo, y la mujer movió muñecas y tobillos. Suzette le tendió una mano para ayudarla a ponerse en pie, pero la tejedora de sueños lo hizo sin ayuda. Su rostro no expresaba sufrimiento ni pesar.

—El bosque ha escuchado tu grito de auxilio, y te ha ayudado. Eres un verdadero ser del bosque: tu sangre es pura. No hay pecado en ella. Seileen Te ayudará con el chico humano. Síguela.

La muchacha anduvo tras ella hacia la cabaña, y una vez dentro se volvió a sentar en la silla de madera. La ciega tomó asiento frente a ella y empezó a mover las manos en el aire. Sus dedos se movieron gráciles liberando un líquido plateado que se hacía sólido frente a Suzette. La magia fluía de cada hilo fabricado, colmando la habitación de olor a petunia. Se preguntó por qué una telaraña mágica desprendía un olor tan exquisito, pero no dijo nada, ya que estaba cautivada por esa belleza

brillante cada vez más grande. La tejedora de sueños conectaba unos hilos con otros, consciente del orden de cada uno, después creaba otros nuevos, más finos o gruesos, pero todos perfectos. La muchacha no podía salir del ensimismamiento que el proceso le provocaba, hasta que al fin la tejedora miró con sus ojos ciegos su creación, elevó el dedo índice, y tocó el centro de la plateada urdimbre. Ésta tintineó, y ese tintineo se hizo cada vez más y más fuerte. No era agudo, sino melodioso, igualable al cautivador canto de una sirena. La vibración se extendió por el bosque despertando a las criaturas dormidas, y las plantas bailaron a su son. Suzette no sabía cuánto duraría ese sonido tan maravilloso, pero no quería que acabara nunca. Por desgracia lo hizo cuando la melodía penetró en el último rincón de Rahagistián.

—Dile a Seileen, princesita, ¿cómo se llama el muchacho?

Suzette agarró el cuerno de su cuello.

—Convocaré a mi mejor amigo si me da dos minutos a solas. Él ha ido a descubrir algo más del chico. Estoy segura de que sabrá su nombre.

—¿A qué esperas entonces? La tejedora de sueños te ayudará, pero quiere acabar rápido con su trabajo. ¡Odia los malos sueños! —Volvió a repetir dejando claro que lo que Suzette pedía era desagradable.

—Pero la pesadilla ya está creada, ¿no es así? Solo falta buscar al humano.

—Sí, pero tiene que imaginar la escena hasta enviarla. La imaginó mientras conectaba los hilos, la está imaginando ahora y la seguirá imaginando hasta que desaparezca de su cerebro.

—Entonces déjeme ir al bosque un par de minutos, y cuando vuelva será libre de enviar su telaraña.

El hada ladeó la cabeza dolorida por las imágenes que se dibujaban en su mente, e hizo un gesto con la mano, impaciente. Ella siempre hacía bien su trabajo, y cuando quería algo, lo conseguía.

Capítulo 8: La criatura del mar.

—¿Por qué dices eso?! —exclamó Tommy en medio de la oscuridad.

Ese era el sueño más extraño que había tenido desde que llegó a Rahagistián. Se encontraba en un lugar desconocido y oscuro. Apenas veía nada, pero sí escuchaba una voz cantarina, como de hada, que le susurraba al oído.

Miró hacia atrás, pero no vio nada, tan solo sintió una presencia invisible.

—Porque es la verdad. Lo sabes en tu interior. Ellos mienten. Los elfos os están engañando, y tú eres el único que puede evitar el desastre.

—¿Yo? Pero si sólo soy el cobarde que siempre busca problemas.

—Por eso mismo eres el elegido, porque sabes detectar la mentira buscando sesgos en las excusas, y porque prefieres la inteligencia al valor. Una persona puede hacerse más valiente enfrentando sus miedos, pero no más inteligente.

—¿Y por qué creerte a ti? Eres solo un sueño. Los elfos nos protegen, nos han ayudado y quieren salvar mi mundo. Tú solo eres una voz invisible.

—Pero soy una voz invisible que te ayuda a ver la realidad, a comprender lo que hay en tu interior. ¿Quieres pruebas de que los elfos oscuros son malvados? —La voz se volvió aterciopelada. Al oírla Tommy recordó a su madre acariciando su rostro de bebé—. Te daré las pruebas que necesitas.

La oscuridad se disipó poco a poco, y unos gritos fieros llegaron a los oídos de Tommy. Al principio no vio más que formas peleando, pero luego divisó varias decenas de elfos oscuros que clavaban sus espadas en los cuerpos delgados de los elfos de la luz. Al matar a uno, las caras de los asesinos resplandecían de alegría, disfrutaban de la sangre salpicada en sus rostros pálidos y las armaduras negras. En sus ojos rojos la maldad se movía con total libertad, desvelando un alma repleta de ponzoña.

De repente las imágenes pasaron a cámara rápida, y se detuvieron en una en concreto: Se trataba de un elfo gigantesco que reía con tono grave, levantando los brazos al cielo, como si estuviese desquiciado. Esa imagen se agrandó, como cuando das zoom a una foto, y entonces la bestia se giró de golpe y clavó sus iris sangre en los azules de Tommy. Lo que vio en esos ojos lo convenció del error que estaban cometiendo al ayudar a los elfos oscuros, porque una criatura así no podía

ser buena. Ese ser debía estar encerrado en las profundidades de la montaña más alta de toda Rahagistián, gobernado por miles de seres invencibles para no dejarlo escapar.

—Tommy, ¿qué sueñas?

Norman sacudió a Tommy del hombro con más brío del que pretendía. Tenían prisa porque faltaba poco para llegar al mar. El tiempo era oro ahora que sabían porqué estaban ahí.

Los ojos del joven muchacho se entreabrieron y estudiaron a su hermano entre las largas pestañas a través de los gruesos cristales de las gafas. Luego se cerraron de nuevo, y tocó su frente para deshacerse del sudor frío.

—Tío, estabas sudando y pataleando en sueños. ¿Estás bien?

—Mmmm... creo que sí. Ha sido solo una pesadilla sobre elfos.

Observó a Daminna, y esta le devolvió una sonrisa repleta de alegría y confianza. Sin embargo Tommy no se la devolvió, sino que frunció el ceño, extrañado.

—Ten en cuenta que ha sido solo una pesadilla. Ahora debes levantarte.

Le tendió la mano derecha, y su hermano la estrechó y se levantó con pesadez. Norman se preguntó qué había soñado para verse tan afectado. Temía por la resistencia del pequeño. Su carácter cambiaba, no comía mucho, miraba a los elfos con desconfianza y parecía haber olvidado la importancia de la familia. ¿Qué pasaría por su cabeza? Él siempre se lo contaba todo. Era raro que aún no lo hubiese hecho.

—¿Estás bien? —le preguntó de nuevo.

La preocupación le vencía.

—Claro que sí. ¿Qué ocurre, Norman? Ha sido solo una pesadilla, ya te lo he dicho.

—No me refiero al sueño, sino en general.

—Intento acostumbrarme al juego todavía.

—Es que te siento demasiado alicaído. No hablas como antes, escuchas y miras con demasiada atención...

—Solo lo hago porque no quiero perderme ni un detalle de la aventura. Tú eres el que siempre me ha llamado Fantasioso, ¿no?

Norman se encogió de hombros, vencido.

Súbitamente Nadeshiko hizo aparición tras ellos. Lucía el rostro lavado y el pelo húmedo. Sus labios, igual de carnosos que siempre. Sus ojos, marrones chocolate. Su alma, un mundo entero por descubrir.

Una gota de agua se deslizó por la punta de su nariz, y cayó al suelo.

—¿Estáis preparados para partir? —interrogó radiante.

Estudió el rostro de Tommy, y un leve rubor se dibujó en las mejillas de éste. Los celos atacaron a Norman de nuevo, aunque esta vez menos intensos. Desde la última noche en el refugio nada volvió a ser igual para él.

Cuando sentía que estaba en una competición contrarreloj por conseguir el amor de la joven, ahora notaba que había ganado. Lo malo era que, ya que lo sabía, estaba aterrado y abrumado por esos sentimientos. Constantemente ansiaba correr lejos de ella, a veces, incluso tartamudeaba al hablarle. Nada propio de él.

—Tommy, tienes una cara horrible —comentó la chica.

—Gracias por tu halago —contestó el muchacho con ironía—. No he pasado buena noche.

—A mí me costó un poco dormir. Los árboles desprenden mucha luz con su fruta luminosa, y los sonidos salvajes... —Un escalofrío recorrió su cuerpo—. Espero que no nos crucemos con nada de eso.

—Para mí lo peor es la fruta luminosa —intervino el hermano mayor.

Al decir «fruta luminosa» clavó sus ojos en Nadeshiko, y ésta se sonrojó al comprender que él pensaba en esa noche que pasaron juntos. Su corazón también latía cada vez que lo miraba, y confiaba en que el chico dejaría de huir de ella tarde o temprano. Aún no sabía qué lo retenía, qué lo hacía huir como si hubiese visto un fantasma, pero estaba segura de que caería en sus redes por cómo la trataba.

Solo retrasaba lo inevitable.

—Sea lo que sea —interrumpió Tommy—. ¿Emprendemos la

marcha?

—Claro —respondieron a dúo.

Se miraron con unas sonrisas de oreja a oreja, y Tommy puso los ojos en blanco.

—Vámonos —ordenó.

Daminna y Turar se encontraban junto a sus espadas, envainándolas con cuidado y comentando las aventuras que habían vivido junto a ellas. Al verlos, callaron y los saludaron con las pálidas manos típicas de los elfos oscuros, tan fortalecidas por las guerras que con facilidad podrían hacerse pasar por las manos gruesas de un hombre dedicado a la agricultura desde niño.

—Genial. Empezaba a creer que nunca despertaríais.

Daminna se colgó su espada a la cadera y la ajustó con el cinturón. Después se movió de un lado a otro, comprobando que la sujeción era la correcta.

—Tommy tenía una pesadilla —explicó Norman encogiéndose de hombros—. Me ha costado despertarlo. Pataleaba y hablaba sin parar. ¡Ah! También sudaba. Mucho.

—Solo ha sido un mal sueño. Demasiado real para mi gusto, pero un simple sueño al fin y al cabo. Parece que mi subconsciente quiere decirme algo.

—¿Algo sobre qué?

—Ya te lo he contado, Norman, sobre ellos.

Daminna levantó una ceja.

—Así que aún no confías en nosotros. —Cruzó los brazos en señal de disgusto—. No sé qué más hacer para que entiendas el nuevo concepto de luz y oscuridad. Eres peor que una mujer con el corazón partido.

—¿Por qué?

Nadeshiko cepillaba su cabello oscuro con especial cuidado.

—Parece mentira que me preguntes eso, chiquilla. ¿Tan poca experiencia tienes en el amor? Por la carente confianza en los hombres,

está claro.

La joven dejó de cepillarse el pelo, y lo estrujó igual que a un paño humedecido.

—No es mi culpa cómo me educaron. Soy conservadora, cuidadosa con mi corazón, y nunca me arrepentiré de ello.

Norman captó su mirada de reojo, y se avergonzó al comprender que ella tenía tanto miedo como él a una relación. Sin embargo ella intentaba superarlo, mientras que él seguía huyendo de ese profundo sentimiento que le desnudaba el alma.

—Nadie dice que tengas que arrepentirte, pequeña.

—Sí, en el mundo debería haber más chicas como tú. Jóvenes que se hicieran valer de verdad, y no se entregaran a la primera de cambio.

Tommy se sonrojó al decirlo, pero lo disimuló manteniendo el mentón levantado.

—No sé cómo serán las humanas en vuestro planeta, pero aquí, entre los elfos oscuros, si tratas mal a una mujer, te mata. Somos muy orgullosas.

—Daminna, creo que deberíamos partir ya. —Turar cortó la conversación tras ajustarse su espada a la cadera, y sus múltiples cuchillos en zonas escondidas del cuerpo—. Es la hora perfecta para llamar al Leviatán, ya sabes que solo acude a la superficie antes de mediodía. Si lo perdemos nos veremos obligados a esperar aquí un día más.

—¿Cómo?! ¿Habéis dicho Leviatán?!

Los dos elfos y los dos compañeros estudiaron a Tommy de arriba abajo sorprendidos por su repentino ataque de ira.

Su espalda encorvada y su ceño fruncido expresaban una repentina furia que ninguno entendía. Frotaba sus manos igual que un loco frota las suyas cuando planea un asesinato, y esto hizo reflexionar al hermano mayor, ya extrañado por sus cambios de humor.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo puedes preguntármelo tú, Norman? ¿Acaso no has aprendido nada de las historias del abuelo? ¿Ni siquiera te suena el

nombre de la bestia?

El muchacho entornó los ojos. El abuelo les había contado muchísimas historias, y él nunca se había preocupado por recordarlas todas.

—Me suena el nombre, pero nada más.

—¿Cómo es posible?! —Su tono de voz fue muy alto—. El Leviatán es la reencarnación de la serpiente de Adán y Eva, a veces asociada al diablo. Dios la eliminó por su maldad, para que dejase de destruir todo aquello que encontraba. Además dijo que, ya que el Leviatán podía procrear con una hembra, debía de ser asesinado para evitar la destrucción del mundo.

—Así que no hay solo un Leviatán. Hay más.

—Leviatán solo hay uno, pero hembras hay más. Una vez eliminado el único macho, la raza dejaría de existir con el paso de los años.

—Mmm... —Norman estudió los rostros de los compañeros, estupefactos por la historia del pequeño—. En otros tiempos te habría dicho que estás loco, pero no ahora, cuando voy a ver un Leviatán con mis propios ojos. Pero hay algo que no me encaja. ¿Cómo es posible que esta bestia pertenezca a nuestro planeta y esté en la Biblia, cuando la catástrofe causada por Neon ocurrió después?

—Porque el Leviatán es un ser del planeta Tierra. ¿Qué crees que es la bestia del lago Ness?

—¿La bestia del lago Ness es un Leviatán hembra?! ¡Siempre creí que era un dinosaurio! Una especie de superviviente, o algo así.

Tommy sacudió la cabeza. Al fin había dejado de frotarse las manos, y sus facciones adquirieron un aspecto más calmado.

La verdadera historia del Leviatán se había llevado por delante buena parte de la ansiedad acumulada.

—Yo también lo creí por un tiempo, pero fue fácil unir cabos cuando descubrí la existencia del Leviatán. Lo que no me explico es cómo una criatura supuestamente muerta ha llegado hasta aquí.

—Fácil. —Daminna emprendió la marcha hacia el mar, consciente de que el resto del grupo la seguiría para escuchar su explicación—. Está claro que vuestro Dios lo envió aquí en vez de destruirlo. Las razones no

las sé, pero es la única que se me ocurre.

—Eso implicaría que Dios sabe de la existencia de Rahagistián.

—Si es como nuestra diosa, que todo lo ve, sí.

—¿Vuestra diosa?

Norman dio tres zancadas para ponerse al nivel de la seductora fémica.

—¿Tenéis una diosa?

—¡Claro que sí! Ella lo es todo, o mejor dicho, puede ser lo que ella quiera. Es invencible, única.

—¿Podría ser la mujer de la voz?

—¿La voz? —inquirió Daminna sin comprender nada.

Algo que había comenzado como una conversación normal pasaba a ser muy compleja, cada vez más difícil de entender. Las coincidencias se unían como un puzle que revelaba secretos y misterios antes sin descubrir. Solo habían hecho falta dos razas distintas encargadas de proporcionar las piezas que faltaban. Quizás ambos mundos no eran tan diferentes y estaban conectados de algún modo.

—Shhh, callaos. ¿Escucháis eso?

Las orejas de Turar estaban tiesas, alerta, igual que un perro guardián que escucha un ruido en la noche.

A Norman se le aceleró el corazón, pero no oyó nada al agudizar el oído. Estaba claro que le faltaba muchísimo para percibir lo mismo que percibían los elfos con sus puntiagudas orejas. Solo llegaba hasta él el sonido de los árboles mecidos por el viento, el canto de los seres del bosque y el olor a fruta fresca.

—¡Es el rugido de despedida del Leviatán!

El grito de la mujer elfo sobresaltó a los tres compañeros.

—¡Corred! —ordenó internándose en el bosque.

El hermano mayor no dudó, cogió la mano de Nadeshiko, y corrió con todas sus fuerzas.

Capítulo 8

Capítulo 8: La criatura del mar.

—¿Por qué dices eso?! —exclamó Tommy en medio de la oscuridad.

Ese era el sueño más extraño que había tenido desde que llegó a Rahagistián. Se encontraba en un lugar desconocido y oscuro. Apenas veía nada, pero sí escuchaba una voz cantarina, como de hada, que le susurraba al oído.

Miró hacia atrás, pero no vio nada, tan solo sintió una presencia invisible.

—Porque es la verdad. Lo sabes en tu interior. Ellos mienten. Los elfos os están engañando, y tú eres el único que puede evitar el desastre.

—¿Yo? Pero si sólo soy el cobarde que siempre busca problemas.

—Por eso mismo eres el elegido, porque sabes detectar la mentira buscando sesgos en las excusas, y porque prefieres la inteligencia al valor. Una persona puede hacerse más valiente enfrentando sus miedos, pero no más inteligente.

—¿Y por qué creerte a ti? Eres solo un sueño. Los elfos nos protegen, nos han ayudado y quieren salvar mi mundo. Tú solo eres una voz invisible.

—Pero soy una voz invisible que te ayuda a ver la realidad, a comprender lo que hay en tu interior. ¿Quieres pruebas de que los elfos oscuros son malvados? —La voz se volvió aterciopelada. Al oírla Tommy recordó a su madre acariciando su rostro de bebé—. Te daré las pruebas que necesitas.

La oscuridad se disipó poco a poco, y unos gritos fieros llegaron a los oídos de Tommy. Al principio no vio más que formas peleando, pero luego divisó varias decenas de elfos oscuros que clavaban sus espadas en los cuerpos delgados de los elfos de la luz. Al matar a uno, las caras de los asesinos resplandecían de alegría, disfrutaban de la sangre salpicada en sus rostros pálidos y las armaduras negras. En sus ojos rojos la maldad se movía con total libertad, desvelando un alma repleta de ponzoña.

De repente las imágenes pasaron a cámara rápida, y se detuvieron en una en concreto: Se trataba de un elfo gigantesco que reía con tono grave, levantando los brazos al cielo, como si estuviese desquiciado. Esa imagen se agrandó, como cuando das zoom a una foto, y

entonces la bestia se giró de golpe y clavó sus iris sangre en los azules de Tommy. Lo que vio en esos ojos lo convenció del error que estaban cometiendo al ayudar a los elfos oscuros, porque una criatura así no podía ser buena. Ese ser debía estar encerrado en las profundidades de la montaña más alta de toda Rahagistián, gobernado por miles de seres invencibles para no dejarlo escapar.

—Tommy, ¿qué sueñas?

Norman sacudió a Tommy del hombro con más brío del que pretendía. Tenían prisa porque faltaba poco para llegar al mar. El tiempo era oro ahora que sabían porqué estaban ahí.

Los ojos del joven muchacho se entreabrieron y estudiaron a su hermano entre las largas pestañas a través de los gruesos cristales de las gafas. Luego se cerraron de nuevo, y tocó su frente para deshacerse del sudor frío.

—Tío, estabas sudando y pataleando en sueños. ¿Estás bien?

—Mmmm... creo que sí. Ha sido solo una pesadilla sobre elfos.

Observó a Daminna, y esta le devolvió una sonrisa repleta de alegría y confianza. Sin embargo Tommy no se la devolvió, sino que frunció el ceño, extrañado.

—Ten en cuenta que ha sido solo una pesadilla. Ahora debes levantarte.

Le tendió la mano derecha, y su hermano la estrechó y se levantó con pesadez. Norman se preguntó qué había soñado para verse tan afectado. Temía por la resistencia del pequeño. Su carácter cambiaba, no comía mucho, miraba a los elfos con desconfianza y parecía haber olvidado la importancia de la familia. ¿Qué pasaría por su cabeza? Él siempre se lo contaba todo. Era raro que aún no lo hubiese hecho.

—¿Estás bien? —le preguntó de nuevo.

La preocupación le vencía.

—Claro que sí. ¿Qué ocurre, Norman? Ha sido solo una pesadilla, ya te lo he dicho.

—No me refiero al sueño, sino en general.

—Intento acostumbrarme al juego todavía.

—Es que te siento demasiado alicaído. No hablas como antes, escuchas y miras con demasiada atención...

—Solo lo hago porque no quiero perderme ni un detalle de la aventura. Tú eres el que siempre me ha llamado Fantasioso, ¿no?

Norman se encogió de hombros, vencido.

Súbitamente Nadeshiko hizo aparición tras ellos. Lucía el rostro lavado y el pelo húmedo. Sus labios, igual de carnosos que siempre. Sus ojos, marrones chocolate. Su alma, un mundo entero por descubrir.

Una gota de agua se deslizó por la punta de su nariz, y cayó al suelo.

—¿Estáis preparados para partir? —interrogó radiante.

Estudió el rostro de Tommy, y un leve rubor se dibujó en las mejillas de éste. Los celos atacaron a Norman de nuevo, aunque esta vez menos intensos. Desde la última noche en el refugio nada volvió a ser igual para él.

Cuando sentía que estaba en una competición contrarreloj por conseguir el amor de la joven, ahora notaba que había ganado. Lo malo era que, ya que lo sabía, estaba aterrado y abrumado por esos sentimientos. Constantemente ansiaba correr lejos de ella, a veces, incluso tartamudeaba al hablarle. Nada propio de él.

—Tommy, tienes una cara horrible —comentó la chica.

—Gracias por tu halago —contestó el muchacho con ironía—. No he pasado buena noche.

—A mí me costó un poco dormir. Los árboles desprenden mucha luz con su fruta luminosa, y los sonidos salvajes... —Un escalofrío recorrió su cuerpo—. Espero que no nos crucemos con nada de eso.

—Para mí lo peor es la fruta luminosa —intervino el hermano mayor.

Al decir «fruta luminosa» clavó sus ojos en Nadeshiko, y ésta se sonrojó al comprender que él pensaba en esa noche que pasaron juntos. Su corazón también latía cada vez que lo miraba, y confiaba en que el chico dejaría de huir de ella tarde o temprano. Aún no sabía qué lo retenía, qué lo hacía huir como si hubiese visto un fantasma, pero estaba segura de que caería en sus redes por cómo la trataba.

Solo retrasaba lo inevitable.

—Sea lo que sea —interrumpió Tommy—. ¿Emprendemos la marcha?

—Claro —respondieron a dúo.

Se miraron con unas sonrisas de oreja a oreja, y Tommy puso los ojos en blanco.

—Vámonos —ordenó.

Daminna y Turar se encontraban junto a sus espadas, envainándolas con cuidado y comentando las aventuras que habían vivido junto a ellas. Al verlos, callaron y los saludaron con las pálidas manos típicas de los elfos oscuros, tan fortalecidas por las guerras que con facilidad podrían hacerse pasar por las manos gruesas de un hombre dedicado a la agricultura desde niño.

—Genial. Empezaba a creer que nunca despertaríais.

Daminna se colgó su espada a la cadera y la ajustó con el cinturón. Después se movió de un lado a otro, comprobando que la sujeción era la correcta.

—Tommy tenía una pesadilla —explicó Norman encogiéndose de hombros—. Me ha costado despertarlo. Pataleaba y hablaba sin parar. ¡Ah! También sudaba. Mucho.

—Solo ha sido un mal sueño. Demasiado real para mi gusto, pero un simple sueño al fin y al cabo. Parece que mi subconsciente quiere decirme algo.

—¿Algo sobre qué?

—Ya te lo he contado, Norman, sobre ellos.

Daminna levantó una ceja.

—Así que aún no confías en nosotros. —Cruzó los brazos en señal de disgusto—. No sé qué más hacer para que entiendas el nuevo concepto de luz y oscuridad. Eres peor que una mujer con el corazón partido.

—¿Por qué?

Nadeshiko cepillaba su cabello oscuro con especial cuidado.

—Parece mentira que me preguntes eso, chiquilla. ¿Tan poca experiencia tienes en el amor? Por la carente confianza en los hombres, está claro.

La joven dejó de cepillarse el pelo, y lo estrujó igual que a un paño humedecido.

—No es mi culpa cómo me educaron. Soy conservadora, cuidadosa con mi corazón, y nunca me arrepentiré de ello.

Norman captó su mirada de reojo, y se avergonzó al comprender que ella tenía tanto miedo como él a una relación. Sin embargo ella intentaba superarlo, mientras que él seguía huyendo de ese profundo sentimiento que le desnudaba el alma.

—Nadie dice que tengas que arrepentirte, pequeña.

—Sí, en el mundo debería haber más chicas como tú. Jóvenes que se hicieran valer de verdad, y no se entregaran a la primera de cambio.

Tommy se sonrojó al decirlo, pero lo disimuló manteniendo el mentón levantado.

—No sé cómo serán las humanas en vuestro planeta, pero aquí, entre los elfos oscuros, si tratas mal a una mujer, te mata. Somos muy orgullosas.

—Daminna, creo que deberíamos partir ya. —Turar cortó la conversación tras ajustarse su espada a la cadera, y sus múltiples cuchillos en zonas escondidas del cuerpo—. Es la hora perfecta para llamar al Leviatán, ya sabes que solo acude a la superficie antes de mediodía. Si lo perdemos nos veremos obligados a esperar aquí un día más.

—¿Cómo?! ¡¿Habéis dicho Leviatán?!

Los dos elfos y los dos compañeros estudiaron a Tommy de arriba abajo sorprendidos por su repentino ataque de ira.

Su espalda encorvada y su ceño fruncido expresaban una repentina furia que ninguno entendía. Frotaba sus manos igual que un loco frota las suyas cuando planea un asesinato, y esto hizo reflexionar al hermano mayor, ya extrañado por sus cambios de humor.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo puedes preguntármelo tú, Norman? ¿Acaso no has aprendido nada de las historias del abuelo? ¿Ni siquiera te suena el

nombre de la bestia?

El muchacho entornó los ojos. El abuelo les había contado muchísimas historias, y él nunca se había preocupado por recordarlas todas.

—Me suena el nombre, pero nada más.

—¿Cómo es posible?! —Su tono de voz fue muy alto—. El Leviatán es la reencarnación de la serpiente de Adán y Eva, a veces asociada al diablo. Dios la eliminó por su maldad, para que dejase de destruir todo aquello que encontraba. Además dijo que, ya que el Leviatán podía procrear con una hembra, debía de ser asesinado para evitar la destrucción del mundo.

—Así que no hay solo un Leviatán. Hay más.

—Leviatán solo hay uno, pero hembras hay más. Una vez eliminado el único macho, la raza dejaría de existir con el paso de los años.

—Mmm... —Norman estudió los rostros de los compañeros, estupefactos por la historia del pequeño—. En otros tiempos te habría dicho que estás loco, pero no ahora, cuando voy a ver un Leviatán con mis propios ojos. Pero hay algo que no me encaja. ¿Cómo es posible que esta bestia pertenezca a nuestro planeta y esté en la Biblia, cuando la catástrofe causada por Neon ocurrió después?

—Porque el Leviatán es un ser del planeta Tierra. ¿Qué crees que es la bestia del lago Ness?

—¿La bestia del lago Ness es un Leviatán hembra?! ¡Siempre creí que era un dinosaurio! Una especie de superviviente, o algo así.

Tommy sacudió la cabeza. Al fin había dejado de frotarse las manos, y sus facciones adquirieron un aspecto más calmado.

La verdadera historia del Leviatán se había llevado por delante buena parte de la ansiedad acumulada.

—Yo también lo creí por un tiempo, pero fue fácil unir cabos cuando descubrí la existencia del Leviatán. Lo que no me explico es cómo una criatura supuestamente muerta ha llegado hasta aquí.

—Fácil. —Daminna emprendió la marcha hacia el mar, consciente de que el resto del grupo la seguiría para escuchar su explicación—. Está claro que vuestro Dios lo envió aquí en vez de destruirlo. Las razones no

las sé, pero es la única que se me ocurre.

—Eso implicaría que Dios sabe de la existencia de Rahagistián.

—Si es como nuestra diosa, que todo lo ve, sí.

—¿Vuestra diosa?

Norman dio tres zancadas para ponerse al nivel de la seductora fémica.

—¿Tenéis una diosa?

—¡Claro que sí! Ella lo es todo, o mejor dicho, puede ser lo que ella quiera. Es invencible, única.

—¿Podría ser la mujer de la voz?

—¿La voz? —inquirió Daminna sin comprender nada.

Algo que había comenzado como una conversación normal pasaba a ser muy compleja, cada vez más difícil de entender. Las coincidencias se unían como un puzle que revelaba secretos y misterios antes sin descubrir. Solo habían hecho falta dos razas distintas encargadas de proporcionar las piezas que faltaban. Quizás ambos mundos no eran tan diferentes y estaban conectados de algún modo.

—Shhh, callaos. ¿Escucháis eso?

Las orejas de Turar estaban tiesas, alerta, igual que un perro guardián que escucha un ruido en la noche.

A Norman se le aceleró el corazón, pero no oyó nada al agudizar el oído. Estaba claro que le faltaba muchísimo para percibir lo mismo que percibían los elfos con sus puntiagudas orejas. Solo llegaba hasta él el sonido de los árboles mecidos por el viento, el canto de los seres del bosque y el olor a fruta fresca.

—¡Es el rugido de despedida del Leviatán!

El grito de la mujer elfo sobresaltó a los tres compañeros.

—¡Corred! —ordenó internándose en el bosque.

El hermano mayor no dudó, cogió la mano de Nadeshiko, y corrió con todas sus fuerzas.

Capítulo 9

Capítulo 9: Tormenta.

Suzette se impulsó en el aire tan alto como pudo. Tanto que juró haber tocado una de esas nubes blancas de apariencia inalcanzable.

Ese día estaba feliz, porque convencer a la tejedora de sueños había sido una gran aventura en la que había triunfado. No decepcionó al bosque, ni a sus amigos.

Por fin volvía a casa, aunque partiría unos minutos después. Para nada había concluido su misión, es más, apenas empezaba. No dejaría que los elfos oscuros consiguieran el Selin antes que ella, porque era demasiado importante. Faltaba poco para que todo cobrase sentido para Tommy, ella misma se encargaría de explicárselo con pelos y señales, y presentía que ese momento estaba muy próximo. Era algo que no podía explicar, como una vibración en el interior de su cabeza que le aseguraba que lo mejor era encontrarlo cuanto antes.

Con una última pirueta en el aire, se posó en la copa de su árbol y se deslizó por el tronco con agilidad envidiable. Sí, así era ella, amante de la velocidad, las piruetas en el cielo y el contacto con los árboles. Tres hobbies con los que disfrutaba como una niña pequeña, sobre todo porque sentía que el viento se llevaba todas sus preocupaciones. Nada existía, solo ella, el cielo, la naturaleza.

Su casa era un agujero en un árbol grueso, caliente cuando hacía frío y fresco cuando hacía calor. En su interior no había muebles, ni mesas, ni sillones. Solo una cama fabricada con hojas secas y un espejo apoyado en el tronco. No necesitaba más. Cuando quería comer volaba hacia la mesa común, donde todos los de su raza celebraban estar vivos cada día con frutas, agua y, a veces, licor de fruta luminosa, muy parecido al vino. No necesitaba muebles, porque todo lo indispensable lo guardaba bajo la cama, como por ejemplo el cepillo del pelo, las armas y las hierbas curativas.

Feliz, metió su mano bajo la cama y agarró el cepillo. Se colocó frente al espejo sonriéndole a su imagen, se cepilló su cabello verde oscuro con especial cariño, y después volvió a poner el instrumento en su escondite. Por último cogió las armas, para nada tan gruesas y largas como espadas. Ella prefería los cuchillos arrojadizos y las flechas, que eran mucho más ligeras.

Se decidía a salir por la puerta cuando la vibración de su cabeza se acrecentó y se convirtió en dolor. Un dolor agudo que le perforó los ojos y quiso hacerla gritar. Gimió asustada, se tambaleó, cayó de su árbol

como un pájaro desmayado, y con el golpe el dolor cesó.

«¿Qué me ha pasado? » Se preguntó.

Sus dotes mágicas le decían que debía correr, porque Tommy podía estar en peligro. Así que eso hizo: se levantó, saltó y se perdió en el firmamento a la velocidad del rayo.

Nadeshiko tropezó con sus propios pies y cayó de bruces en la tierra húmeda, pero Norman la agarró del brazo y tiró de ella para ponerla en pie de nuevo.

—¡Leviatán!

Escuchó gritar a la elfa.

El agua se revolvió frente al acantilado y salpicó a los compañeros, anonadados por la grandeza de la bestia. Ésta se elevó ante ellos, imponente, y rugió con furia, quizás porque no entendía quién lo llamaba, o para qué.

Sus ojos azul cielo helaron la sangre en las venas de los humanos, pero Daminna no se dejó intimidar y saltó hacia el lomo de la gigantesca serpiente, que volvió a rugir enloquecida. Onduló su cuerpo, se giró, se sacudió como un toro embravecido, pero no consiguió arrancar a la elfa de su lomo. Gruñó molesto, y Daminna se acercó a su oído a pesar de las sacudidas, le habló, le acarició la cabeza y la criatura se relajó.

Entonces Daminna se deslizó por su hocico de vuelta a las rocas sin decir nada. Viéndola allí de pie, domar a un Leviatán parecía un juego de niños: en realidad era más parecido a un suicidio.

—¡No quiero montar en una bestia que puede ser el Diablo! —El hermano pequeño exclamó impactado por lo que acababa de presenciar.

—No tengas miedo, jovencito, el Leviatán no nos hará daño. Es inofensivo con los seres de corazón oscuro.

—¡Pero nosotros no tenemos un corazón oscuro!

—Lo sé. —Daminna resopló harta de intentar convencer a Tommy de montar en la criatura—. Pero él no es tonto. Sabe que no nos andamos con tonterías, ¿verdad?

Acarició la frente escamada de la bestia con total tranquilidad. Erguida junto a un ser tan gigantesco, cualquiera aseguraría que había

nacido para eso. Era estremecedor y sexy a la vez. Sus ojos rojos resplandecían tan emocionados que Norman no dudó de su bravura.

—El abuelo Brad me contó un montón de cosas terribles sobre este demonio.

—¡No lo llames así!

—Pero es cierto, Daminna. El Leviatán da miedo. Impone.

Nadeshiko se escondió tras Norman mientras miraba a la gigantesca serpiente, más grande que un dragón chino, con los ojos celestes observándolos como si tuviese inteligencia, y los colmillos afilados sobresaliendo por su boca. Siseaba a la espera de nuevas órdenes y movía sus afiladas aletas para mantenerse a flote en el mar. Su aspecto era estremecedor. Su cuerpo resplandecía con colores oscuros y azulados bajo la luz del sol, y su cola se perdía de vista en las profundidades. No tenía garras, pero de su espalda sobresalían una especie de crestas puntiagudas que podían hundir un barco al pasar bajo él. No hacía falta tocarlo para saber que su piel no desprendía más que frío.

—Pues claro que impone, ¿qué te creías? Pero no debéis temer porque ya me ha aceptado. Si me acepta a mí, acepta a todos nosotros.

—Bueno —susurró Norman también algo inseguro—. Si es la única opción que tenemos...

—Pero Norman, ¡podemos morir! ¿Ya se te ha olvidado lo que dijo el hombre nauseabundo? —Nadeshiko se colocó a su lado—. Podemos fallecer de un infarto, o de dolor. ¡Nuestra mente puede resultar afectada si se nos caen las gafas por accidente!

—Por eso mismo el Leviatán irá con cuidado, ¿verdad, Daminna?

La mujer asintió.

—Tardaremos un poco más en llegar, pero no podemos arriesgarnos a perderos. La cosa es que no entiendo qué significa eso de que vuestra mente puede quedar afectada.

El hermano mayor sacudió la mano derecha quitándole importancia.

—Es una larga historia.

Como era evidente, no había necesidad de contarle a la elfa que

ella era un personaje irreal de un juego de aventuras.

El Leviatán golpeó el trasero de Daminna empujándola con suavidad. La mujer chilló por la sorpresa, y rió agradada por la prisa de la serpiente.

—Creo que lo mejor es irnos. Este grandullón no tiene todo el día.

Rozó el hocico de la criatura mientras se carcajeaba. A Norman le recordó a una niña pequeña con una mascota nueva a la que no para de acariciar y decir palabras cariñosas con voz aguda. Esa bestia estaba muy lejos de ser una mascota doméstica, por supuesto. Quizás no para un elfo, pero sí para una persona normal.

—¿Vienes o no? —interrogó Norman a su hermano con la esperanza de convencerlo.

Lo último que quería era dejarlo solo en un sitio tan desconocido para ellos. Podía tolerar sus cambios de humor, su desconfianza, su afán por poner pegas a todo. Pero no toleraba que su cobardía le venciera.

El pequeño dudó un momento. Miró al cielo como si observase una estrella lejana, volvió a estudiar la grandiosidad del Leviatán y, por último, asintió no muy convencido.

Para cuando los hermanos empezaron a montar, Nadeshiko y los dos elfos ya estaban acomodados y bien sujetos a las escamas de la serpiente.

Tal y como él pensaba, no desprendía más que frío y humedad. Su trasero se resbalaba sobre el lomo, tanto que se preguntó si podrían aguantar un viaje por mar sin caer una sola vez. Ahora que estaba acomodado entre sus crestas afiladas, se dio cuenta de que solo cortaba la zona superior de éstas.

—¿Estáis preparados? —gritó Daminna desde la cabeza del Leviatán.

—¡Sí!

—¡Pues adelante!

Con una sacudida, la criatura comenzó a moverse más rápido de a lo que Norman le gustaría. Notó de nuevo su trasero resbalando por las escamas, así que se agarró aún más fuerte con la respiración acelerada, miró a la negrura de las profundidades, y cerró los ojos con el corazón a cien. No sabía si era miedo o adrenalina, pero estaba tan asustado como

entusiasmado. Lo disfrutaba con todo su ser, aunque no paraba de imaginar cómo de horrible sería su muerte si caía y se ahogaba.

El viento sacudió su cabello transmitiéndole sensaciones de auténtica libertad, el agua golpeó su rostro haciéndole sentir lo que siente un marinero en una tormenta, el frío se convirtió en su aliado y, por primera vez en toda su vida, descubrió que montar en un Leviatán era la experiencia más excitante que le ocurriría jamás.

—¡Yuju! —gritó la joven japonesa delante de él.

Ella también disfrutaba de la velocidad y del viento golpeando sus delicadas facciones, lo que hizo a Norman pensar que eran muy parecidos.

Ni siquiera fue consciente del tiempo que pasaron cruzando el mar. El cielo se había oscurecido coloreando las montañas de rojizo anaranjado. Una nube más negra que la noche borraba el color demasiado rápido y, en su interior, el fulgor de un relámpago avisó a los compañeros de lo que se avecinaba. Lo malo era que no estaban en circunstancias para soportar una tormenta eléctrica. No ahí, en medio del mar. No cuando las olas podían derribarlos y matarlos lanzándolos contra las rocas.

Un trueno retumbó en la lejanía sacudiendo los corazones de los tres humanos.

—¡Una tormenta se aproxima! —avisó Daminna por encima del rugido del viento, ahora más fiero.

«Oh, por Dios, dime algo que no sepa. Dime que tienes una solución. »

—¿Qué hacemos?! ¡Si nos quedamos aquí, nos tirará del Leviatán!

—¡Lo sé, pero no hay nada que hacer! ¡Casi hemos llegado!

—¿Insinúas que vamos a probar suerte y a meternos en medio de la tormenta?!

—¡No lo insinúo, lo afirmo! ¡No es ninguna opción!

—¡Retrocedamos!

—¡No! ¡La tormenta es más rápida que nosotros!

—¿Desde cuándo una tormenta es más rápida que un Leviatán?!

—iDesde siempre! ¡Aquí las tormentas se forman y descargan en cuestión de minutos! ¡Créeme, rezar para sobrevivir es la única opción!

—iTiene que haber otro modo!

—iNo! ¡Confiemos en el Leviatán! ¡No hay mejor capitán que él!

Norman quiso replicar, pero una ola gigantesca le golpeó en el hombro izquierdo haciéndole perder el equilibrio. Se resbaló hacia el costado derecho de la serpiente, pero Tommy agarró su camisa y lo volvió a asegurar sobre el lomo de la bestia.

—iOs dije que no era bueno montar aquí!

Norman no le prestó atención, ya que Nadeshiko lo miró por encima de su hombro con los ojos desmesuradamente abiertos por el terror. De sus labios carnosos caía una gota de agua salada, y su cabello empapado se pegaba a sus mejillas lisas. Estaba guapísima, salvaje. Lo habría disfrutado de no encontrarse en esa situación.

—iPor favor, Norman, no quiero morir!

Rogó de un modo que solo él escuchó.

Un reflejo de esperanza se reflejó en sus iris oscuros, y el chico se dio cuenta de que ella estaba depositando en él su confianza. No en el Leviatán, ni en la suerte. En él: un joven con el que compartía miradas y sonrisas, pero nada más por el momento. Quizás en el futuro llegarían a más, cuando él estuviese preparado o no pudiese soportar el peso de sus sentimientos. Lo único que podía asegurar en ese instante era que protegería a la joven con su vida si era necesario.

—iNo voy a dejarte morir, te lo prometo!

Le sonrió mostrando una dentadura blanca como la leche.

—iQuiero seguir despierta hasta acabar la aventura!

—iLo estarás! ¡Esta aventura no sería lo mismo sin ti!

—iMuchas gracias, Norman!

En mitad de la tormenta sus miradas tiernas arrojaban un poco de esperanza a sus vidas. Fue como si una luz se encendiese entre ambos en

medio de la oscuridad.

—¿Quieres dejar de hacer eso delante mí?!

Norman brincó sobre las escamas al escuchar el grito de Tommy en su oreja, más alto de lo que le hubiese gustado. Su tono fiero atrajo su atención.

—¿Hacer qué?!

—¡Sabes de lo que hablo! ¡Me restriegas por la cara que has ganado este duelo!

—¡Tú fuiste el que empezó con la rivalidad!

—¿Yo?!

Un nuevo trueno retumbó, y la tranquilidad del Leviatán desapareció. Lo que antes había sido un bonito paseo desembocó en una lucha contracorriente cada vez más arriesgada. El centro de la tormenta se acercaba a una velocidad vertiginosa, el viento era tan fuerte que no los dejaba respirar, ni ver y las olas golpearon al Leviatán en el costado derecho. Rugió, se tambaleó, Tommy resbaló y cayó.

Gritó, y ese fue el grito que desató el caos justo cuando llegaban al corazón de la tormenta.

Norman consiguió agarrar la camiseta de su hermano, pero una nueva ola los golpeó y él también resbaló. Notó que la fuerza de sus piernas no era suficiente para sujetarse, y empezó a caer arrastrado por el peso de su hermano.

Gritó, echó un vistazo a su alrededor y, con su mano libre, agarró la cresta puntiaguda de la bestia, rozando el pico y cortándose la palma de la mano. Con cada ola el borde se hundía más en su piel causándole un dolor que lo mareó. Se sentía desvanecer, pero no quería morir. Era aguantar, o no volver a despertar.

—¡Norman! —chilló Nadeshiko.

Su mano agarró la muñeca del chico permitiéndole soltar la cresta del Leviatán, y tiró de él con una fuerza tremenda. La chica gruñía por el esfuerzo, así que Norman no esperó más, agarró al Leviatán y consiguió subir a Tommy a su lomo. Ojalá todo hubiese acabado ahí.

Nadeshiko, al cesar en su empeño por subirlos, perdió el equilibrio y resbaló a la negrura del mar que ya empezaba a calmarse. No lo

suficiente para sobrevivir entre sus aguas, estaba seguro.

La melena oscura de la muchacha se fundió con las olas y desapareció en las profundidades. Norman escrutó la superficie con pánico, intentando localizar la cabeza de la muchacha pidiendo ayuda, pero no vio más que agua que pasaba de largo bajo sus pies.

—¡Parad! ¡Parad!

El desasosiego lo ahogó como si alguien oprimiera sus pulmones para asesinarlo, la garganta ardió ante el paso de unas lágrimas desesperadas que no llegaron a salir, y notó que su corazón se partía en mil pedazos en mitad de su pecho. Fue una sensación nueva para él, dolorosa. Más que mil cristalitas incrustados en su estómago.

—¡Nadeshiko ha caído!

—¡Apártate! —exclamó Daminna.

Tommy fue más rápido y saltó de cabeza al embravecido mar que también se lo tragó dejando a Norman solo, escrutando la negrura.

«No... por favor. Esto no puede estar pasando. Es una pesadilla, solo eso. »

Cerró los ojos, los abrió de nuevo, pero seguía allí, en la cola de la peor tormenta de su vida. Los segundos se le hacían minutos, y los minutos horas. Pasó tanto tiempo que la esperanza amenazó con quebrarse en su pecho.

—¿Están...? —tartamudeó.

Daminna tocó su cabeza en señal de pésame: lo enfureció contrariamente a consolarlo, porque eso significaba reconocer la muerte de sus dos amigos.

Norman agachó la mirada sin poder creerlo.

Su hermano, Nadeshiko, ambos muertos en el mar sin haber dicho siquiera un último adiós.

—Norman, ¡mira! ¡Son Tommy y Nadeshiko!

La emoción bañó su corazón y se hinchó de alegría.

Consciente de que ya estaban casi en tierra, tendió la mano a su hermano para ayudarlo a subir a la bestia, y lo abrazó. Después ayudó a Nadeshiko, pero antes de que ésta apoyara el trasero en el Leviatán, el

ser onduló su cuerpo para lanzarlos a tierra firme, y salieron volando entre risas y gritos. El aterrizaje fue duro, pero no le importó.

La joven japonesa, tendida bajo él en la tierra, lo miraba con las manos rozándole la nuca. Sus ojos lo hipnotizaron y encerraron en esa alma que tanto amaba. Acarició el cabello fino de la muchacha para asegurarse de que era real. Lo hizo con especial cuidado, y luego pasó su dedo índice por la mejilla. Ella le sonrió tierna, y él también lo hizo, embelesados el uno en el otro. Ahora solo existían ambos, el mundo y la vida.

Capítulo 10

Capítulo 10: La huída.

—¿Aún no crees lo que te dije? ¿Sigues pensando que los elfos os están ayudando?

Oh, no, esa oscuridad... Tommy recordaba a la perfección la pesadilla que tuvo el día anterior. La voz invisible, las imágenes de elfos oscuros asesinando mientras disfrutaban de la guerra, el rey mitad elfo, mitad hombre lobo y esa sensación de pavor que sintió al mirarlo.

—¿Otra vez tú? ¿Me quieres decir, de una vez, por qué apareces en mis pesadillas?

—Aparezco en tus sueños porque me han enviado aquí. La tejedora de sueños me creó para hacerte ver la verdad. Soy una especie de manifestación de tu subconsciente.

—¿Entonces eres una creación de la tejedora de sueños, o la manifestación de mi subconsciente?

—Las dos cosas, pequeño. —Su tono aterciopelado volvió a recordar a Tommy a su madre— Soy su creación, pero me ha dado libertad para actuar según tus creencias más profundas. Ahora que me entiendes, necesito que también me creas.

—Creerte es difícil cuando no puedo verte. ¡Quieres que vea la verdad sobre los elfos oscuros, pero ellos no han hecho nada en mi contra!

—¿En serio? ¿No son ellos los que te han obligado a montarte en un Leviatán hace unas horas?

—Sí, pero lo hacían porque era la única opción.

—¿La única opción, o la opción más rápida?

Un silencio reflexivo se extendió entre ambos.

—No lo sé. —Tommy se encogió de hombros.

—Ellos hacen lo que les conviene. Solo les importa conseguir el Selin, y les da igual que muráis en el intento. Si aún no estás convencido de lo que digo, creo que tienes que ver esto.

Sintió que algo sólido tocaba su hombro, sin embargo, cuando miró no había nada. Incluso pensó que su imaginación lo estaba traicionando.

La oscuridad se disipó con lentitud y, al igual que la última vez, unas imágenes comenzaron a girar en su mente hasta adquirir la apariencia de película. Esa vez fue tan real que sintió el viento nocturno en la cara y olió la frescura de un mundo donde todo es naturaleza. No había ni edificios, ni humo. Todo era tal y como soñaría un naturista.

Ante él apareció Daminna arrodillada frente la bestia que era el rey, y lo observó con un amor infinito. No el amor que hay entre un hombre y una mujer, sino el amor que un fan loco tiene por su ídolo. Una admiración que se acercaba más a locura que a un sentimiento.

El rey le sonrió, pero no fue una sonrisa cariñosa, sino cruel. Le estaba diciendo algo cargado de maldad, y ella lo aceptó y sonrió con el mismo rostro. Esa no era la mujer que conocía, sino un demonio escondido en cuerpo de ángel.

Se cogieron de la mano intercambiando palabras, y luego el rey hizo un gesto de cortar el cuello con el dedo. Daminna rió, y la película aumentó de velocidad otra vez.

Las imágenes giraron a su alrededor, como si Tommy fuese el centro de un huracán animado. Cuando pararon descubrió que se encontraba en su propio planeta.

El rey de los elfos sostenía el bastón Selin y montaba en un dragón chino con su ejército. La Puerta que daba a Rahagistián estaba abierta, su mundo, sumido en el caos. Ya no olía la frescura, sino la muerte y el humo. La desesperación, el dolor y el miedo. Lo que más lo aterró fue que, a lomos del dragón chino del rey, Nadeshiko, Norman y él mismo, estaban apresados con cuerdas apretadas alrededor de la cabeza, las manos y los pies.

—¡Mirad! —gritó el rey con voz gutural—. ¡Ellos son los culpables de todo esto! ¡Observad, chicos, observar lo que habéis desencadenado!

Se carcajeó con tono de tormenta, y Tommy notó que esas carcajadas lo arrancaban de su sopor. Sentía algo semejante a unas garras que tiraban de él hacia la realidad, lejos de ese caos que era su planeta.

Al despertar se incorporó con el corazón acelerado y miró de un lado a otro. Su respiración hacía que su pecho subiese y bajase repetidamente. No quería hiperventilar, así que se obligó a sí mismo a

relajarse centrándose en otros pensamientos.

Nadeshiko fue lo primero que acudió a su mente, y sintió que su corazón se partía en mil pedazos.

Él estaba enamorado de ella. Desde la primera vez que la vio supo que la chica no era normal, pero tuvo la mala suerte de coincidir con su hermano en el sentimiento. Lucharon por ella, y él se había obsesionado tanto que olvidó la importancia de la familia. Había sido atrevido al principio, algo pesado quizás... No lo sabía. De lo que sí estaba seguro era de su derrota: Norman era el ganador, y con todas las de la ley. No jugó sucio en ningún momento. Fue sincero y rechazó las mentiras.

Lo que le molestaba no era eso, sino que él la había salvado allí fuera, en mitad de la tormenta. Él fue el valiente que se lanzó al mar de color negro y arriesgó su vida para salvar a la joven japonesa. Para ser sincero, ni siquiera lo había pensado, solo saltó. Así, sin reflexionarlo un segundo. Su corazón lo había guiado, y gracias a ello ambos estaban vivos.

No obstante, al llegar a tierra, Norman y Nadeshiko se miraban con un amor especial en el que Tommy no estaba incluido. Se sumieron en el mundo de sus ojos y olvidaron lo que los rodeaban, hundidos como estaban en su felicidad.

Se olvidaron del verdadero héroe.

Esa certeza hizo que su corazón se estremeciera y lágrimas de impotencia se atrancaran en su garganta.

Él no tenía nada que hacer allí. Solo era el chico que incordiaba. El «sujeta velas», «el violinista», el tonto de turno, el plasta que solo sabe poner pegas...

Huir era la decisión más inteligente que podía tomar.

Partiría, buscaría la Puerta y volvería a su planeta. Dejaría ese juego y olvidaría todo lo que ocurrió en él. Superaría el desamor, estudiaría y conocería a otra chica en la universidad. ¡Seguro que su abuelo estaba preocupado por ellos!

Sí, estaba decidido.

Se levantó con cuidado, salió del pequeño campamento sin hacer ni un solo ruido, y se escabulló entre las sombras proyectadas por la luz

de la luna.

Rodear el mar sería su primer desafío. Sabía de antemano que sería duro, y la voluntad sería su arma secreta.

Empezó a caminar en medio de un bosque iluminado por la fruta, y así siguió hasta que el sol empezó a salir por el horizonte bañando Rahagistián.

No estaba seguro, pero juró escuchar los gritos alarmados de un grupo de personas a lo lejos. Seguramente los elfos ya se habían dado cuenta de su ausencia, y no se demorarían en partir a cazarlo dejando allí a Norman y a Nadeshiko.

No esperó más para echar a correr entre los árboles, esquivando los troncos y cortándose con los matorrales más puntiagudos.

—No puedo creer que Tommy se haya ido —comentó Nadeshiko, aún despertando de su sopor.

—Para serte sincero no me di cuenta al despertarme. Di por hecho que estaba recogiendo fruta, troncos o algo así. Por Dios, ¡es Tommy!

—Quizás estaba molesto.

—¿Molesto? ¿Por qué?

—Piénsalo, Norman, ni siquiera le di las gracias por salvarme. Estaba cansada, entretenida. —Miró de reojo al muchacho—. Me olvidé de él.

—Yo también debería darle las gracias. Te prometí que te mantendría a salvo, y no lo hice. De no ser por él...

Se detuvo en seco, y escondió la cara entre sus manos, dolido por lo que podía haber pasado. Si la joven hubiese muerto en el mar, nunca se lo perdonaría.

—Estoy viva. Es lo que cuenta. —Le sonrió alentadora—. Lo que importa es que los elfos encuentren a Tommy. Cuando vuelva lo haremos entrar en razón y le agradeceremos todo lo que tengamos que agradecerle.

—¿Crees que aparecerá?

Nadeshiko aprovechó su momento de debilidad para refugiarse entre sus brazos. Lo cierto era que se sentía avergonzada al hacerlo, ya que no era capaz de sobreponerse a la timidez, pero quería ayudarlo a superar su miedo a las relaciones. Ella intentaba superar el suyo, y no estaba dispuesta a dejar que su esfuerzo fuese en vano.

Norman, por su parte, se puso rígido al notar su contacto. Era la primera vez que la tenía entre sus brazos. Podía oler su perfume suave, notar su aliento acariciando su piel, tocar su pelo chocolate con la mejilla. Era uno de sus sueños más recientes; estar con ella. Pero su miedo seguía ahí. No desaparecía, aunque quizás era porque no le interesaba que desapareciera. Quizás se resistía sin razón. A lo mejor ese miedo a sentirse desnudo era injustificado.

No era necesario resistirse a la tentación ahora que Tommy no los veía. No era malo dejar a la joven entrar en su corazón. ¿O sí? No quería tener ninguna debilidad, pero valdría la pena por estar con ella.

«¿Qué hacer?», se preguntó. «Es evidente que entre nosotros hay algo mutuo, pero ese algo me aterra y, a la misma vez, me encanta. »

—Seguro que aparece. Mientras tanto nos tenemos el uno al otro. ¡Menos mal que leímos el anuncio en el periódico! ¿Te acuerdas de lo tímida que era al principio?

Rió.

—¿Cómo olvidarlo? Te sonrojabas muy fácilmente, incluso más que ahora.

La joven se ruborizó, y el muchacho soltó una carcajada.

—Es tan fácil... y estás muy guapa cuando te enciendes.

El rubor de la joven se acrecentó tanto que escondió la cara en el pecho de Norman.

—¡No hagas eso! —chilló.

Juntos se carcajearon como niños pequeños.

Cuando Nadeshiko acabó, suspiró y lo miró a sus ojos azules. Estaban tan cerca que el corazón de Norman se desbocó como la locomotora de un tren fuera de control. Sentía una vibración electrizante recorrer sus extremidades y salir por todos los poros de su cuerpo. Las manos le sudaron por el nerviosismo, aunque no de forma exagerada, y el

aliento de la chica golpeó su nariz: olía a fresa.

—Norman, me doy cuenta de que aún eres todo un misterio para mí. Yo te conté mi infancia, y tú aún no me has contado nada de la tuya. ¿Qué te pasó? ¿Por qué has construido un muro a tu alrededor?

El muchacho se retiró un palmo.

—Yo no tengo ningún muro a mi alrededor. Y en cuanto a mi infancia, fue muy feliz... prometo hablarte de mí cuando no esté tan preocupado por mi hermano.

La apartó con suavidad de su pecho, y se perdió en el bosque con el estómago rugiendo más que un dragón encerrado en una mazmorra.

Corrió tanto que los gemelos le dolieron.

Ahora sí estaba seguro de que los elfos lo perseguían. Distinguía sus voces cada vez más cerca, por lo que no tardarían mucho en atraparlo.

No quería regresar ahí. Necesitaba estar solo, volver a su hogar otra vez. Estaba harto de ese juego y de esas gafas que comprimían su cráneo. Estaba cansado de luchar contra Norman, de soñar, de desconfiar de los elfos. Odiaba sus orejas puntiagudas, sus cabelleras blancas y negras y sus ojos rojos.

Tropezó y empezó a rodar cuesta abajo golpeándose con todas las piedras que encontraba en su camino. Parecía una roca que cae y cae hasta partirse en el suelo, y él no quería que le pasase eso, así que intentó agarrarse a un árbol sin conseguirlo. El tronco pasó de largo y Tommy se clavó una astilla en su dedo índice. Juró sentir cómo la punta penetraba en su piel a toda velocidad y se partía en otro impacto contra el suelo.

Gimió dolorido, impotente ante la inclinación del suelo. Trató de frenar con los pies o con las manos, volvió a gemir, pero nadie escuchó su pequeña tortura excepto los elfos que lo seguían. Ese escándalo sobraba para que lo localizaran.

«¡Claro!» pensó. «Si no hago ruido no me encontrarán.»

Aunque quién sabía, quizás su olfato también estaba muy desarrollado.

Vio cómo el final de la cuesta se acercaba, y, poco antes, un tronco seco muy afilado amenazaba con asesinarlo.

Tal visión llenó de pavor al pobre joven que no veía modo de salvarse. Quizás impulsándose con uno de los baches sortearía el obstáculo. Al fin y al cabo era su única posibilidad.

Con la adrenalina recorriendo su cuerpo magullado, se impulsó hacia fuera aprovechando su velocidad y pasó como una exhalación sobre el tronco afilado. No obstante sus gafas se engancharon en la punta cortante, ésta penetró en la piel de la sien de Tommy, y las arrancó de su cara llenando al muchacho de pavor.

Notó el corte que cruzó su perfil como un calambre, y después un fuerte dolor de cabeza lo sacudió obligándolo a taparse los ojos con las manos.

Sollozó, aterrado, porque quizás ya era discapacitado. Quizás su mente estaba quedando afectada en ese mismo momento, y el dolor de cabeza solo era el principio.

Ese era su fin. El fin del hermano menor derrotado en una guerra por amor.

Capítulo 11

Capítulo 11: Verdad, o mentira.

Se retorció sobre las hojas mullidas. Gracias a Dios éstas amortiguaron su caída, única razón por la que seguía vivo. Vivo, y menos cuerdo que antes. Se estaba volviendo loco. El bosque giraba a su alrededor como si estuviese en una película de terror psicológico. Incluso estuvo seguro de ver a los árboles bailar (si es que era posible que un árbol moviera las caderas y meneara las hojas al ritmo de una samba).

Sostuvo su cabeza y se sentó. Cerró los ojos muy fuerte, y poco a poco el dolor cesó. Sin prisas. Su respiración se relajó, su corazón latió con menos intensidad, sus músculos dolieron aún más por el descenso...

Tommy tenía miedo de abrir los ojos, porque no sabía lo que encontraría.

«El hombre nauseabundo me estará mirando con desprecio. Me dirá que soy un cobarde, y que he quedado afectado. Quizás ahora necesite ir al psicólogo por los traumas, o tenga problemas más graves. »

Suspiró y abrió los ojos atemorizado: lo primero que vio fueron las hojas del suelo, la tierra mullida y el musgo verde. A continuación elevó sus párpados y estudió los troncos gruesos de los árboles de Rahagistián, los más magníficos que había visto en su vida. Por último miró al cielo azul.

Secó una gota de sudor que corría juguetona por su cara manchada de barro, se restregó los ojos y oyó a su alrededor: pájaros, el crujido de los árboles y algo más. Unas voces familiares. Unas pisadas que bajaban la cuesta por la que él había caído.

«No puede ser, ¿estoy vivo? » Se pellizcó el brazo y sintió dolor. «Sí, estoy vivo y sigo aquí, en Rahagistián. Pero, ¿cómo es posible? Debería estar en mi planeta, fuera de este mundo virtual. »

Tocó su cara: solo palpó la herida sangrante de la sien y las marcas rojas que dejó en su piel el plástico apretado de las lentes.

Localizó las gafas a poca distancia del tronco afilado, se arrastró hacia ellas y las recogió, comprendió que lo que estaba viviendo era totalmente real. Nada de realidad virtual, ni de juegos de niños. Era real. Un mundo de verdad, con heridas de verdad, criaturas de verdad y elfos de verdad. ¡Por eso el hombre nauseabundo les había dicho que sentirían lo que ocurría en el juego y que también podían morir si morían en el juego! Porque no era ningún juego. Estaban en el verdadero Rahagistián,

el mismo lugar del cuento «Puerta hacia la Perdición».

El hombretón les había mentido.

Se levantó con dificultad, aún anonadado por la novedad. Tiempo era lo que le hacía falta para procesar toda esa información. Si los elfos oscuros lo cazaban no tendría tiempo, aunque claro, podría contarle la verdad a Norman y a Nadeshiko, aún creyentes de que si se quitaban las gafas quedarían gravemente afectados.

Sacudió la cabeza: no. No quería regresar con ellos. Huiría de sus cazadores aunque le costase la vida.

—¡Ya lo veo! —exclamó Daminna—. ¡Turar, ve por el otro lado!

La adrenalina volvió a inundar a Tommy, soltó las lentes y corrió a pesar de sus dolores y su sien sangrante.

Huyó en zig zag entre los árboles.

—¡Es rápido, pero no tanto como nosotros! —gritó Turar— ¡Este es nuestro mundo, muchachito!

—¡Dejadme en paz! —contestó el joven.

Su voz vibró por la velocidad. Supuso que el cansancio tenía algo que ver.

Dio las gracias a Dios por no nacer asmático, o estaría asfixiándose en el suelo.

—¿Por qué huyes, Tommy?! ¿Acaso no te hemos demostrado que somos tus amigos? ¡Detente! ¡Solo queremos mantenerte a salvo en este mundo de fieras!

—¡Los amigos dejan a sus amigos tomar sus propias decisiones! ¡Ellos siempre hacen lo mejor para ti, y para mí, lo mejor es alejarme de vosotros!

—¡Estás equivocado!

El muchacho se sobresaltó al escuchar la voz de Daminna en su nuca. ¡Estaba al alcance de su mano!

La impotencia lo invadió, pero no se rindió, es más, corrió aún más rápido.

—¿Es que no comprendes que no puedes huir?

Notó cómo los dedos fríos de la mujer se clavaban en su cuero cabelludo con una crueldad poco propia de la simpática elfa oscura. Sus uñas fueron cuchillas hincadas entre su pelo. Su otra mano, la garra que desgarró su camiseta dejándolo semidesnudo.

«Estoy perdido. »

La mano de la mujer tiró de él con fuerza descomunal, pero una luz increíble la cegó e hizo soltar al pobre chico.

—¿Pero qué es eso?

Tommy forzó la vista para ver entre un destello blanco parecido al que vio cuando se abrió la Puerta hacia Rahagistián, y percibió una figura delgada, con curvas de mujer, con el pelo volando alrededor de su cuerpo, hasta la cintura. Sus brazos extendidos a ambos lados de su cuerpo le daban aspecto de ángel vengador. Ese ser era tan poderoso que Tommy no se atrevió a moverse del sitio. Estaba paralizado.

A sus espaldas, los elfos se retorcieron como si sufriesen con la luz. Gruñeron, y sus ojos rojos sedientos de sangre expresaban ganas de matar. Allí, agazapados al suelo, eran auténticos animales salvajes que amenazaban con degollar a cualquiera.

La luz se hizo más intensa, el poder del ser atrajo al viento levantando las hojas del suelo, los elfos volvieron a retorcerse, gritaron con dolor insufrible. Entonces, justo cuando el chico se vio obligado a cerrar los ojos, todo cesó.

Cuando los abrió, Daminna y Turar habían desaparecido. Solo estaban él, y una mujer alada con el pelo verde oscuro más precioso que jamás hubo contemplado.

Pobre chico. Tan guapo, con unos ojos tan abiertos... Era igual que un corderito. No hacía falta preguntar para saber que era Tommy.

Su dolor de cabeza había desaparecido porque ahora el muchacho estaba a salvo, lejos de los elfos oscuros. Los sueños de Seileen funcionaron a la perfección. Su plan en conjunto funcionaba a la perfección.

—Eres el elegido —afirmó.

Su voz sonó a canción, como siempre, sin embargo el joven se asustó y retrocedió aún con los ojos muy abiertos. Había deseo, anhelo, sorpresa y terror en ellos. Suzette nunca imaginó que un humano pudiese expresar tanto con una sola mirada.

Dio un paso, pero el chico volvió a retroceder.

—No tengas miedo de mí. Soy la mujer que te dirá la verdad.

—¿La verdad? ¿A qué te refieres? ¿Quién eres tú y qué quieres de mí? ¡¿Es que no puedo estar solo?!

—Relájate, por favor. Me llamo Suzette. Soy la princesa dríade. Somos seres del bosque. Bestias de la luz.

—¿Dríade? ¿Una especie de hada del bosque?

—Sí, podría decirse así. Nosotros no nos consideramos hadas, aunque sí familia.

Le sonrió, amigable, en un intento por tranquilizar a Tommy. Se sentó a su altura, a una distancia considerable, para hacerle comprender que era inofensiva.

—Me gustaría que vinieses conmigo, Tommy. Quiero explicarte muchas cosas.

—¿Confiar en un ser de la luz? —Sonrió con ironía—. Venga ya. Sé muy bien que aquí los buenos son los seres de la oscuridad.

—¿Pero se puede saber quién te ha dicho eso?

«Qué tonta eres, Suzette», pensó. «Los elfos, ¿quiénes van a ser?»

—Daminna me lo explicó con pelos y señales, con ejemplos que me convencieron, con verdades.

—No, Tommy. Te convenció con mentiras. Ellos se hacen llamar seres de la oscuridad, pero eso no es verdad. Son seres malvados, no oscuros.

—Lo mismo es, ¿no? Los seres oscuros siempre han sido los malvados en mi planeta. Es algo que se asocia.

Suzette se acercó un poco más, aún sentada frente a él. El muchacho la miró desconfiado, dejando claro que no permitiría que se acercase más. Sus iris azules resplandecieron de temor. El temor de un

chico inteligente pero cobarde.

La dríade dejó que escrutase sus iris celestes, limpios, mucho más puros que los ojos sangrantes de un elfo.

—El vivir en la oscuridad no tiene porqué asociarse a algo malvado. Muchos animales son nocturnos. La noche es su vida. No por eso son malvados, ¿cierto? Los humanos sois seres diurnos, por eso la oscuridad os causa miedo y lo asociáis a maldad, por los predadores que acechan en la noche en busca de comida para sobrevivir.

»Piénsalo. ¿Son malos los guepardos que cazan cuando la luna sale, por ejemplo?

—Viéndolo así...

Se encogió de hombros, no porque no encontrase sentido a lo que había dicho Suzette, sino porque sentía confusión. No sabía si creer a la dríade o a los elfos. Ambos daban explicaciones razonables, y no sabía quién estaba mintiendo. A lo mejor la impostora era ella.

—Ellos son seres malvados, que es muy distinto a ser una criatura de la oscuridad. ¿Acaso duermen de día? No. —Se contestó a ella misma—. Duermen en la noche, como tú, como yo, porque son seres diurnos y malvados. Nosotros somos seres bondadosos, yo, en concreto, la persona que te dirá la verdad —repitió.

—¿Cómo sé que no eres tú la que miente, y que en realidad Daminna decía la verdad?

Suzette lo estudió con pena en su mirada. Tommy había pasado por mucho. Su desconfianza por los seres de Rahagistián aumentó demasiado. La tejedora de sueños se había pasado un poquito.

¿Qué habría visto en esas pesadillas?

Una extraña mariposa con alas picudas y ojos de mosca voló alrededor de la dríade, atraída por su olor a flor, y, luego, se largó.

—No sé qué contestarte a eso. Creo que es suficiente que recuerdes las pruebas, el modo de tratarte que tenían... La decisión es tuya, Tommy. No he venido aquí para forzarte o arrastrarte. Si quieres estar solo, te dejaré.

—Eso suena muy amable. Casi como si fueses mi amiga.

La muchacha se encogió de hombros y volvió a sonreír. Al fin y al cabo el muchacho era inteligente. Estaba segura de no equivocarse con él.

—Yo quiero ser tu amiga. Prometo protegerte, de hecho. Si vienes conmigo me resultará más fácil estar a tu lado. Además me darás la oportunidad de contarte toda la verdad.

Tommy colocó la barbilla entre sus rodillas, dudoso.

—¿Qué diablos?! Iré. Con una condición.

—La que desees.

La dríade movió las alas con paciencia. Le dolían las pantorrillas de estar sentada con las piernas cruzadas, así que se colocó de lado.

—Me contarás la verdad, sí, pero me acompañarás a la Puerta para que pueda volver a mi planeta y contar a mi abuelo lo que está ocurriendo. Estará preocupado por nuestra desaparición, estoy seguro.

El temor de sus ojos desapareció ante la esperanza, y Suzette supo que no podía negarse. Él era la única opción que tenía para proteger el Selin. ¡Debía aprovecharla! Por otro lado no estaba en su naturaleza mentir, como tampoco hacer sufrir a los humanos.

—Por supuesto. —Extendió una mano hacia él—. Estamos en paz entonces.

El joven cogió su mano con decisión.

No sabía si la mujer era de fiar o no, pero por ahora era lo único que tenía. ¡Y era guapísima!

—Estamos en paz. Al menos por el momento. —Rió.

Suzette sintió la victoria vibrando en su piel: el plan seguía su curso. Con obstáculos, pero se mantenía en su línea.

—Se lo han llevado, chicos. No hemos podido hacer nada.

La confesión fue como un jarro de agua fría para Norman. Él, el hermano mayor, no había cuidado de su hermanito. Es más, ni siquiera había tenido en cuenta sus sentimientos.

Era un egoísta.

Su única responsabilidad real, y había fracasado. Se sentía inútil. Culpable por centrarse tanto en Nadeshiko. Lo peor era que no podía evitarlo, porque cada vez que la veía sentía una atracción tremenda que lo desquiciaba.

—¿Cómo que se lo han llevado? —preguntó. Si había desaparecido quería saberlo todo para salvarlo—. ¿Quién ha sido? ¿Dónde? ¡Tenemos que ir a por él!

—Relájate, hombrecito.

Daminna estaba muy molesta, se le notaba en el rostro, en la actitud, en la forma de tocarse el pelo. Lo más raro fue que lucía unas quemaduras gigantescas en los brazos y las manos, como si se hubiese apoyado en aceite hirviendo.

—Ha sido un ser de la luz. Una hembra muy poderosa. Esa hija de su madre nos ha carbonizado en cuestión de minutos. Era huir, o morir. Ni siquiera hemos tenido la oportunidad de luchar porque nos ha pillado desprevenidos.

—¡Tenemos que ir a salvarlo!

—Lo haremos, Norman, pero no ahora. No sabemos dónde buscar. Lo único de lo que estamos seguros es de que ese ser también quiere el Selin. ¿Por qué si no llevarse a un humano y enfrentarse a dos elfos oscuros? La mujer sabía bien lo que hacía, así que supongo que mis suposiciones se han cumplido.

—¿Se han llevado a Tommy para obtener el Selin y destruir mi tierra?

—Exactamente.

—Entonces —intervino Nadeshiko. Su rostro dejaba claro que estaba impactada por la noticia—. Lo que debemos hacer ahora es detenerlos por el camino o llegar nosotros al Selin antes que ellos.

—Veo que lo entendéis.

La mujer oscura se rascó una quemadura sin querer, y su cara se contrajo de dolor.

—De todos modos estamos más cerca del Palacio Imposible que ellos. Es poco probable que lleguen antes que nosotros.

Daminna negó.

A sus espaldas, Turar se lavaba las heridas con agua.

—Ellos tienen bestias rapidísimas llamadas Drafis. No los conocéis, porque no fueron a la Tierra. Ellos no quisieron abandonar Rahagistián. Si montan en un Drafi estamos perdidos. Puede que ya estén allí. ¿Quién sabe?

—Creo que si estuviesen allí lo sabríamos. —Volvió a hablar Norman—. Sentiríais la atracción de la Puerta.

—Norman tiene razón —murmuró Nadeshiko—. Lo último que debemos hacer es rendirnos. Sigamos nuestro camino. ¡Aún hay esperanza!

La elfa los estudió a conciencia de arriba abajo, y sonrió satisfecha de oreja a oreja.

—Decían que Neon era el ser con más esperanza del mundo. Ahora entiendo porqué. No era Neon, sino su raza: los humanos. Sois incansables.

—Si estás de acuerdo, ivámonos!

El hermano mayor dio media vuelta y miró hacia atrás, sobre su hombro.

—¿A qué estáis esperando? ¡El tiempo es oro! ¡Nosotros no tenemos ningún Drafi! Vamos a pie.

Norman se hacía más grande al agenciarse de la posición de líder. Nadeshiko juraría que sus hombros eran más anchos y sus brazos más musculados. Quizás el viajar por Rahagistián lo estaba moldeando, o era solo la impresión de verlo tan decidido.

Turar tiró al suelo el agua que usó para lavar sus heridas, y cogió sus armas para emprender la marcha.

—¿Sabes, muchacho? —inquirió Daminna manteniendo esa sonrisa de madre orgullosa—. La primera vez que te vi creí que eras un chico débil. Nadeshiko era el único humano con valor para mí. Lo sigues siendo, amiga, no me malinterpretes. —Miró de reojo a la joven japonesa—. Es solo que... bueno, te has ganado mi aprobación a pulso. Los dos me habéis hecho ver que los humanos no sois seres débiles, todo lo contrario. Tommy era otra cosa.

—Él es muy avisado.

—Lo sé, pero estoy hablando de agallas.

Norman comenzó a andar seguido de la muchacha y los dos elfos.

No le gustaba reconocerlo, pero se sintió líder por primera vez en el viaje. Como un guía de los que nunca miran atrás.

Capítulo 12

Capítulo 12: El pueblo de las dríades.

—Por fortuna, mi pueblo está de paso. Puedo contarte algo de nuestra historia si quieres. Has recorrido mucho camino desde la Puerta, así que nos vendrá bien descansar.

Tommy seguía a la joven mujer de cerca, siempre detrás, como un verdadero seguidor. Al fin y al cabo ella era lo único que tenía. Después de descubrir que todo eso era real, que el hombre nauseabundo les había mentado, en su interior crecían las ansias de venganza.

Por su culpa se había hecho ilusiones con Nadeshiko para luego fracasar, había dado más importancia al corazón que a la familia, se había separado del abuelo y mentado a sus padres, había dejado la escuela, abandonado su despertador en una esquina y su bicicleta tras la destartalada cabaña del mentiroso. ¿Cómo había llegado a tanto sin darse cuenta?

—¿Me estás escuchando? —preguntó Suzette con el ceño fruncido.

Soltó una rama que salió disparada hacia el rostro del adolescente golpeándolo en la nariz.

—¡Ay! —Se quejó—. Ten cuidado. ¡Parece mentira que seas una dríade! Estaba escuchando, ¿vale?

—Lo siento, ha sido sin querer.

Tommy sacudió la mano de arriba abajo quitándole importancia al pequeño altercado. A continuación se rascó la nariz una vez más.

—¿No lo hueles?

—¿Estás riéndote de mi golpe en la cara? Porque ahora mismo solo huelo a hojas.

—¡No! Me refiero al olor a comida fresca. —Rió con tono cantarín.

El chico se sobresaltó. Aún no estaba acostumbrado a oír una canción de la risa de Suzette. Una melodía con acordes perfectos, natural. Una melodía que te permitía escuchar al bosque cantar. Sí, eso era: la canción de los árboles.

—Por desgracia los humanos no tenemos el olfato tan desarrollado.

—No lo tenéis tan desarrollado porque no lo entrenáis. Vivís rodeados de una contaminación que merma los sentidos. —Volvió a retirar otra rama, pero esta vez tuvo cuidado—. Si te concentras quizás percibas algo. Creo que hoy han cocinado fruta hervida envuelta en hojas del Árbol Madre.

—¿Hojas del Árbol Madre?

—¡Claro que sí! El árbol más grande de nuestro pueblo. No es único, pero sus hojas son carnosas.

El estómago de Tommy se quejó. El olor era agradable, pero no le resultaba atractivo comer hojas carnosas. Seguro que estaban amargas, vomitivas. Y la fruta... reconocía que le gustaba cruda, una a una, pero todas juntas sería repugnante. ¡Echaba de menos un bistec con patatas, o una ración de rosada frita con alioli!

—Huele bien —comentó.

No se atrevió a decir lo negativo. Era un invitado y debía estar agradecido con la hospitalidad de las dríades.

—Seguro que te encanta.

»Cuando llegemos deja que los de mi raza nos reciban con abrazos y cariños. Nosotros somos así. No te espantes de la cordialidad desmesurada. Te aseguro que te acostumbrarás pronto. Quizás estoy exagerando, pero últimamente he comprobado que los humanos sois algo distantes. Puede que esté equivocada y generalice sin razón, ignorante de vuestra raza. Yo aviso por si acaso.

—No te preocupes por mí. Si he sobrevivido hasta ahora, seguro que podré hacerlo unas horas más.

—No lo dudo.

—Todo sea por avisar a mi abuelo de lo que está pasando. Él sabrá que hacer.

Pensó en la fe tan ciega que tenía por Brad, aunque lo cierto era que a sus sesenta años no tendría ganas de aventurarse junto a su nieto en Rahagistián. ¿Y si lo retenía en casa para mantenerlo a salvo?

Desechó el pensamiento de inmediato: él no era así.

—Dudo de que cualquier humano que no haya estado aquí sepa qué hacer. —Suspiró—. ¡Si Neon siguiera vivo! —exclamó con aire dramático—. Ahora no es momento para hablar de eso. Quiero que contemples la belleza de mi pueblo.

Elevó los brazos tras pasar unos matorrales gigantescos que impedían la visión de lo que había más allá: el pueblo más, Tommy diría natural, de todos los que había visto en su vida.

Las cabañas se fundían a la perfección con los árboles, como si formasen parte de ellos. Las más grandes se encontraban en la cima, mientras que las pequeñas estaban más abajo. Las frutas de colores eran suficiente decoración para el exterior. No eran necesarias macetas en las ventanas, o figuras de águilas en las puertas, porque tal y como estaban eran perfectas. El único hogar que tenía un árbol para él solito (teniendo en cuenta la grandiosidad de los troncos y las ramas), era lo que parecía un castillo, solo que en vez de tener torres tenía terrazas en las ramas más gruesas, y las ventanas eran agujeros en el tronco. Pero no eran agujeros contruidos, sino formados por la propia voluntad de la planta. Tommy no sabía cómo explicarlo, pero tenía la certeza de que era el árbol el que elegía por dónde debía entrar luz y quién viviría en su interior. Allí sentía al bosque más vivo que nunca.

Más abajo, andando sobre la tierra o volando de un lado a otro, había dríades con alas de mil colores. El reflejo del sol las traspasaba y hacía del suelo un lienzo multicolor en movimiento eterno. Las flores se mecían de un lado a otro con tranquilidad, y las mariposas no tenían miedo de volar junto a esos seres tan peculiares. Los conejos y ardillas (más bien seres parecidos a conejos y ardillas) convivían con ellos. Algunos incluso entraban y salían de las casas como si fuesen suyos, y a las dríades no les importaba lo más mínimo. Lo compartían todo sin esperar nada.

—¿Sigues convencido de que nosotros somos los malos?

Suzette sonreía orgullosa de su pueblo. Era consciente de la paz que allí se respiraba, la armonía y camaradería.

—Yo... no sé qué decir. Estoy impresionado.

—¡Sin palabras! Eso es lo que quería.

Se carcajeó risueña, y esta vez Tommy no se asustó, porque descubrió en la risa un matiz adorable que lo cautivó por completo. Allí, rodeado de olor a fruta y cantos melodiosos, sintió que todo el planeta

debía de ser así. Él era un intruso en medio de la perfección.

—¡Chicos, es Suzette! —gritó alguien con emoción.

Hubo una pausa en medio de todo ese jolgorio, y, al instante, la mitad de las dríades se acercaron curiosos a observar al humano. Éste no supo si sentirse asustado por las criaturas que volaban veloces hacia él, o importante por llamar su atención.

—¿Es el humano?

—¿El elegido?

—¿Él es Tommy?

—¡Es muy guapo!

—¡El héroe de los mundos!

En cuestión de segundos todo el mundo comenzó a hablar demasiado rápido, cosa que no ayudó al adolescente, algo intimidado por la situación. Su corazón partido empezó a sanar con la distracción: mantenerse ocupado siempre era un buen remedio.

—Por favor, orden. ¡Por favor! —Tommy descubrió que la mujer tenía una voz muy autoritaria, lo que creyó imposible hasta ahora—. ¿Dónde está Linna? Necesito verla. ¿Y Orión? Mi querido explorador. Necesito verlos a ambos. A mi madre también.

—¿He escuchado que quieres verme?

El chico estuvo a punto de caer de culo cuando una mujer de aspecto elegante y facciones suaves apareció de la nada. Su cuerpo, envuelto en un vestido de hojas y flores, era delgado y estilizado, sus piernas, largas y su pelo verde, como el de Suzette. Sobre la cabeza tenía una corona de hilos de plata trenzados con más flores, éstas brillantes. No obstante había una cosa que no encajaba, y era su piel: verde clara, con pequeñas ramas que envolvían algunas zonas de sus brazos, sus piernas, e incluso su cuello. Esas ramas no eran simples adornos. ¡Crecían de su cutis, de sus uñas, e incluso de su pelo! ¡Eran parte de ella!

Tommy miró a las demás dríades y descubrió que también de ellas y ellos crecían hojitas y ramas finas y frágiles, algunos con la piel más marrón y otros más verdosa, pero todos parecidos. Después estudió a Suzette y solo encontró piel tersa y humana. Además sus ojos eran azules, mientras que los de los demás eran marrones, amarillos o verdes.

Levantó las cejas sorprendido: ¿acaso era Suzette la hija de Neon?

—¡Mamá! ¡Qué alegría verte! Perdona que no me pasara a saludar.

Ambas se fundieron en un cálido abrazo cargado de amor.

—¡Oh, hija! ¡Estaba tan preocupada por ti! Cuando te fuiste a por la tejedora de sueños estaba asustadísima, y luego viniste, pero ni siquiera tuve tiempo para decirte hola porque saliste volando a la velocidad del rayo... ¡Estaba tan preocupada! no sabía qué ocurría. No podía entenderlo.

—Perdóname, mamá. Sentía que Tommy estaba en peligro, y así era. Lo encontré huyendo de los elfos oscuros. Y Seileen, la tejedora de sueños... no sabes lo mal que lo pasé. Es muy fuerte. Por suerte el bosque estaba de mi parte.

—Sí, hija. Rezamos con toda nuestra fe. Me alegré cuando sentí que aún vivías. No soportaría perderte a ti también. Ya tuve suficiente con tu padre.

—Pero ahora estoy aquí y es lo que importa, ¿no? He traído al humano y yo estoy vivita y coleando, preparada para comer.

La mujer se apartó un poco de Suzette, envolvió su cara con las manos asegurándose de que era real, y volvió a abrazarla.

—Ojalá no tengas que irte así nunca más. Pensar que aún te queda un largo viaje por delante me pone las ramas de punta.

—Siempre vuelvo de una pieza, ya lo sabes.

—Sí. —Sacudió el pelo verde queriendo quitarse las preocupaciones de encima—. ¿Por qué no vamos a comer? Seguro que Tommy también tiene hambre.

Por primera vez en todo el día, los ojos verdes de la mujer se clavaron en los azules del joven. Tuvo ganas de arrodillarse en señal de respeto: sospechaba que la dríade era la reina del pueblo. Mejor dicho, estaba seguro de que era la reina. Si Suzette era la princesa, entonces su madre no podía ser otra cosa.

Por otro lado, el poder que emanaba de ella no dejaba lugar a dudas. Aunque de aspecto era joven, desprendía una sabiduría que ni

siquiera percibía en su abuelo Brad.

Finalmente decidió ceder a sus impulsos y agachar la cabeza en reverencia.

—No. No hagas eso, por favor.

Tocó el hombro del muchacho, pero éste no se sobresaltó. Lo habría hecho en otro momento, pero la dama solo transmitía paz y seguridad. Era un torrente que recorría su cuerpo al establecer contacto con ella, y le tentaba a quedarse ahí para siempre.

—Aquí todos somos iguales.

Cuando la observó, estaba sonriendo.

—Impone respeto.

—¿Eso es lo que emito? ¿De verdad?

—Mmmm, también paz y seguridad.

—Entonces no te importará comer de nuestra mesa.

—Por supuesto que no, es más, me siento encantado.

—Es lo menos que puedo ofrecerte. Mi hija tiene fe en ti, así que yo también.

La mujer abrazó a Tommy. Rodeó su cuello con los brazos y lo apretó fuerte contra ella. No fue el contacto que un novio tendría con una novia, sino el que una madre tenía con su hijo. ¡Menos mal que Suzette le había avisado del cariño de las dríades! De no estar en sobre aviso no sabría cómo actuar, pero en esta ocasión devolvió el abrazo con la misma intensidad.

—Eres adorable, muchacho. Mi hija ha elegido bien.

Se separó de él, le cogió la barbilla con las manos y le estampó un beso en la mejilla. Tommy la notó fresca, igual que los árboles.

—No es día para ponerse triste, Nadeshiko.

Norman acarició su cabellera con sumo cuidado.

—Estoy cansada de andar, de comer fruta, de obedecer órdenes y no llegar a ningún lugar.

—No digas eso, cada día nos acercamos un poco más a nuestro objetivo. Piensa que este recorrido es un entrenamiento para las futuras pruebas del Palacio Imposible.

—Pruebas que no sabemos en qué consisten.

—Por eso tenemos que estar preparados.

La joven se levantó de golpe, y su pelo negro cayó a ambos lados de su cara dándole un aire salvaje.

—Tienes razón, Norman. Me educaron desde la fortaleza, y no puedo recaer ahora. Si vine aquí era porque sabía que podía afrontar cualquier cosa.

—Claro que sí, ¿quién es más fuerte que una japonesa criada por una sacerdotisa violada? A tu lado me siento insignificante.

Era cierto. Al lado de ella se sentía como un auténtico idiota, siempre mirándola embobado y huyendo en cuanto ella le correspondía: eso se tenía que acabar. Alardeaba de ser valiente cuando en realidad era un niño con miedo al amor.

—Muchas gracias, Norman. ¿Qué haría yo sin ti? Eres el único que me pone los pies en la tierra.

Lo abrazó fuerte durante un segundo, y lo soltó.

—Chicos, escondeos —murmuró Daminna desde detrás de un abeto—. Alguien se acerca.

Los dos adolescentes se miraron sin entender, asintieron y corrieron de puntillas tras las rocas donde Daminna y Turar se resguardaban. Después se sentaron aguantando la respiración, y escucharon. Al cabo de unos minutos en silencio, percibieron unos pasos rítmicos que se acercaban.

«Clack, clack, clack,» pensó Norman. «Suenan como unos zapatos de claqué. »

No solo se escuchaba a una criatura, sino a cuatro o cinco. Eso, o el ser tenía muchas piernas. ¿Qué sería? ¿Un ciempiés gigante? ¿Una araña del tamaño de una casa?

Con cuidado se acercó al borde de la roca y echó un vistazo a la situación: no vio nada en principio, así que se quedó ahí un rato hasta que Nadeshiko se asomó también. Al cabo de un tiempo vieron a dos bestias del tamaño de caballos, parecidas a perros gigantes, o más bien a leones ¿quizás se asemejaban más a tigres? No estaba seguro, pero juraría haber visto a ese ser en otra parte. En un cuadro o alguna película.

Sus garras afiladas golpeaban el suelo levantando nubes de tierra a su alrededor. Respiraba de forma tediosa y su boca estaba entreabierta, para desgracia de Norman. Unos colmillos gigantescos sobresalían bajo sus bigotes, y sus ojos expresaban sumisión.

«¿Sumisión? ¿A quién?»

El cuerpo del animal se balanceaba de un lado a otro al andar. Tenía mucho pelo en la zona de la cabeza y el cuello, razón por la que parecía tan majestuoso. Sus colores fuertes verdes y rojos lo hacían perfecto para camuflarse entre el follaje.

Al pasar junto a ellos olfateó en el aire y gruñó. Volvió a olfatear y miró a una lado y otro, como si no entendiera por qué detectaba un olor distinto al de costumbre.

En sus ojos ya no había obediencia: había hambre.

Daminna puso el dedo en sus labios para advertir de que era importante el silencio, pero era difícil mantener la respiración relajada cuando dos bestias enormes olfatean a tu alrededor con la esperanza de arrancarte la cabeza.

Por suerte el viento comenzó a soplar hacia atrás, es decir, en dirección contraria de los compañeros, alejando cualquier resto de su olor.

Las bestias olfatearon una vez más mientras gruñían, aún mostrando sus fieros colmillos, y continuaron su camino.

Cuando se perdieron de vista Norman respiró tranquilo.

—¿Pero qué demonios era eso? —preguntó.

Se dejó caer en la roca con los músculos relajados después de la tensión.

—En la Tierra los llamamos Nian —respondió Nadeshiko—. Aquí no sé cómo se llamarán, pero en nuestro planeta se conocen, sobre todo,

en China. Ya sabes, los leones de piedra.

—¿Cómo?! ¿Esos leones de piedra tan inofensivos son una representación de estas bestias?

—Sí.

—Pues ya podrían representarlas un poco mejor...

—Recuerda que esas bestias fueron a nuestro planeta hace muchos años. Además, las imágenes se distorsionan con el tiempo.

Daminna resopló intentando llamar la atención.

—¿Qué pasa? —Norman se volvió hacia ella.

—Pasa que ya estamos muy cerca del Palacio Imposible. Os dije que la caminata y viajar en Leviatán valdrían la pena.

—¿Cómo sabes que estamos cerca del castillo? Yo no veo nada, y mira que estamos casi en la cima de la montaña.

—No es necesario ver nada, es suficiente con esas bestias.

—¿Qué quieres decir?

—Que esos leoncitos tan adorables que acabamos de ver, son los guardianes del palacio.

Norman notó como si una pieza de plomo cayera en su estómago y se lo intentara arrancar.

—Y si son los guardianes...

—Tendremos que pasar por encima de ellos para entrar.

Terminó Nadeshiko con voz vibrante.

—Sí, amigos, lo habéis entendido. Ellos son la primera prueba.

Capítulo 13

Capítulo 13: El Palacio Imposible.

Juntos empezaron a andar hacia palacio rodeados de las demás dríades, todas excitadas por la llegada de Suzette. No tardaron mucho en llegar a la mesa redonda más gigantesca que Tommy hubiese contemplado. Pero no se extrañó, puesto que se lo había imaginado.

No era una mesa normal, sino una hueca por dentro: las sillas estaban colocadas en el exterior de la circunferencia y también en el interior. Supuso que para no perder espacio. Además, de esta forma las dríades podrían verse las caras mientras charlaban.

Suzette agarró al joven de la muñeca y lo sentó a su vera. La reina tomó asiento a su izquierda.

—Dime, Suzette —habló Tommy con la esperanza de entablar conversación—. Hay algo que ha llamado mi atención, aunque no sé si es correcto preguntártelo.

La joven le sonrió de oreja a oreja.

—¡Pregunta!

Sus alas vibraron con excitación.

—He visto que eres... distinta —dijo con tono bajo como si contara un secreto—. Me refiero a que no hay ramas en tu piel, sino vello, como nosotros. Eres la única que tiene los ojos azules y eres más cálida al tacto.

Al decir eso enrojeció sin razón, si bien la chica no lo notó.

—Quizás debería habértelo dicho antes, pero no caí. Aquí todos conocen mi historia y me respetan como a ellos. La respuesta está en que no soy de sangre pura como mi madre.

—¿Entonces qué eres?

—Ya lo sabes, ¿no es cierto? En tu interior te imaginas lo que soy.

Tommy se rascó la cabeza confundido.

—Sé que Neon volvió aquí después de salvar el planeta, y que

tuvo un hijo con un ser de la luz.

—No con un ser de la luz cualquiera. Tuvo una hija con mi madre.
—Se encogió de hombros restándole importancia—. Y la llamaron Suzette.

—Así que eres la hija de Neon y la reina.

—Puedes llamarme Ella —intervino la mujer.

—Sí. Mi madre y él se enamoraron a primera vista. ¡Fue un flechazo! Me siento muy agradecida por la bondad del bosque que me aceptó como una de sus hijas aunque mi sangre no es pura.

—¿Crees que el hecho de ser la princesa pudo influir?

—¿Influir en la aceptación que tuvieron por mí?

—Sí.

—Mmmm... no lo sé. Creo que no, porque en sus miradas vería rencor y mentira, cuando no veo más que sinceridad. Por otro lado el bosque no miente. Yo lo siento como dríade que soy. Tuve suerte de que la sangre humana fortaleció mis poderes en vez de mermarlos. Soy la más rápida y resistente del pueblo.

—Aseguraría que sus habilidades son causa, no solo de la sangre de humano, sino de la relación tan intensa que tuve con Neon —intervino de nueva Ella.

Tommy quiso preguntar por su relación, pero una dríade de alas moradas llegó revoloteando cargada de platos, y cuando decía cargada, se refería, literalmente, a que iba cargada: a lo largo de sus brazos (sobre ellos) había al menos cuatro platos que, Tommy no podía explicarse cómo, no se caían. En la boca llevaba uno más, sobre cada hombro, otro, ¡y encima de sus ramas más gruesas había al menos tres! ¡Cargados hasta los topes!

A pesar de todo se movía con agilidad, naturalidad, como si llevara haciendo eso toda su vida.

Al llegar hasta ellos soltó los platos con maestría, y luego continuó volando.

Tommy miró al plato sin saber si estar asqueado o encantado.

El aspecto de la comida era repugnante, con unas hojas rellenas parecidas a coles, bañadas por un líquido blanco espeso. Sin embargo, su

olor era exquisito, como a flores de jazmín. Si cerraba las ojos podía recordar la primavera en Londres, echar de menos a sus padres, a su abuelo y a su perro Brandy, que por desgracia murió por la picadura de una procesionaria hacía un año. Si lo imaginaba, lo veía en su jardín saltando sobre el césped, jugando con Norman al escondite.

Ese pensamiento lo hirió en lo más hondo de su corazón.

Esperaba volver a vivir en paz con su hermano alguna vez, aunque eso significara soportar su amor con Nadeshiko.

—¡Así no, tonto! —Lo sobresaltó la princesa al ver su mirada de asco—. ¡Así!

Golpeó la extraña col con la punta del dedo, y ésta se abrió de par en par mostrando una docena de trozos frutales del color del arcoíris. El líquido blanco las bañó, y, de inmediato, ya no parecía repugnante, sino precioso.

—Parece una flor cubierta de nieve.

—Era nuestra intención. Algo que huele así no puede ser feo. Es el típico ejemplo que usaríamos para demostrar que la belleza está en el interior.

Muy ingenioso.

—Por cierto, yo tenía una pregunta que hacerle, Ella.

—¿Hacerle? ¡No seas así! ¡Háblame de tú!

—Lo tendré en cuenta.

La reina tarareó mientras pinchaba un trozo de fruta con un cuchillo de madera.

—Dime, ¿cuál es tu pregunta?

—Me gustaría saber cómo conociste a Neon. ¿Cómo era? ¿Qué fue de él?

Ella miró al cielo mientras masticaba, recordando algo lejano.

—Eran unos tiempos difíciles para las dríades —narró—. En aquellos entonces los seres malvados estaban fuera de sí por haberlos encerrado después de alcanzar la libertad. Eran sanguinarios, mataban

por matar. —Resopló pesarosa—. Nunca en mi vida he visto tanta sangre.

»Un día, un ejército de cíclopes se cruzó con nuestro pueblo y decidió que, puesto a que se interponía en su camino, lo más sensato era arrasarlo. En aquellos entonces yo era un poco más pequeña que Suzette. Para que lo entiendas, en vuestro mundo aparentaría unos catorce años. Como comprenderás aún no estaba preparada para reinar, así que mi madre se ocupaba de todo.

»Cuando el ataque cayó sobre nuestro pueblo, la mayoría murieron, y una pequeña parte huimos traumatizados por lo que acabábamos de presenciar. Recuerdo que me negué a abandonar a mis padres. Yo quería proteger el pueblo, no deseaba irme sin ellos porque no tenía ningún lugar en el que resguardarme para estar a salvo. Pese a mi resistencia dos dríades me arrastraron en contra de mi voluntad y, cuando estuve muy lejos sin saber cómo volver, regresaron para proteger al pueblo dejándome perdida.

»Lloré desconsoladamente durante dos días seguidos, vagando entre los árboles. ¡Qué inconsciente era! Estaba tan depresiva que no se me ocurrió escuchar lo que los árboles querían decirme.

Mientras escuchaba, Tommy mordió la fruta y se sorprendió de lo buena que estaba la mezcla. Todas las frutas tenían distinto sabor, pero ninguna destacaba. La combinación no podía ser mejor.

Siguió engullendo con entusiasmo.

—La noche del segundo día, mientras lloraba, alguien puso sus manos en mi barbilla y me hizo mirarlo a los ojos para consolarme. En cuanto nuestra miradas se cruzaron sentí algo muy especial que nunca podré explicar: mi corazón estuvo a punto de estallar, quise desmallarme por todas las emociones que me abrumaban, y pensé que necesitaba descubrir todos los secretos de su alma. Fue como si todas las flores de Rahagistián se abrieran al mismo tiempo, y el brillante polen nos envolviera para convertirnos en una sola persona. Ni siquiera sé lo que pasó por mi cabeza, pero dejé de razonar. Mis penas desaparecieron, y esa noche me entregué a él en cuerpo y alma.

»Quizás los humanos no lo entendéis, pero el amor verdadero existe. Es algo que cuando está ahí, lo sabes.

Vaya, no imaginaba al pueblo en ruinas, ni tampoco a Ella llorando. Si era verdad lo que decía sobre el amor, él no sentía por Nadeshiko más que obsesión. Quizás le tenía cariño, le atraía, ¿pero había algo más?

Había visto las miradas que Nadeshiko y Norman se dedicaban, y juraba ver algo que él no tenía. Algo que le causaba una envidia tremenda que podía confundirse con los celos.

Tras la historia de Ella, lo que él creía que era un desamor se convirtió en un simple desaire.

«Claro, seguro que es eso. Me sentiría mil veces más destrozado de haberse tratado de amor. »

Saberlo fue como quitarse un peso enorme de encima. Se sentía más liberado.

—¿Y qué fue de Neon? ¿Volvió a la Tierra?

La mujer negó con tristeza y, de nuevo, miró al cielo perdiéndose en sus recuerdos.

—Desapareció sin dejar rastro —dijo.

Su voz fue la canción más triste que Tommy podría escuchar jamás. Más que el llanto de un bebé abandonado. Cruzó sus oídos y comprendió el verdadero significado de tristeza. Ni el viento lastimero de los días de invierno, ni el lamento de un fantasma encerrado, era tan estremecedor como su voz.

—Nosotras vivimos muchísimos años. De no ser así ya estaría muerta, y no podría contar esta historia.

»Pasó al menos veinte años humanos conmigo, y entonces no pudo soportar más la idea de que yo lo viera morir. Me decía que no quería que yo lo enterrara, que preferiría desaparecer del mapa a ser un inútil en un mundo de hadas. Un día desperté, y no estaba.

—¿Y sufriste más sin saber dónde estaba? ¿O habrías sufrido más viéndolo morir de vejez? Quizás Neon hizo eso para evitarte más dolor.

Se encogió de hombros.

—De las dos maneras habría sufrido. Buscándolo sin encontrarlo me sentí impotente, pero también me habría sentido así viéndolo morir.

—En cierto modo creo que decidió irse por mí —habló Suzette.

Ya había acabado su plato entero, y los observaba con la intención de entrar en la conversación.

El joven la miró inquisitivo.

—Cuando él se fue yo era muy pequeña. Veinte años para mí no fueron nada. ¡Ni siquiera recuerdo su cara! No sé si sufrí, pero le agradezco que se largara. De haberse quedado lo recordaría y lloraría su pérdida igual que mi madre.

—Sí, hija, yo también creo que fue por eso. Él te quería muchísimo, aunque un bebé que llora durante veinte años agota a cualquier humano.

—Así que Neon era un buen hombre —murmuró el muchacho.

—No puedes imaginar cuánto. Los humanos lo ven como el chico tonto que cometió un error y luego lo arregló, pero no cuentan con que sus intenciones no eran malas. Siempre se arrepintió de ese gran error, porque murió muchísima gente. Supongo que esa carga lo acompañó durante los veinte años que pasó aquí.

Tommy miró su cuchillo fijamente.

Aún se debatía entre creer a los elfos o a las dríades. Daminna le había asegurado que Neon fue débil a la carne y cayó en las redes de un ser de la luz malvado. ¿Estaba él dejándose engañar por una bondad y belleza aparente? ¡La mismísima Suzette dijo durante la cena que la belleza está en el interior! ¿Es que acaso en su interior estaba podrida como su madre?

Sonrió para ocultar sus pensamientos y decidió esperar a ver lo que pasaba. ¿Estaría aceptando comida del enemigo?

Fue al cruzar un riachuelo cuando, al mirar a la siguiente montaña, vio el famosísimo Palacio Imposible incrustado en la roca.

Aún quedaban unas horas de camino, pero verlo le envió una corriente de adrenalina que le dio fuerzas para continuar. Ni siquiera pudo evitar coger la mano de Nadeshiko, y ésta apretó la suya rebosante de emoción. Sus esfuerzos daban resultado, y sentaba tan bien...

—Por fin —dijo. Aunque fue más bien un suspiro de satisfacción.

—Me dijiste que tenía que ser fuerte, ¡y aquí estamos!

—Cada vez más cerca de la victoria —comentó Daminna.

—Cerca del Selin.

»Por lo que parece Tommy aún no ha llegado.

—Por suerte para nosotros. Pero no tenemos que relajarnos, todo lo contrario: es el momento de actuar. —La elfa estudió a los compañeros por encima del hombro, y sonrió—. Tenéis cara de preocupados debajo de toda esa emoción.

—Pues claro, no queremos morir. —Nadeshiko agarró la mano de Norman más fuerte—. Nos esperan familiares y compañeros en la Tierra. Nos espera un futuro.

—Y después de ver a esos Nian... —Norman se estremeció—. No tenía ni idea de que fueran así. En las figuras parecen más pequeños, casi inofensivos. A los diez años fui a clases de una especialidad de karate español muy peculiar, pero efectiva.

—¿Clases de qué? —preguntó Nadeshiko con interés.

Daminna aún los observaba sobre su hombro. Turar, que iba delante, seguía su camino como si no existieran. ¿Siempre era tan reservado y serio? Comparado con la agradable Daminna parecía, el abuelo gruñón.

—Se llamaba Kenpo Kyoruki. Mi profesor era andaluz.

—Nunca he escuchado ese nombre.

El chico se encogió de hombros.

—Es una combinación de lucha con piernas, puños y llaves. Hay de todo un poco.

—¿Durante cuánto tiempo estuviste en las clases?

—Tres años aproximadamente.

—Está bien. Al menos sabrás enfrentarte a los Nian.

Daminna rió haciendo que sus hombros se sacudieran, y los dos adolescentes la escrutaron desconcertados.

—¿Por qué te ríes?

Norman se sintió molesto. No había dicho nada que tuviese gracia. Ni él, ni Nadeshiko. Además no estaba de muy buen humor desde que Tommy desapareció. A pesar de que siempre tenía sonrisas para la

joven japonesa, era todo fachada: por dentro estaba destrozado. Era una tortura no saber dónde estaba su hermano. ¿Estaría sufriendo? ¿Lo habrían seducido a base de falso encanto? ¿Lo estaría obligando alguien a buscar el bastón? ¿Sería su hermano tan listo como para no dejarse engañar por seres agradables con un interior podrido?

—Me hace gracia que penséis que podéis vencer a los Nian con tan solo puñetazos, llaves y patadas. Ellos no son humanos, están mucho más allá que eso. Tienen garras y dientes. Os podrían arrancar los brazos de un bocado. No dejarán que los toquéis siquiera. Si queréis vencerlos tendréis que espabilar y saber que lucháis contra algo muy superior.

Norman se estremeció de nuevo: no quería sentir ese dolor nunca. Si le arrancaban un brazo o una pierna sufriría como si fuese real.

—Yo me refería más bien a que sus conocimientos de lucha son útiles. No importa si no usa llaves, puñetazos, o patadas. El kárate mejora los reflejos y la calma en situaciones difíciles. —Lo defendió Nadeshiko—. Sobre todo si se ha enfrentado a alguien antes. ¿Has peleado alguna vez?

El chico la miró agradecido. Normalmente él era el defensor de la muchacha, pero venía bien saber que había alguien apoyándolo en los buenos y malos momentos.

Norman pensó.

—Sí, peleé un par de veces con los matones del colegio. Tommy siempre ha sido el empollón de turno, ¿sabes? Él es guapo, sí, pero su físico no juega a su favor, al contrario que conmigo. Al ser tan tímido y estudioso es la envidia de muchos imbéciles. No suelo llegar a los puños con los que lo ofenden, pero había otros que se pasaban de la ralla...

—Y las palabras no eran suficiente —terminó la joven como si supiese lo que iba a decir.

—Exacto. Sentía como si me ofendiesen a mí. Parece de locos, pero me costaba controlar mis actos.

—Es el instinto defensivo. Te sientes tan enfadado que lo ves todo como en una película.

—Como si el que peleara no fuera yo.

—Lo que importa de esta conversación —interrumpió Daminna cambiando de tema—, es que al menos tienes una base. Pero no te confíes.

»Ahora busquemos un refugio: el cielo está oscureciéndose. Huelo a tormenta.

En efecto, el cielo cubierto de nubes grises no presagiaba otra cosa.

Se pusieron manos a la obra y no tardaron en encontrar una pequeña cueva deshabitada. La entrada era estrecha, el interior, oscuro y apretado. Estaba oculta entre hierba que caía como una cortina sobre la abertura, así que localizarla fue simple casualidad.

—No sé si cabremos todos aquí dentro —dijo Norman mientras miraba el interior.

La hierba calló sobre sus hombros y le hizo cosquillas en la nuca. Se la quitó de encima con la mano, y pasó dentro.

—Sí, definitivamente es demasiado estrecho.

—Bueno, siempre podemos intentarlo —concluyó Daminna—. No creo que tengamos tiempo de buscar otra cosa.

Entró en la cueva seguida de Turar y Nadeshiko, y se apretujaron los unos contra los otros.

—Vaya, sí que cabíamos todos. —Se carcajeó Nadeshiko.

Si alguno de ellos hubiese tenido claustrofobia habría chillado y forcejeado, pero esta vez la suerte les acompañó y el frío fue una ayuda. No era agobiante, sino agradable. Norman cogió a Nadeshiko de la cintura para pegarse más a ella, mientras que Turar y Daminna no dejaron entre ellos ni un centímetro de espacio; el interior no se lo permitía.

El chico no podía escapar del contacto de la joven esta vez, pero no le importó, ya que no se sentía desnudo emocionalmente habiendo más gente a su alrededor. ¡Podía disfrutar su calor y su perfume sin preocuparse! Era tan agradable que no dudaba de que se sentiría incompleto sin ella.

Fue el primer trueno lo que lo sacó de sus ensoñaciones, pero el olor a lluvia no alejó el de la chica, solo lo mermó.

Llovió tanto como el día en que montaron al Leviatán, solo que no estaba en el mar, y el riesgo era menor. Una vez pasara, saldrían de ahí y continuarían su camino con fuerzas renovadas. No sabían si se dirigían a su victoria, o a su propia tumba, pero eran conscientes de que no había marcha atrás.

Capítulo 14

Capítulo 14: Estrategia.

—Creo que ya es hora de partir. En un día he podido descansar suficiente. Te lo agradezco mucho, Suzette. No tenía ni idea de lo cansado que estaba hasta que me he despertado hoy. —Estiró los brazos y bostezó—. ¿Dónde has dormido tú? No te he visto en palacio ni una sola vez.

—Bueno, la verdad es que yo vivo en una casa más pequeña.

—¿Vives fuera del castillo? ¿Por qué?

La joven dríade se encogió de hombros.

—Siempre me ha gustado la independencia. Por otro lado, esta madrugada he estado buscando a Linna y Orión.

—¿Ellos son los amigos a los que querías ver el otro día?

—Sí. Estoy preocupada porque no sé dónde encontrarlos. He preguntado en el pueblo y todos coinciden en que salieron ayer justo antes de que llegáramos.

—Quizás se han ido a detener a los elfos oscuros.

—O eso, o han salido a reclutar Drafis.

—¿Drafis? —preguntó Tommy.

Frunció la nariz extrañado por el nombre.

—Son unos seres que nunca fueron a tu planeta. Los pájaros más veloces y buenos que podrás encontrar en toda Rahagistián.

—Me los imagino como flechas aladas.

—No vas desencaminado. Sus cuerpos son muy finos y elegantes. Eso no quita que sean grandiosos, claro. —Suspiró tan fuerte que sus hombros bajaron en señal de cansancio—. Me habría gustado verlos antes de irme, ¿sabes? Pero parece que tendré que dejarlos una vez más.

Tommy sintió culpabilidad por su impaciencia, pero se les acababa el tiempo y debía avisar a su abuelo de la gran catástrofe que se

avecinaba.

—No pongas esa cara. Te lo prometí.

La dríade se acercó a él y cogió sus manos mientras lo miraba fijamente: hielo contra hielo que al cruzarse se volvía más cálido que frío. Luego lo abrazó con todas sus fuerzas haciendo que Tommy se sonrojara hasta las orejas.

Cuando el abrazo cesó, el joven lo lamentó.

—Despidámonos de mi madre. —Sonrió la dríade.

Ambos cogieron sus bolsas con comida y salieron hacia los pasillos de madera pulida: al igual que las ventanas, el interior no parecía construido, sino formado por el propio árbol a voluntad. De nuevo comprendió que era el bosque el que escogía dónde formar el palacio y cada casa, así como quién vivía en su interior. Eso sí, la decoración de los pasillos corría a cuenta de las dríades, las cuales tenían muy buen gusto.

A lo largo de las paredes había dibujos brillantes que imitaban el recorrido del viento o el fluir de la vida. A veces algún espejo con forma de gota aparecía al girar la esquina. En el interior de las habitaciones había estanterías con libros y camas con edredones hechos de hojas y flores. No había escaleras allí, sino cuestas que subían en forma de espiral, o bajaban del mismo modo. Tommy supo que, de no haber estado Suzette con él, habría encontrado el camino a la sala del trono igualmente, porque todos los pasillos guiaban hacia allí. ¡Era imposible perderse pese a la grandiosidad del palacio!

La sala del trono era circular, y tenía columnas de madera a lo largo de toda la pared. Éstas estaban rodeadas de flores blancas que nacían del suelo y se enrollaban por ellas hasta llegar al techo, también cubierto por flores blancas. El trono no estaba cubierto de las mismas flores, sino de otras aún más bonitas de color verde agua que resplandecían con luz propia. La habitación era natural y hermosa en su totalidad. Tommy no cambiaría nada, porque volvía a sentirse como algo imperfecto en medio de toda esa perfección.

—¿Os vais ya? —inquirió la reina Ella al verlos entrar.

Suzette asintió.

—No podemos detenernos. ¡El futuro está en nuestras manos!

Ella resopló y se levantó del trono. Se dirigió hacia ellos con paso

firme arrastrando su vestido de flores por el suelo.

—Hija mía, ten muchísimo cuidado. —Agarró a la joven de los hombros y la observó durante unos segundos, como si estuviese grabando su cara para siempre—. Eres la única princesa que hay y que habrá. De ti dependerá este pueblo algún día. Sé que suelo confiar en tu poder pero... ¡¿Qué voy a hacer?! Soy tu madre. Si no me preocupara, no te querría.

—Oh, mamá, no pienses que va a pasarme algo. Siempre vuelvo, y seguiré haciéndolo durante muchos años.

Se fundieron en un abrazo cálido y largo plagado de recuerdos y palabras que no podían expresarse de otra forma.

Al separarse, Ella clavó su vista en Tommy.

—Al igual que confío en mi hija, también confío en ti. Harás las elecciones correctas porque eres inteligente y sabes creer con el corazón.

Señaló su pecho con el dedo.

—Sé que en tu interior crees que estás haciendo lo correcto —continuó—. Y sé que protegerás a mi hija tanto como ella te protegerá a ti: estáis destinados.

El vello del joven se erizó al escucharla.

No estaba seguro de lo que quería decir.

¿Que estaban destinados? ¿En qué sentido? ¿Por qué? ¿Acaso la reina podía ver un futuro que él ignoraba?

—¿Destinados? —repitió el muchacho sin entender.

—Mamá, no le digas esas cosas. Creo que lo estás asustando.

Ella sonrió de forma inocente, cogió a Tommy de los hombros, y lo abrazó.

—Solo tienes que aprender a ver en tu interior. —Le susurró Ella al oído.

Un nuevo escalofrío recorrió el cuerpo del chico.

—Te echaré de menos, mamá.

Las alas de Suzette vibraron.

—Solo te pido que vuelvas, hija mía.

Se dieron un último abrazo, se dijeron «te quiero», y se dieron la espalda con lágrimas en los ojos.

—No llores Suzette, no es para siemp... —empezó a decir el adolescente.

La dríade lo agarró de la cintura interrumpiéndolo, y voló tan alto como pudo en el cielo azul.

Tommy, que no se lo esperaba, gritó.

El viento y los matorrales estaban de parte de Norman y Nadeshiko: los ocultaban por completo, y su olor no llegaría antes de tiempo a los hocicos de los Nian.

De lejos el palacio no parecía muy bello, pero ahora, delante de él, pudieron contemplar su grandiosidad: Las puertas fabricadas de madera se alzaban ante ellos mostrando unos preciosos diamantes rojos incrustados. La piedra del castillo era más negra que una noche sin estrellas, tan siniestra que no parecía un palacio en el que quisieran adentrarse. Las ventanas, la mitad de grandes que las puertas, estaban protegidas con capas y capas de ramas que caían de la montaña, y las torres se alzaban más arriba, casi en la cima de ésta. Norman lo estudió con respeto hasta comprender que, en efecto, ese palacio no era uno cualquiera; era uno construido con el fin de proteger innumerables tesoros.

Parecía inexpugnable con los Nian andando de un lado a otro, olisqueando en el aire y exhibiendo los colmillos. Aunque no había muralla alguna que lo protegiera, la roca desprendía vida propia, cosa que Norman no pudo entender. Quizás era por la energía del Selin o los hechizos de protección, pero habría preferido entrar en cualquier otro palacio. Daba la sensación de que en su interior no había más que muerte.

Sintió a Daminna estremecerse a su lado. ¿O se lo había imaginado?

No estaba seguro, pero fue suficiente para insuflarle miedo a su corazón: ella nunca se asustaba. Era la más valiente de los cuatro. Si el palacio le imponía era porque había algo muy serio a lo que temer. Algo

que pondría sus vidas en juego más de una vez.

—Creo que he cambiado de idea sobre lo de entrar ahí. —A Nadeshiko le tembló la voz.

—Es demasiado tarde para cambiar de idea, chica. Estamos aquí después de tanto camino, y aquí moriremos si hace falta.

—No la ayudas —regañó Norman.

Él también tenía miedo, pero era consciente de que no había marcha atrás. Si tenía que entrar, entraría, y haría todo lo posible por no hacerlo solo.

Daminna suspiró.

—Nadeshiko, no voy a decirte que no tengas miedo, porque el miedo te enseña a no subestimar al enemigo. Pero espero que te tranquilice saber que nosotros lucharemos con vosotros.

—¿Cómo?! —Se sorprendió.

Dio un pequeño chillido que no llegó a odios de los Nian, por fortuna, y clavó su oscura mirada en la roja de ella.

—Pues eso, que entraremos con vosotros. Os necesitamos, no queremos vuestra muerte, y nadie dice que no podamos entrar a palacio. Lo único que ocurrirá es que la última prueba solo podréis superarla vosotros. Mientras tanto lucharemos a vuestro lado.

—Es un gran sacrificio por vuestra parte —reconoció Norman a los dos elfos.

Turar lo miró, pero no dijo nada. Daminna se encogió de hombros.

—Es nuestro mundo. Sabemos más de él que vosotros. Nadeshiko es una sabelotodo. —Dio un golpe cariñoso a la joven tras la cabeza, y rieron juntas—. Pero vive en la Tierra.

—Aunque entréis con nosotros necesitaremos un plan.

Norman cogió un palo del suelo, se puso en cuclillas, y dibujó un círculo en la tierra.

—Éste es el castillo. Hay cuatro Nian colocados aquí. —Hizo cuatro redondeles pequeños frente al círculo del castillo—. Nosotros estamos aquí. —Raspó la tierra—. Y solo hay una entrada, así que no nos queda

otra opción que no sea matar a las bestias.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal.

—Eso es evidente, para algo están aquí. Ellos quieren matarnos, y nosotros queremos entrar. Si alguien quiere matarte, es mejor que lo mates antes, ¿me equivoco? —dijo la elfa.

—Aunque tengamos que matarlos necesitamos un plan —comentó la joven japonesa.

Parecía nerviosa. A pesar de no decirlo no paraba de golpear el suelo con el pie, y no cesaba de tocarse el pelo y el vestido de lazos una vez tras otra.

—No veo muchas soluciones. Hay cuatro criaturas para cada uno de nosotros.

—No digas tonterías, muchacho. Turar y yo podemos con tres, y espero que vosotros podáis con uno, porque cuatro para nosotros es demasiado.

—¿Y si se dividen y vienen todos a por nosotros?

—Eso no ocurrirá, porque nosotros vamos a atraerlos antes. Ese será el plan: Turar y yo iremos por la derecha haciendo mucho ruido para alejarlos de vuestro lado. Lo más seguro es que uno de ellos se quede vigilando la puerta. Aquel de allí. —Señaló a un Nian tumbado frente a la entrada, con las patas delanteras cruzadas y la cabeza sobre ellas—. Será todo vuestro.

—Pero, ¿y las armas? —preguntó Nadeshiko.

—Anda, es verdad. Ni siquiera se me había ocurrido. —Se reprendió Norman a sí mismo.

—Claro, las armas.

La pálida mujer rebuscó en su bolsa de cuero y sacó dos dagas. Parecían afiladas y mortíferas, pero no eran muy bonitas. No había diamantes en las empuñaduras, ni oro, ni plata. Solo un dibujo con forma de serpiente que subía hasta encontrarse con el hierro. Norman, al coger la suya, notó que era muy manejable. Se sintió emocionado frente al poder que le confería la daga: el poder de matar.

—¿Por qué no espadas? —inquirió la joven.

Daminna la miró divertida.

—¿Espadas?! ¿Para un humano que nunca ha usado una?

—He usado katanas toda mi vida. Mi abuela me enseñó.

—No sé lo que son las katanas, pero estoy segura de que pesarán menos que esto.

Le tendió su propia espada para que la cogiera, y así lo hizo. Agarró su empuñadura con firmeza y mantuvo el arma arriba, con decisión. Lanzó un mandoble al aire que dejó a la mujer elfo impresionada.

—No dejas de sorprenderme.

—Soy una caja de sorpresas —respondió Nadeshiko con ironía—. Ahora quiero mi espada.

—Te la daría si la tuviéramos, pero solo tenemos estas. —Posó su mano en la barbilla, como si estuviese pensando—. Sin embargo... coge la daga de Norman, es más larga.

Nadeshiko miró al muchacho esperando su aprobación.

—¿Vais a quitarme la daga grande para dársela a ella? —Se la tendió inconforme—. ¿Vais a dejarme desprotegido?

La muchacha pareció satisfecha al tenerla entre sus manos.

—De eso nada, te vamos a dar una más grande.

Daminna cogió una daga con el mismo diseño que la anterior, pero mayor, y se la soltó de golpe en las manos. Ésta pesaba más que la otra, pero no dejaba de ser manejable.

Nadeshiko lanzó una mirada fiera a la elfa, pero no dijo nada más. A esa altura los nervios estaban a flor de piel, así que cualquier comentario podía acabar en pelea.

—Estad preparados, ¿queréis? Esas cosas comen carne, y no quiero que la próxima que mastiquen sea la vuestra —concluyó la mujer.

Dejó su bolsa frente a ellos para ir sin peso, se dio media vuelta, y se alejó moviendo las caderas.

Los dos adolescentes se miraron con el corazón a mil, notando la adrenalina corriendo por sus venas, y asintieron.

Capítulo 15

Capítulo 15: La primera prueba.

—¿Te has vuelto loca?! —gritó Tommy, nervioso—. ¡Casi me muero del susto! Por favor, la próxima vez que vayas a cogerme para echar a volar, avísame. No estoy acostumbrado a esto.

—Lo siento mucho, es que no quería que me vieras llorar. Además, gracias e eso hemos llegado a la Puerta, ¿no? Según recuerdo salisteis de aquí.

—Sí, todavía huele a muerte. —Hizo una mueca de asco—. Parece que algunos elfos no tienen familiares que los recojan.

Dio un pequeño puntapié a una cabeza medio descompuesta que rodó por el suelo. Al hacerlo, chocó contra el cuerpo muerto de un elfo oscuro.

—Comida para el bosque —comentó Suzette.

Que sonriera en ese momento solo hacía desconfiar más a Tommy. ¿Cómo podía decir que los muertos eran comida para el bosque con toda naturalidad?

—No me mires así, ¿acaso no es verdad?

—Esas frases tan siniestras no son típicas de ti. Estás triste, se nota.

—Porque estoy cansada de ir a un lado y a otro sin parar. Ser una princesa poderosa es más duro de lo que crees.

Tommy sorteó un cadáver para colocarse frente a ella, la cogió de las manos y le sonrió con la intención de animarla.

—No eres solo una princesa poderosa, para algunos eres su mundo. Fíjate en tu madre, ¿qué haría ella sin ti? Y yo, ¿qué haría? ¿Qué habría pasado si los elfos me hubiesen capturado? Eres mucho más importante de lo que crees.

La muchacha se sonrojó tan levemente que Tommy pensó haberlo imaginado.

—Tienes razón, pero eso añade aún más responsabilidad a mis espaldas. Mi madre moriría de pena si yo muriese, tu mundo estará

condenado si fallo. Todo eso no hace más que aumentar mi tristeza.

—Podrás estar triste si pasa algo así, pero debes estar feliz por haber llegado hasta aquí viva. No pienses en lo malo que puede pasar, sino en que todo saldrá bien. —Apretó sus manos más fuerte, y se separó de ella—. Y ahora me gustaría saber cuál es tu versión.

—¿Mi versión de qué?

—Tu versión de para qué quieres el Selin. Aún no sé en quién confiar.

—¿Me has hecho traerte hasta aquí para poder volver a tu Tierra y no regresar nunca si no te convenzo?! —Suzette chilló fuera de quicio.

El joven retrocedió un paso intimidado por su poder. Había visto lo que hizo a los elfos. Cómo los ahuyentó y los quemó.

—No he dicho que quiera regresar a la Tierra para no volver, he dicho que quiero saber tu versión. Aún no me has contado para qué quieres el Selin, y Daminna me aseguró que lo necesitabas para volver visible a la Puerta.

Era evidente que no la veía, sino la habría mirado al menos una vez.

La Puerta seguía siendo grandiosa con ese mármol blanco y el árbol tenebroso labrado en ella. Resplandecía como la primera vez que la vio, solo que esta vez no estaba cerrada, sino abierta.

—Pues Daminna te mintió —dijo de forma brusca. Sus alas vibraban de furia cada vez que hablaba de esa mujer—. El Selin, como ya sabes, es la clave para colonizar el planeta Tierra. Una bruja la conjuró para que alguien con sangre humana pudiese manejarlo...

—Eso también lo sé.

—¿Y eres consciente de que el rey de los elfos es mitad hombre lobo y mitad elfo?

—También lo sé. Pero tú eres mitad humana y mitad dríade. Igual de peligrosa.

—Solo que con una diferencia: yo quiero el bastón para salvar tu Tierra, mientras que los elfos lo quieren para conquistarla.

—Qué casualidad. Daminna me contó lo mismo. Me dijo que tú lo quieres para conquistar la Tierra, y que ellos lo necesitan para que el rey

de los elfos lo vuelva a esconder en un sitio seguro.

—Pero esa es la mentira, ¿no te das cuenta? Piensa Tommy, ¡piensa! Si los Drafis, que son seres bondadosos como nosotros, nos ayudan, y no fueron a la Tierra por su bondad, será porque confían en nosotros.

—Vosotros fuisteis a la Tierra. Si no lo hubieseis hecho no os conoceríamos allí.

—¡Pero no hicimos nada malo! ¡Fuimos allí para protegeros! ¿Acaso vuestras leyendas hablan de nosotros como seres malignos?

—Mmmm... la verdad es que no.

—Pero sí hablan mal de los elfos oscuros.

—Sí.

Vaya, la lógica de la muchacha era aplastante. No podía negar las pruebas que le daba, porque eran ciertas.

—¿Entonces, qué más quieres?

Tommy tenía la cabeza hecha un completo lío. Las palabras de la mujer elfa se revolvían en su cabeza, pero lo mismo pasaba con las palabras de Suzette, y éstas empezaban a prevalecer sobre las otras.

Se agarró la cabeza con ambas manos, y cerró los ojos fuerte.

—El hombre nauseabundo, el humano que nos trajo aquí, insistió en que teníamos que entrar en la Puerta antes de que llegase el amanecer, ¿por qué?

En su momento no le había dado importancia, pero ahora reflexionó en lo extraño que fue. Además, al cruzar la Puerta un elfo oscuro gritó que tenían que darse prisa porque pronto llegaría el amanecer. Y luego estaba ese otro elfo rubio que les rogó que volvieran por donde habían venido.

—Porque vuestro humano, de un modo u otro, contactó con los elfos oscuros y lo planearon todo.

—Si eso fuera verdad, entonces los elfos de la luz vinieron a detenernos y los elfos oscuros los mataron. No es cuestión de equilibrio, como dijo Daminna.

—Por eso teníais que venir antes del amanecer. No sé si lo sabrás, pero los elfos de la luz cogen su poder, como su propio nombre indica, de la luz, mientras que los elfos oscuros cogen su poder de la oscuridad. ¡Ellos son más poderosos de noche!

Se miraron largamente.

Habían llegado a esa conclusión en cuestión de segundos, y era la única que explicaba lo que había ocurrido cuando llegaron a Rahagistián.

A Tommy le costaba incluso respirar por la responsabilidad con la que acarreaba. Ahora se daba cuenta de que, en efecto, la salvación de la Tierra estaba en sus manos: él era el elegido.

—Y la voz me dijo al llegar a Rahagistián: «Bienvenido, Fantasioso. »

Suzette lo miró sin comprender.

—¡Fantasiosos son los humanos que salvarán la Tierra cuando el caos se vuelva a desatar! ¿No lo entiendes?

Se carcajeó como un loco.

En su mente encontró la verdad, la luz que tanto tiempo llevaba buscando y no detectaba. Tal y como había dicho Ella, la respuesta estaba en su interior, solo que no se había molestado en buscarla. Estaba ahí, como piezas de un puzle sin juntar. Piezas que, por fin, formaban una unidad lógica que daba explicación a todas sus preguntas.

Él era el elegido. El Fantasioso que salvaría su planeta. El Fantasioso que avisaría a los demás Fantasiosos para que se pusieran en marcha contra el mal. Suzette era la chica que decía la verdad. La que quería salvar al mundo de las manos del rey elfo.

Por otro lado estaba ese sueño que tuvo hacía semanas donde aparecía un dragón chino surcando los cielos con un rey loco en su lomo, Norman, Nadeshiko y él atados, sin poder hacer nada.

—¡Mirad! —había gritado el elfo con voz gutural—. ¡Ellos son los culpables de todo esto! ¡Observad, chicos, observad lo que habéis desencadenado!

Daminna y Turar les habían mentado igual que hizo el hombre nauseabundo. Norman y Nadeshiko aún estaban cooperando con el enemigo sin saberlo, pensando que estaban haciendo el bien. Recuperando el Selin para el enemigo. Condenando a su propio planeta

inconscientemente.

—A ver si me entero. —Suzette volaba como una loca en círculos—. Un hombre nauseabundo contactó con los elfos, trazó un plan, os engañó para entrar aquí en medio de una lucha, los elfos os manipularon para conseguir el Selin y poder colonizar el planeta Tierra, pero por suerte yo te encontré, y ahora todas las mentiras han salido a la luz.

Tommy asintió repetidamente, como una máquina que no sabe hacer otra cosa. Tenía la garganta seca por la adrenalina, los ojos muy abiertos y la cara más pálida de lo normal.

—Sí. Lo malo es que Norman y Nadeshiko aún creen que están haciendo el bien. Aún creen que esto no es más que un juego, que los elfos oscuros son los buenos, y que cuando consigan el Selin el rey elfo lo esconderá, cuando lo que hará será destruir lo que más quieren.

—Y probablemente los matarán porque ya no les servirán de nada.

—Seguro que los matan. ¡Son los únicos que pueden cerrar la Puerta! Dios mío, Suzette, mi hermano y Nadeshiko van directos hacia su propia tumba.

—Y ni siquiera son conscientes de ello.

Se miraron con los rostros descompuestos durante unos segundos, hasta que al fin Tommy reaccionó.

—Tengo que volver, ¡no puedo perder más tiempo! Suzette, prepara un Drafi, ¿entendido? Cuando llegue tenemos que detenerlos. —Tragó de forma sonora mientras se dirigía a la Puerta—. Espero llegar a tiempo.

La dríade asintió.

—Aquí estaré, Tommy, esperándote. Ahora corre a avisar a tu abuelo el Fantasioso.

Los Nian levantaron las cabezas y miraron directamente hacia la derecha. Uno de ellos rugió amenazador, pero ninguno corrió, sino que anduvieron tranquilos, ya que estaban seguros de poder eliminar al intruso sin mucho esfuerzo.

«Qué equivocados están », pensó Norman.

Cuando los tres leones estuvieron cerca de los matorrales, Daminna y Turar salieron rugiendo como auténticos animales, igual que ángeles de la muerte. Esta vez sí, los Nian corrieron hacia ellos y saltaron con todas sus fuerzas, pero los elfos se apartaron con una agilidad sorprendente, semejante a la de una pantera.

—¡Vamos! —gritó Norman.

Salió junto a Nadeshiko de su escondite y se precipitaron sobre el león tumbado. Éste bufó, se levantó con pereza y los miró a los ojos. Se apoyó sobre las dos patas traseras mostrando sus gigantescas garras, y después les enseñó los dientes.

Estaba claro por qué habían elegido a esos monstruos; por su ferocidad, su valentía y su capacidad para obedecer. El chico no sabía por qué, pero seguía viendo en él algo de sumisión.

«Obedecen solo a la bruja que los puso aquí. »

Esa era una explicación razonable.

—¡Ve por la derecha! —gritó el joven.

Nadeshiko obedeció y empezaron a acorralarlo. Sin embargo el Nian no los dejó acercarse. Lanzaba zarpazos a un lado y a otro. Con cada uno de ellos sonaba un «shaa» parecido al sonido de un latigazo al aire. A veces incluso rozaron la cabellera de la chica. No obstante ésta no se dejó intimidar. Siguió esquivando igual que una verdadera experta.

Norman se sintió inútil a su lado. Sintió que sus tres años de karate no eran nada, ni el esfuerzo que había invertido en ellos. Esa chica se movía como una vampiresa de película de terror, de esas que no se ven al moverse y cuando menos lo esperas te clavan el diente, solo que Nadeshiko era muchísimo más sexy y el vestido no parecía estorbarle. No necesitaba mallas para sentirse más cómoda, ni recogerse el pelo en una coleta, porque todo ella era mortífero y perfecto. Cuando la veía solo podía pensar que había nacido para ese momento. Eso, y que no desearía nunca pelearse con ella.

Estaba tan hipnotizado que apenas se dio cuenta de que la zarpa del Nian se dirigía hacia su propia cabeza. No fue capaz de deshacerse de tales pensamientos hasta que escuchó el «shaa» junto a su oreja, tan cerca que pudo oler a muerte, a despedida, a miedo y a peligro. Olió las hojas incrustadas en las zarpas del león tras horas de guardia frente a la puerta del Palacio Imposible, los restos de sangre del almuerzo de las bestias, la tierra húmeda de la lluvia de la noche anterior y, sobre todo,

olió el poder de esas uñas asesinas. Las uñas que le rajarían el cuello antes de su siguiente inhalación.

Nadeshiko gritó, y fue como si la imagen se congelase en la cabeza de Norman.

Se vio desde fuera, como en una especie de película en blanco y negro. En ella la joven japonesa había dejado de luchar, y el león tenía las fauces abiertas y la cara descompuesta por la furia. El hocico retraído para mostrar los dientes, y los ojos llenos de odio. Norman estaba quieto con los brazos cayendo a ambos lados de su cuerpo, el puñal en la mano derecha, sus ojos muy abiertos en señal de que pasaban muchas soluciones por su cabeza, pero ninguna lo suficientemente rápida como para llevarla a cabo. Solo veía su perdición alargándose sin remedio. ¿O quizás no? A lo mejor ese extraño fenómeno era la forma que el universo tenía de darle una oportunidad, y él la estaba desperdiciando.

Solo le dio tiempo a agacharse antes de que la imagen se descongelara y él volviera a ser él de nuevo, la pausa, el pasado, y el mundo volviera a pintarse de colores.

La zarpa paso sobre su cabeza y comprendió que el kenpo le había salvado la vida. Nadeshiko tenía razón. Con los Nian no funcionarían las llaves, ni las patadas, ni los puños, pero sí los reflejos y la calma.

Ya no se sintió tan inútil junto a su compañera, al contrario. Lanzó una estocada con el puñal a la frente del león, alcanzándola con una precisión increíble, pero esto no hizo más que enfadarlo. Se abalanzó hacia su yugular, y Nadeshiko saltó en el aire y le propinó una patada en la cabeza tan fuerte que lo desvió de su trayectoria.

La criatura los miró con firmeza a pesar de su cara ensangrentada, y volvió a la carga con nuevas fuerzas. Saltó hacia la joven y la golpeó con todo su peso tirándola al suelo. Al impacto, la tierra se levantó creando una cortina alrededor de la muchacha, que tosió dos veces. El león rugió con alegría y miró a la chica desde arriba, victorioso.

Norman saltó sobre su lomo y le tiró del pelo, pero el Nian se lo quitó de encima con una sacudida. Levantó una zarpa para atacar a su presa ahora indefensa, ya que la daga había salido volando al caer, y descendió sobre ella a la velocidad de la luz. Sorprendentemente las uñas del león se quedaron enganchadas en la tierra, donde antes estaba tendida Nadeshiko.

El joven, también tirado en el suelo, pestañeó por la confusión.

¡Por un momento creyó que sería la última vez que la vería viva! No le había dado tiempo a levantarse antes de que la zarpa de la bestia

descendiera, pero sí le había dado tiempo a asustarse.

Se dio cuenta de que no estaba respirando. Solo lo hizo cuando Nadeshiko apareció como un rayo junto al león confundido, y le clavó la daga en el punto exacto donde debía tener el corazón.

El Nian bufó aún con las fauces abiertas, se mantuvo de pie durante dos segundos que parecieron eternos, y luego sus ojos se apagaron y cayó al suelo inerte.

—Tú... tú... —titubeó, el adolescente, incapaz de comprender lo que acababa de pasar—. Por un momento creí que ibas a morir. ¿Cómo has desaparecido? No lo puedo entender.

La chica se mostró satisfecha de su trabajo, se agachó junto al león y le susurró algo al oído. A continuación se acercó a Norman.

—Ni siquiera tenía cuatro años cuando empezaron a enseñarme a luchar.

Estaba guapísima. El sudor en la frente le confería un aspecto salvaje, primitivo. Su pelo siempre liso le caía a ambos lados de la cara y hacía juego con el barro y la sangre mezclados en su vestido. Era increíble lo mucho que le gustaba esa chica. Lo mucho que podía asustarse por su seguridad y preocuparse por su estado.

Esa tarde los dos estuvieron a punto de morir, pero ambos lo manifestaron de formas distintas: ella gritó y él casi se desmayó. Lo que estaba claro era que, ahí, en ese mismo minuto, los dos querían lanzarse en los brazos del otro para celebrar que estaban vivos, que aún había esperanza para ellos en un futuro.

Ninguno lo hizo.

—¡Eh, chicos! ¿Estáis bien?

Daminna llegó corriendo como una exhalación.

Ella también sudaba, respiraba de forma agitada, pero su mirada expresaba la tranquilidad de un mar sin olas.

—Escuché un grito, pero esos Nian no me dejaban mirar. —Apartó un mechón de pelo negro de su frente—. Eran muy duros, incluso Turar ha tenido que esforzarse. Este palacio está muy bien protegido, sí señor.

—Nunca pensé que diría esto, pero me he divertido a pesar del

miedo.

La mujer elfo se carcajeó.

—¡Sí! ¡Así se habla! No tienes que ver la lucha como algo malo.

—Bueno, tanto como para eso... que me haya divertido no quiere decir que lo vea como algo bueno. Lo evitaré siempre que pueda.

—¡Bah! ¡No digas eso! Al fin y al cabo es como hacer deporte, ¿no crees? Sudas, te alegras y te relajas.

—Sudas, sí. Te relajas, también. Pero alegrarte...

—¡Claro que sí! —lo interrumpió la mujer—. ¿Acaso no estás feliz de estar vivo?

—Sí. ¡Claro que lo estoy!

—¡Entonces no hay más que hablar! —Rió Daminna.

Era cierto, estaba feliz de seguir vivo, pero seguía echando de menos a Tommy. ¿Qué habría hecho él en su situación? ¿Qué estaría haciendo ahora?

Estudió la gran puerta del Palacio Imposible con nostalgia, y se preparó para enfrentarse a la siguiente prueba pensando en que, cuanto antes consiguiera el Selin, antes salvaría a su hermano de las garras del ser del bosque.

Capítulo 16

Capítulo 16: El mejor mundo.

La Puerta escupió a Tommy con brutalidad, como si no lo quisiera en Rahagistián. Parecía gritarle que su sitio estaba ahí, con los humanos, no al otro lado, repleto de seres de fantasía y árboles kilométricos. Tommy no tuvo tan claro cuál era su sitio al ser escupido en ese sótano nauseabundo con olor a huevo podrido.

¿Cómo no se había dado cuenta antes de que la Puerta era real? ¿Cómo había creído que la tecnología llegaría a algo así? Había sido un inconsciente dejándose convencer por un desconocido. Y eso que sus padres siempre le decían que no se fiara de nadie, mucho menos de gente así.

Mareado por el cambio de mundos, avanzó de puntillas hasta las escaleras de caracol, y las subió sin hacer el más mínimo ruido.

Si el hombre nauseabundo descubría que él sabía la verdad, lo encerraría ahí abajo y sería el primero en morir a manos de los elfos o los demonios. Quizás a manos de los ogros o de algún minotauro. Para ser sincero; no le apetecía descubrirlo, así que continuó ascendiendo y, cuando llegó a la trampilla que daba al salón, se quedó escuchando unos minutos. Por fortuna no oyó nada y abrió la puertecita con mucho cuidado.

Estudió cada rincón del salón concienzudamente.

Todo estaba tal y como lo habían dejado al irse: la misma cocina, el mismo sofá, la misma alfombra manchada, los mismos cacharros limpios apelotonados en una esquina...

No lo pensó más. Abrió la trampilla sin hacer ruido, la cerró con manos temblorosas y puso la alfombra en su sitio. Salió corriendo de la cabaña como alma que lleva al diablo y quiso coger su bicicleta para no perder tiempo. Pensó que quizás el hombre nauseabundo lo notaría, así que optó por correr entre los árboles del bosque para que nadie lo viera desde la carretera.

La responsabilidad que acarreaba ser el elegido era demasiado grande. El mundo entero estaba en sus manos. Sus padres, su abuelo, sus profesores, todos sus amigos y compañeros, los hijos de sus vecinos, las chicas guapas que lo miraban pero nunca le decían nada... dependían de él para vivir un futuro. No podía decepcionarles, porque él también soñaba con un futuro. Quizás ser médico, comprar la tienda de relojes que tanto le gustaba, o explorar el mundo entero. Casarse, tener dos o tres hijos,

conocer a sus nietos y cuidar a sus padres hasta el final.

Se sorprendió a sí mismo pensando tanto en sus padres. Normalmente le preocupaba más el abuelo, ya que los había criado, pero nunca había pensado en el esfuerzo que hacían sus padres día a día para darles una buena vida. Gracias a ellos estudiaban, comían tanto como querían y no les faltaba nunca de nada. Nadie podía decir que estaban faltos de amor. Era cierto que les gustaría pasar más tiempo en familia, sí, pero nunca habían estado necesitados.

El recorrido por el bosque se hizo eterno. Reflexionó sobre lo mucho que echaba de menos el olor de Inglaterra, sus paisajes, su cielo azul y su clima tan familiar. Sus árboles, su tierra, sus pájaros y sus casas. Escuchó los ladridos de los perros como si fuese algo nuevo. Algo que podía significar ruido para algunos, pero que para él significaba hogar. Observó a las familias reunidas para la cena a través de las ventanas abiertas, a los hermanos peleando por un juguete en sus cuartos y a las parejas abrazadas frente a la chimenea. Ellos eran humanos, como él. Eran normales y tenían preocupaciones normales como qué hacer de comer al día siguiente.

Se empapó de todas esas sensaciones una y otra vez, y descubrió que le encantaban. No querría vivir en ningún otro mundo. Pese a la perfección del pueblo de las dríades, la belleza de los árboles luminosos, no había otro lugar donde pudiera sentirse como en casa, solo allí.

Cuando al fin estuvo en la puerta de su mansión, el corazón le iba a mil y le costaba respirar. No solo por la carrera, sino por la ilusión que lo abrumaba.

La añoranza que había sentido por ese sitio le llenó los ojos de lágrimas.

Entró por la puerta trasera con la llave escondida en uno de los pinos de la entrada, y se escaqueó hacia el cuarto de su abuelo como cuando era pequeño y sus padres le regañaban. Entonces él lo consolaba acariciándole la cabeza y nada parecía tan malo.

Tragó fuerte antes de tocar, porque no sabía lo que decir.

«¡Hola, abuelo! Siento no haber sido sincero contigo, pero ahora no tengo tiempo para explicaciones. Norman y una compañera de clase están en peligro... bueno, en realidad toda la Tierra está en peligro porque lo que hizo Neon va a volver a repetirse. Yo soy el elegido y vengo a pedirte ayuda para que detengamos este nuevo caos. »

Sacudió la cabeza dos veces haciendo que su cabello cobre, ahora

más largo, se balanceara de un lado a otro.

Tenía que pensar otra cosa.

«Abuelo, lo siento. Mentirte era lo último que quería, lo juro. Antes de que digas nada me gustaría que supieras que los seres de Rahagistián van a destruir el mundo, y puede ocurrir en cualquier momento. Somos los únicos que pueden evitar la catástrofe. »

Volvió a sacudir la cabeza, indeciso. Se sentó en el suelo y se quedó ahí, mirando a la puerta como un tonto.

«Quizás me he dejado llevar demasiado, y el abuelo no puede solucionar nada. Quizás he perdido el tiempo viniendo aquí. A lo mejor el daño ya está hecho. »

Sintió ganas de llorar por la impotencia, pero no pudo porque la puerta de Brad se abrió de golpe y los ojos de éste interceptaron la desconsolada mirada del adolescente.

Se quedó helado en el sitio mientras el mundo se detenía a su alrededor y su abuelo sonreía como hacía cuando era pequeño y buscaba su consuelo. Tommy estuvo seguro de que la sabiduría de su abuelo era tanta que supo dónde estuvieron realmente sus nietos durante todo ese tiempo.

—Abuelo.

Se levantó de golpe con voz temblorosa.

—Hijo mío, ¿a qué viene esa cara tan larga? —Alargó su mano hacia él.

—No sé por dónde empezar —habló Tommy mientras aceptaba la ayuda para levantarse—. Ha pasado mucho en poco tiempo, te hemos mentido, te hemos preocupado como si fuésemos unos niños inmaduros...

—No te preocupes por eso —le interrumpió—. Puedes empezar por el principio.

—El principio fue la aparición de ese pelirrojo en la biblioteca del colegio.

—¿El pelirrojo del que me habló tu hermano?

—Sí. El que le enseñó el periódico para buscarle una aventura. Lo hizo para que Norman abandonara la rutina, pero, ¿tendría idea de las

consecuencias?

Brad negó lentamente.

—Seguro que no. —Miró a un lado y a otro, e hizo un gesto con la cabeza hacia la habitación—. Creo que deberíamos entrar. Os he cubierto para que no os regañen, y si te ven con estas pintas lo último que creerán es que habéis estado de excursión un mes.

—¡Un mes! ¡¿Llevamos fuera un mes?! —Casi gritó.

—No. Lleváis fuera tres semanas.

—Un momento, abuelo, ¿nos has cubierto sin saber dónde estábamos? —preguntó incapaz de creerlo.

Brad, sin dejar de sonreír, cogió a Tommy de la muñeca, lo metió en la habitación y cerró la puerta tras él.

Ahí dentro olía a colonia y frescor. Las sábanas estaban recién limpias, el escritorio impecable, no había ni una mota de polvo, y los libros estaban bien colocados en la estantería. El cuarto no era muy grande, pero el orden parecía aumentar su tamaño.

—Siéntate, hijo mío. Vamos a intercambiar experiencias.

Se sentó en el borde del colchón y le hizo un gesto con la mano para que lo acompañara.

—Cuéntame dónde has estado.

Tommy se lo contó todo con pelos y señales: le explicó cómo Norman lo había convencido en la tienda de los relojes para que lo acompañara a la aventura, cómo el hombre nauseabundo les había mentado, cómo los empujó por la Puerta. Le describió la guerra de los elfos, le contó las mentiras de Daminna, cómo habían llegado al refugio de elfos, su viaje en el Leviatán en medio de la tormenta, lo desagradecidos que habían sido Nadeshiko y Norman, su huída, cómo había descubierto que el juego no era un juego, sino algo real, la impresionante aparición de Suzette y su inmenso poder, la preciosidad del pueblo de las dríades, la verdad sobre Neon, sobre el bastón Selin y las palabras de Ella. Por último, le explicó cómo unió las piezas del puzle en su cabeza y descubrió que lo habían manipulado como a una marioneta.

—Y Norman cree que todo es un juego y que el rey de los elfos esconderá el Selin en vez de destruir nuestro planeta. Abuelo, ilos matarán cuando ya no les sirvan de nada! Quizás sea demasiado tarde

—concluyó.

Brad escuchó la historia sin interrumpir ni una sola vez. Cuando Tommy acabó, apoyó la barbilla en su mano derecha y miró a la estantería con fijeza.

—«Puerta hacia la Perdición» es real. Siempre lo he sabido.

—Entonces, ¿sabías dónde estábamos?

El hombre asintió.

Ya no sonreía. Ahora parecía más preocupado. Mas pensativo. Incluso había un reflejo de gravedad en su mirada.

—Lo sospechaba. Nada más leer la carta me cercioré de si era verdad, y cuando la madre de vuestro compañero me dijo que no estabais ahí, lo imaginé. —Resopló—. Vosotros nunca me habéis mentido, y Norman me contó lo del hombre pelirrojo, me preguntó sobre la historia... fue suficiente para imaginarme lo que estaba pasando. Busqué los periódicos de estos últimos días hasta que vi el anuncio de revivir la aventura de Neon. A partir de ahí tuve que inventarme que había dado mi consentimiento para un viaje de estudios.

—¡Oh, abuelo! Tenías que estar muy preocupado. Al cubrirnos te arriesgabas a pelearte con papá y con mamá.

Asintió de nuevo.

—Era un riesgo que había que asumir, hijo. Eras tú, o nadie.

—¿A qué te refieres con que era yo, o nadie?

Brad se movió incómodo en el colchón, cogió la mano de Tommy entre las suyas, y lo miró a los ojos. El chico notó la piel del hombre arrugada, pero firme. Estaba más cálida que la suya, más manchada y más seca.

—Me refiero a que estabas destinado a esto. Tu padre nunca te lo ha dicho, no sé si por miedo, o porque no se lo cree, pero yo sí creo en las historias que a mí me contó mi padre, y a mi padre su padre: por nuestras venas corre la sangre de Neon, Tommy. Él no desapareció nunca. Volvió a la Tierra después de ayudar a la bruja a crear el Selin. Se sentía tan culpable de haberla destruido una vez, que creó una familia aquí. Una familia destinada a enmendar el error que le arruinó la existencia.

—Una familia que guardaría la Tierra para siempre —dijo el joven.

Tragó de forma sonora.

En su boca la saliva se había hecho una pasta desagradable. Quería escupir, beber agua y volver a escupir, pero estaba tan impactado que dudaba de que sus piernas lo sujetaran al levantarse.

Él era el descendiente de Neon. Ese que enmendaría su error.

Ahora todo cobraba sentido. La historia de Ella dejaba claro que la culpabilidad era algo inherente a Neon, y éste solo había encontrado la solución de proteger la Tierra mediante futuros humanos. Fantasiosos que creyesen en la historia como suya. Fantasiosos como él mismo.

—Hemos tenido suerte —comentó el abuelo.

—¿Suerte?! ¡Podría tener una vida normal de no ser por el error de Neon!

—Shhh, no grites —le regañó en voz baja—. Es nuestro destino, y es muy importante. Piénsalo, Tommy. Al menos uno de vosotros cree en la historia. Si Norman tuviese tu responsabilidad no sería capaz de afrontarlo con la misma fuerza. El mundo entero estaría condenado si tu padre hubiese sido el elegido, porque él no cree en esto.

—En primer lugar habría preferido que la familia descendiente de Neon fuese otra, pero es algo que no puedo cambiar, así que me conformo. En segundo lugar, Norman es mucho más valiente que yo. En tercer lugar, sí, tienes razón. No me imagino a mi padre con traje y corbata luchando contra los elfos.

—Eres el único que puede hacer esto. Lo sabes. Eres inteligente, tienes corazón, isabes elegir! Elegiste seguir a Norman, huir de los elfos, confiar en la dríade y venir a por mí.

—Pero qué hago yo ahora, ¿eh? He venido aquí buscando tu ayuda. Estoy perdido.

—¿Quién ha dicho que no vaya a ayudarte? Me he pasado toda mi vida investigando las leyendas, las criaturas, buscando a Fantasiosos como nosotros. He estudiado porque sabía que quizás un día podía servir de ayuda, y aquí estoy, contigo.

—¿Has estado buscando Fantasiosos?

—No solo buscándolos. He reunido a un grupo considerable, hemos intercambiado experiencias, nos hemos preparado para esto

juntos. Todo gracias a mi blog «Historias de un Fantasioso» en internet. Aunque parezca mentira, es un imán para gente como nosotros.

El muchacho apenas podía creer lo que estaba escuchando.

No importaba si había sido gracias a un blog por internet (¿desde cuándo Brad dominaba las nuevas tecnologías?), su abuelo, que siempre había parecido tímido, había reunido a una especie de ejército contra el mal en secreto. ¡Era lo más alucinante que había visto nunca! ¡Y él era el líder!

—¡Abuelo, eres el mejor! ¿Cuándo pensabas contármelo?

—Pensaba esperar a tu mayoría de edad, pero veo que no será necesario. —Se carcajeó—. Dame mi móvil.

Tommy agarró el teléfono táctil de la mesita de noche y se lo tendió henchido de alegría.

Brad era un héroe para él. Alguien que actuaba desde las sombras por el bien del mundo, como los superhéroes, que nunca descubrían su propia identidad.

—Voy a enviar un mensaje —dijo.

Tecleó más rápido que cualquier abuelo que hubiese visto, y pulsó el botón enviar. Se levantó de la cama sin decir nada, cogió su abrigo, se puso una boina color azul marino, y sonrió a su nieto desde la puerta.

—¿Vienes o qué?

El chico se levantó sin pensarlo dos veces.

El palacio estaba desértico por dentro. Las columnas de mármol se elevaban hasta el techo, negras como la cueva de un oso, y los cuadros antiguos cubiertos de polvo eran la única señal de que una vez hubo vida allí.

Norman se acercó a uno de ellos y se quedó observándolo mientras recordaba lo divertidas que eran las pinturas de la biblioteca. Ese no era nada divertido. En él había una mujer con un hacha en la mano que lanzaba mandobles a unas bestias tan grandes como los Nian. Tanto la dama como las criaturas sangraban por diversas partes del cuerpo. El cuadro de la derecha mostraba a un humano de pelo cobre y ojos claros que sostenía un bastón marrón oscuro con un diamante rojo en la punta.

Solo un humano había estado ahí, así que tenía que ser Neon.

—Él es... —murmuró.

—Neon —terminó Nadeshiko—. Con el bastón. Tuvo que ser él el que lo escondió aquí. Solo un humano puede pasar la última prueba.

—Me ha sorprendido verlo.

—Sí, se nota. Después de tanto tiempo hablando de él sin saber su aspecto, es raro encontrarlo en un cuadro.

—Su pelo, sus ojos, son iguales que los míos, los de mi hermano, los de mi abuelo. Todos tenemos ese color. Es como un gen indestructible.

—Ahora que lo dices, tienes razón. No me había dado cuenta.

La joven japonesa se carcajeó con tono cantarín.

—Van a creer que todos los hombres sois así —continuó.

Parecía divertirse mucho con la coincidencia.

—¿Es que no todos sois así? —preguntó Daminna a sus espaldas.

Ella también escrutaba el cuadro con sus iris sangre, del mismo color que el diamante del Selin.

—¡Claro que no! —exclamó la chica—. También hay hombres feos, con los ojos verdes, negros, marrones, el pelo rubio o más oscuro. Algunos tienen la piel más pálida, otros más morena. Unos tienen bigote, otros barba, el pelo rapado... Hay muchísimos tipos de hombres.

La elfa se encogió de hombros.

—Pues a mí me gustaría conocer a uno de dos metros, con el pelo negro, los ojos más oscuros que existan y la piel pálida. Si es tan guapo como vosotros, pero más hombre, me lo llevaría para mí.

Turar tosió molesto desde una esquina, y Norman se preguntó si los dos elfos eran pareja. Siempre iban juntos de un lado a otro, luchaban igual, e incluso se miraban de reojo.

—Vámonos, anda. No tenemos tiempo para esto —dijo tras una pausa.

—Cuanto antes superemos las pruebas, antes iremos a por Tommy —intervino Norman.

Nadeshiko lo cogió de la mano, y se sonrieron. Una corriente electrizante los recorrió a la vez. Quizás por el deseo, o porque el peligro constante les hacía sentir más.

Norman se puso rígido, pero no sintió ganas de echar a correr. Poco a poco, esa sensación desaparecía para dar paso a la confianza. Se preguntó si a Nadeshiko le pasaba igual.

El grupo anduvo durante quince minutos, hasta que escuchó un sonido atronador semejante a la explosión de una bomba.

Capítulo 17

Capítulo 17: Demonios.

—¿En qué consiste esta prueba? —interrogó Norman mirando a un lado y a otro sin parar.

Ese sonido le había puesto los pelos de punta. No sabía de dónde venía, pero estaba más cerca de lo que le gustaría.

—Demonios. Son muy peligrosos.

—No me digas.

—Ellos se transforman en lo que más quieres, o en tus miedos. Son impredecibles. Tenéis que ser conscientes en todo momento de qué es real y de qué no. Creedme, no es nada fácil. Me atrevería a decir que son los seres más poderosos de toda Rahagistián —estudió a los adolescentes cogidos de la mano, y suspiró—. Ellos leerán vuestros corazones. Se pueden convertir en vosotros mismos y atacaros, pero tendréis que matarlos. Nadeshiko, quizás Norman no será realmente Norman. Lo mismo te digo a ti. Tenéis que ver la verdad y matar al malo.

La japonesa miró al chico y exclamó:

—¡No te equivoques de persona!

—Lo mismo te digo.

De pronto todo se tornó negro alrededor del muchacho. Fue como si se quedara ciego, como si la luz nunca hubiese existido en su vida. Nunca antes había visto la verdadera oscuridad hasta ese momento, y era aterrador. Sentía como si el frío lo envolviera y penetrara por cada orificio de su cuerpo helando todo lo que encontraba.

Súbitamente, un grito cruzó la sala hasta llegar a sus oídos, y comprendió que había sido Nadeshiko; nadie tenía ese tono de voz. Solo ella podía hacer que un grito sonase dulce y estremeciera a cualquiera hasta la médula al mismo tiempo.

—¡Nadeshiko! —gritó.

Corrió en su ayuda y, unos metros más allá, la vio hecha un ovillo en el suelo, con el hombro sangrando a raudales. La sangre caía líquida por su escote y teñía el vestido de color vino. Cuando escuchó sus pasos

tras ella, lo miró y cerró los párpados con fuerza.

—Vete, demonio, vete de aquí. Sé que eres un impostor
—murmuró.

Su voz temblorosa estaba plagada de inseguridad.

—Nadeshiko, soy yo. Te he escuchado gritar. Dios mío, ¿quién te ha hecho eso?

Se acercó a ella con lentitud, ya que no quería asustarla.

—Norman, ¿eres tú de verdad? —Él asintió—. Menos mal que ya no estoy sola. Ahora podremos enfrentar mejor a los demonios.

—Hacemos un buen equipo.

—Hacemos el mejor equipo. —Resaltó ella.

—Dime, ¿quién te ha hecho eso? —interrogó.

—No lo sé. Sentí frío en todas partes y luego vino el dolor. Alguien me estaba agarrando fuerte del hombro y me clavaba sus garras. —Se estremeció—. Ha sido horrible.

Un sollozo estrangulado surgió de lo más profundo de su garganta.

Norman gruñó.

—Esos demonios... Vamos, busquémoslos y matémoslos.

Un nuevo grito extrañamente familiar retumbó en unas paredes que no veía. Ésta vez fue masculino, pero no tanto como para pertenecer a Turar.

—Esa voz...

—¡Es Tommy! —interrumpió la chica.

Como movida por un resorte, se levantó y echó a correr ignorando su hombro dolorido.

—¡Espera, Nadeshiko!

Aunque esa voz parecía la de su hermano, llevaba escuchándolo llorar y chillar toda la vida. El llanto de su hermano era normal en su infancia, hasta el punto en que lo diferenciaba del llanto de otros niños.

Puede que engañaran a la muchacha, pero a él no. A ese grito le faltaba sentimiento. Era un quejido vacío, imitado, que solo podía engañar a los que no conocían bien al adolescente.

—¡Nadeshiko, no es Tommy! ¡Los demonios te están engañando!

Corrió lo más rápido que pudo detrás de la muchacha, pero ella ni siquiera se atrevió a mirar atrás. Siguió el alarido igual que una madre sigue el lamento de un hijo perdido. Con tanta desesperación que nubla la vista y el raciocinio.

—¡Está ahí, míralo! —chilló unos metros más adelante.

Paró en seco en frente de una forma que no se diferenciaba bien en la oscuridad.

«Si no hay luz, ¿cómo puedo ver a Nadeshiko y a Tommy? » Se preguntó Norman. «Parece que desprenden su propia luz. Aquí nosotros somos las luciérnagas, porque está tan oscuro que nuestra presencia resplandece. »

Tommy (mejor dicho, la imitación de Tommy), los miraba llorando desde una esquina, pero en sus ojos no había pena, solo malas intenciones.

—Nadeshiko, él no es Tommy, aléjate.

—Sí que lo es, ¿no lo ves? Está aquí, delante nuestra. Tenemos que aprovechar para agradecerle lo que hizo.

—No te dejes engañar, usa tu sabiduría para ver la verdad —le rogó.

Pero la chica estaba ciega ante la verdad y siguió contemplando al demonio.

—Vamos a hablar con él —dijo.

Anduvo hacia el cuerpo con decisión y, cuando estuvo delante de él, Tommy sonrió como él nunca sonreía: de medio lado, igual que hacían los chicos malos de su instituto, los típicos que ligaban un montón pero no tenían nada de provecho en su reducido cerebro. Le tendió una mano, y Nadeshiko fue a cogerla.

—¡No! —exclamó Norman.

¿Cómo podía ser tan inconsciente en esa situación de estrés?

¿Cómo podía mantenerse ciega después de todo su entrenamiento?

Sin pensarlo más de una vez, se lanzó con el puñal en alto y lo clavó en el corazón del impostor. Éste lo miró a los ojos y suspiró una vez antes de explotar en polvo. Salió volando por todos lados. Manchó el vestido de Nadeshiko, impregnó el pelo del chico y otro montoncito cayó al suelo. Parecía haberse carbonizado al contacto con el hierro.

Había sido demasiado fácil.

—¿Era un demonio? —inquirió la joven.

Estaba pálida, al borde del desmayo. Sus labios rosas estaban morados, sus manos, rojas, y su pelo demasiado apagado.

—Te dije que miraras bien. Recuerda que Daminna y Turar nos han avisado.

—Pero parecía real. Tenía su voz, su cuerpo...

—Pero no tenía sentimientos. Era una cáscara vacía, ¿no te has dado cuenta?

Ella negó.

—Creo que necesito un abrazo —susurró con dulzura.

Norman se sorprendió deseándolo. Nunca le había pedido algo así pero, aunque sabía que no era el momento adecuado, no quería hacer otra cosa. ¿Y si morían después de eso? ¿No sería mejor aprovechar cada instante con la persona a la que realmente quería?

Estaba siendo tonto al negarle cariño. Se estaba encerrando a sí mismo en el miedo, cuando lo que quería era tenerla para él, entre sus brazos. Protegerla en la oscuridad y acompañarla al campo en los días de verano. Quería volver con ella a la Tierra y reírse de esa experiencia. Recordarla como la aventura de sus vidas y contarle a todo el mundo que se enamoraron en un juego virtual.

Al abrazarla notó que su piel estaba fría. Ella se estremeció por el cambio de temperatura y se arrimó más a su cuello. Acercó los labios a su oreja y susurró:

—Bésame.

El corazón del chico martilleó con fuerza inusitada, la cabeza le dio vueltas y volvió a sentirse desnudo. Esas ansias de huida que lo inducían a correr no aparecieron, porque quería besarla. Quería sentir sus

labios contra los de ella, su cabello lacio enrollado en sus dedos y su nariz rozando la de él.

La cogió del mentón y descubrió que no veía sus propias manos.

«Qué raro, no brillo. He visto al falso Tommy brillar y Nadeshiko también brilla. ¿Por qué yo no?»

El falso Tommy era un demonio, y brillaba, entonces, si él era humano y no brillaba, eso quería decir que él no estaba a punto de besar a Nadeshiko, sino a un ser de las tinieblas.

Tragó saliva y observó la cara dulce de la joven con los párpados cerrados, esperando el beso.

—Abre los ojos, por favor —pidió Norman.

La chica los abrió y Norman se adentró en ellos escrutando su interior. Buscó esa alma que tanto lo tentaba, esa que lo tenía enamorado, enganchado, pero no encontró nada, solo una cáscara vacía.

Sin expresar nada, hundió el puñal en lo más hondo del corazón de Nadeshiko.

—¿Dónde vamos? —preguntó Tommy tras andar un buen trecho.

—Vamos a la guarida de los Fantasiosos.

—¿También tenéis una guarida?

—Pues claro, ¿qué grupo secreto no tiene una guarida? Si somos secretos tendremos que reunirnos en algún sitio. —Le guiñó un ojo.

—Espero que sea muy siniestro. —Rió el nieto.

No lo era.

No bajaron por alcantarillas, ni fueron a un descampado para acceder a una trampilla. Tampoco fueron a un rascacielos o una depuradora abandonada. Entraron en un edificio de cuatro pisos y subieron al tercero en ascensor. El edificio no estaba viejo, ni en ruinas, era moderno, de colores claros, suelo impecable y espejos en las paredes. Nadie pensaría nunca que ahí se reunían los Fantasiosos de Inglaterra.

—Me esperaba otra cosa —comentó Tommy mirando la puerta de madera que tenían delante—. No sé, un sitio de película, de esos que

salen en los libros.

El abuelo rió.

—¿Crees que eso es más secreto que una casa normal? ¿No es más sospechoso?

—Ahora que lo pienso, tienes razón. Nadie sospecha de un hombre que se reúne con sus amigos en casa, pero sí de uno que entra en una alcantarilla o desaparece en medio de un descampado.

—¡Pues claro! —Se carcajeó feliz.

Justo entonces la mujer de la tienda de relojes que tanto le gustaba, abrió la puerta. Llevaba unas gafas pequeñas sobre la nariz, y lo miraba por encima. Su pelo canoso rizado no brillaba, pero su sonrisa sí lo hacía. Vestía una camiseta de lana y una falda larga de tela gruesa. Cuando lo vio sonrió aún más, como si se alegrase de saber de él después de tres semanas.

—¡Por fin vuelvo a verte! Cuando Brad me dijo que habías ido a Rahagistián casi me da un infarto. ¿A cuántos peligros te habrás enfrentado? —Le agarró la muñeca con fuerza y lo arrastró a lo largo del pasillo mientras hablaba—. Tienes muchas cosas que contarnos. Nosotros te ayudaremos, y los jóvenes Fantasiosos también.

—¿Jóvenes Fantasiosos?

Tommy se sintió perdido. ¿Cómo había podido ocultar su abuelo algo tan importante?

—Claro. Los nietos que creen, como tú. Los futuros defensores. Todos son mayores de edad, porque pensamos que debéis tener una adolescencia feliz antes de deciros la verdad.

Ahí estaba la respuesta que buscaba.

—¿Sabes? —Siguió parlotando—. Una vez se lo dijimos a un chico de quince años y éste se rió de nosotros y nos ridiculizó públicamente. Luego cayó en depresión y, desde entonces, esperamos a los dieciocho para revelar la verdad.

Tommy miró a su alrededor: había cuadros de la familia, figuritas de santos, macetas, muebles de madera con tapetes de punto y muchas puertas. Era un hogar laberíntico, muy recargado. No había si un solo espacio en la pared sin espejos o retratos. Allí cualquiera se sentía

agobiado.

Al llegar al salón, al menos treinta personas lo miraron con interés. Lo observaron con fascinación, estudiando su rostro, su cuerpo, sus manos, su ropa, su pelo hecho un asco... Notó que el vello de su nuca se erizaba. Ser escrutado por tanta gente a la vez lo hacía sentirse desnudo.

—Hola —saludó.

Los nervios lo traicionaron haciendo que su voz temblara.

—Hola —respondieron los demás al unísono.

—Así que tú eres el elegido —dijo una muchacha de pelo negro, pechos grandes y labios rojos—. Me esperaba a alguien más mayor. Ya sabes, con más músculo.

—¡Cállate, Lisa! —gritó la mujer de la librería, escandalizada—. Perdona a mi nieta. A sus diecinueve años aún no ha entendido el significado de amabilidad.

—Sé muy bien lo que significa amabilidad, pero no me gusta mentir a nadie. Yo digo lo que pienso —rechistó.

Era tan guapa que intimidaba. Tenía las curvas que toda mujer soñaba y los ojos más oscuros que había visto nunca.

—Me da igual lo que pienses, jovencita. ¿estáis todos preparados para darle su merecido a ese traidor?

—¡Sí! —exclamaron, Brad incluido.

—¿Nos vamos ya? Creía que iba a contaros mi historia.

—Y lo harás, Tommy —respondió el abuelo—. En el camino. El tiempo es oro. Mi nieto está en peligro y la Tierra lo estará en cualquier momento.

—¿Pero vamos a ir andando?

Por los jóvenes no importaba pero, ¿y los ancianos? No podía imaginarlos a todos andando entre los árboles del bosque. Tardarían horas.

—¿Andando? Claro que no, iremos en tres limusinas.

—¿Tres limusinas?!

Dios mío, la situación era cada vez más descabellada.

—Pues claro. Aquí hay un viejo muy rico...

—No me llames viejo.

Interrumpió un hombre calvo, alto a pesar de su edad, y bastante en forma. Iba vestido con traje, unos zapatos impecables y una corbata negra.

—Es verdad, eres el más joven de todos. —Rió Brad—. Iremos en limusina y contarás tu historia por móvil para que todos la podamos escuchar. Después le daremos su merecido a ese traidor.

—¿Qué traidor?

Tommy se puso la mano en la frente, confundido. ¿Cuántas historias ignoraba?

—El hombre nauseabundo, claro. Es un Fantasioso traidor. ¡Nosotros tenemos que proteger la Tierra, no condenarla! A saber cómo ha contactado con los elfos.

—¡Esa sabandija inmunda! —exclamó un chico joven, de unos veinticinco años.

En el pequeño edificio casi todos los presentes tenían el pelo negro.

—¡Así se habla, nietecito, démosle su merecido! —apoyó una mujer mayor con bastón.

—Vamos, ¿a qué esperamos? —intervino la mujer de la tienda.

Los jóvenes y mayores con buena forma decidieron bajar por las escaleras para no perder tanto tiempo haciendo turnos para montar en el ascensor, y esperaron a los más mayores. Cuando estuvieron en el portal, el anciano rico se fue junto a dos treintañeros y volvió con las tres limusinas negras.

Brad y Tommy montaron en una con la mujer de los relojes, su nieta y cinco desconocidos más, mientras que los demás se organizaron en las dos restantes. Una vez preparados, arrancaron y condujeron por la carretera que llevaba a la cabaña. A esas alturas serían las tres de la madrugada, pero nadie tenía sueño. Todos estaban emocionados,

excitados por hacer frente al traidor.

Durante el trayecto Tommy volvió a contar la historia que ya se sabía de memoria, y nadie le interrumpió, ni siquiera la joven de pelo azabache. No cabía duda del respeto que tenían por Rahagistián. Para ellos no era ninguna tontería, ningún cuento del que reírse. Era algo serio en lo que creían con todo su corazón. El chico se sintió comprendido, sin temor a ser desacreditado. Se sintió bien siendo el centro de atención, cosa que nunca antes le había pasado. Normalmente él intentaba mantenerse al margen.

Cuando acabó no hubo tiempo de preguntas porque ya habían llegado, apagaron los móviles, y se apearon con parsimonia, intentando no hacer ruido.

—Rodead la casa—ordenó Brad en voz baja—. Lili, Lisa, Paul y Eric, venid conmigo y con Tommy. Seremos suficientes para hacerle hablar.

La anciana de la tienda, su nieta y dos hombres se unieron al grupo, se miraron, asintieron, y siguieron a Brad.

Tommy estaba ilusionado por su abuelo. Él era más que un héroe. Verlo en acción resultaba más emocionante que ver su película preferida en un cine gigante. Él era como uno de esos protagonistas que parecen inmortales a pesar de la edad. Insuflaba respeto por los cuatro costados.

—¿Preparados? —susurró.

Los dos hombres asintieron y, al grito de ya, golpearon la puerta con los pies y ésta saltó en pedazos. Dentro, el hombre nauseabundo se levantó del sofá con los ojos como platos, semidesnudo, sin saber qué pasaba. Ni siquiera chilló de lo asustado que estaba, pero cuando vio a Tommy entrar, abrió y cerró la boca igual que un pez, se dio media vuelta y corrió hacia la ventana abierta. Lisa, la joven guapa, le cortó el paso y le sonrió de medio lado.

—¿Dónde te crees que vas, sanguijuela? —preguntó Brad.

Adelantó a Tommy y se colocó junto al traidor. Éste, intimidado, se hizo pequeño y volvió a la seguridad de su sofá.

—¿Qué es esto? —interrogó.

Su voz sonó aguada.

—Creo que es mejor que nos lo cuentes tú. —Se colocó frente al hombre y lo apresó del hombro—. ¿Cómo contactaste con los elfos

oscuros? ¡Engañaste a mis nietos y ahora dos jóvenes pueden morir! No solo dos jóvenes. ¡Toda la humanidad! ¿Qué persona querría algo así?

—Vosotros no lo entendéis. Ellos me prometieron reinar y tener a quien quisiera.

—¿Y tú les creíste como un gusano que eres?!

—¡No tienes ni idea de lo malo que es ser pobre y estar solo! ¡Tengo que pasar por mucho para tener televisión!

Tragó saliva haciendo que su nuez se moviese de arriba abajo.

—¡Nada de eso justifica esta locura! —Los gritos de Brad hicieron que se encogiera aún más.

Tommy estaba impresionado del respeto que imponía su abuelo. A él nunca le había regañado así, y ahora sabía que quería que siguiera la racha.

—¿Cómo contactaste con los elfos? —preguntó con tono amenazador, muy bajo.

No era necesario elevarlo para causar más miedo.

—Fue fácil. Estuve estudiando a las criaturas de Rahagistián. Me leí todos los libros de fantasías, los cuentos y leyendas buscando una brecha por la que conectar, y al fin uní cabos y desvelé el misterio...

—¡Ve al grano!

—¡Demonios! ¿Vale? Algunas de las criaturas que volvieron a Rahagistián también se quedaron aquí.

—Tienen que ser criaturas muy poderosas para conseguirlo.

—Y los demonios lo son. Ellos contactan con sus compañeros de Rahagistián por medio de la telepatía. Fue tan fácil como invocar a uno y ofrecerle destrucción a cambio de mi reinado. A ellos les encanta el dolor. Ver a los humanos sufrir les resulta excitante.

—¿Y qué tienen que ver los elfos en todo esto?

El nauseabundo rió aún con voz aguda, igual que una hiena.

—A los demonios les encanta el sufrimiento, —repitió—, pero es más cómodo para ellos que otros hagan el trabajo. Ellos eligieron a los elfos para manipular a los humanos. Lo planeamos todo cuidadosamente,

día tras día.

—¿Y por qué no abriste tú la Puerta?! ¡¿Por qué enviaste a mis nietos a su tumba?!

—Porque allí hay muchos peligros. Podía morir y quedarme sin mi mundo prometido.

Tommy escrutó el rostro de Brad: se estaba poniendo rojo de la ira. Sus ojos azules miraban al patético hombrecillo, que boqueaba como un pez, como si estuviese a punto de matarlo. Mantenía los labios y el ceño fruncido, los puños cerrados por completo.

—¡Si tan solo estás podrías suicidarte y nos harías un favor a todos!

—Si fuese más valiente, lo haría.

—¿Qué hago? ¡¿Qué hago contigo ahora?! No puedo dejar vivir a alguien como tú. Alguien que ha contactado con el enemigo, que es capaz de mentir así, no puede traer nada bueno. —Hizo una pausa, pensativo—. Intentaría sacarte más información, pero no hay nada más para rascar. Sabemos las intenciones de los elfos, sabemos que los demonios tienen mucha culpa y también que puedes contar a alguien cómo destruir el mundo. Muerto estás mejor.

—Dices que muerto estoy mejor, pero, ¿cómo vais a detener esta catástrofe sin mí?

—¿Acaso puedes ofrecernos algo? —Fue un rugido más que una pregunta.

—Puedo llevaros hacia la voz.

—¿La voz?

Brad miró a Tommy de reojo y este supo que estaba pensando lo mismo que él.

«Bienvenido, Fantasioso. »

Esas palabras aún resonaban en su cabeza. Si todo era real, la voz también lo era. ¿A quién pertenecería? ¿Qué era ese ser superior?

Le gustaría preguntarlo en voz alta, gritarle al hombre nauseabundo por todo el daño que estaba haciendo, pero su abuelo manejaba la situación a la perfección y temía arruinarlo. Incluso la chica guapa se mantenía callada, en su sitio, y los otros dos hombres ni siquiera

se movían.

Sí, lo mejor sería que Brad se ocupase.

—Esa cosa que habla en tu mente. —Se restregó las manos con nerviosismo—. La escuché cuando tus nietos abrieron la Puerta. —Él también miró al joven de reajo—. Se infiltró en mi conversación con el demonio, llegó hasta mí, se metió en mi interior y me hizo sentir su ira. Me gritó, pero también se rió. Parecía bipolar, como si esto le divirtiera.

—¿Y sabes dónde está?

—No... digo, sí —rectificó.

Era tarde para él, los presentes escucharon su confusión con claridad, pero ninguno, excepto el abuelo, habló.

—Así que sabes dónde está. —Hizo como que no se había dado cuenta—. ¿Dónde?

—Es algo superior, así que tiene que estar en un sitio donde todo lo vea. Os ayudaré a encontrarla si no me matáis.

—¿Y después qué?

—Después venderé mi alma a los demonios para que no destruyan el planeta.

—¿Y crees que se conformarán con tu alma, cuando pueden ver morir a millones de personas?

El hombrecillo dudó.

—Tengo esa esperanza. He cometido un error y daré mi vida por ello.

—Dar la vida para no ver lo que ocurrirá es más rastrero aún que la cobardía. Deberías pensar como Neon. Él se aseguró de que la Tierra no volvería a estar desprotegida.

Asintió imperceptiblemente, y alguien tapó los ojos de Tommy con fuerza.

Las manos eran duras, frías, de trabajador de campo, más fuertes que las de cuatro obreros juntas. Notó que apretaban sus ojos para que no viese lo que estaba ocurriendo, pero aún podía escucharlo: Primero sonó un ruido fuerte. Parecía que el hombre nauseabundo se había levantado y tirado la mesa por el terror, pero no gritó, ni siquiera pidió

socorro. Lo próximo que se escuchó fueron los estrangulados sonidos de un hombre que se asfixia. Una boca que busca aire sin encontrarlo. Una faringe que lucha por hacer llegar oxígeno a unos pulmones que arden. Después, nada.

Las manos dejaron de presionarlo. Abrió los ojos para ver el cuerpo del mentiroso sin nombre. Él era un humano más, y ni siquiera le habían preguntado cómo se llamaba. Debía de estar muy solo para hacer algo tan desesperado. No sabía con seguridad cuál era su historia, dónde había nacido, quiénes eran sus padres, si había tenido novia, mujer o hijos. Quizás la vida lo trató tan mal que dejó de importarle la humanidad. Al mirar al suelo se cruzó con las piernas de su abuelo, levantó la mirada y vio que no sonreía. Su expresión sombría lo decía todo. Era una de esas expresiones que dejan claras mil palabras sin tener que pronunciarlas. Una de esas que anuncian muerte, culpabilidad, pesar... tantos sentimientos negativos que te sientes abrumado de tan solo verla.

Ni siquiera preguntó. Se limitó a bajar las escaleras de caracol que ya había bajado una vez, solo que fue muy diferente. Él creía en la mentira, estaba emocionado, aún pensaba que tendría alguna oportunidad con Nadeshiko. ¡Cómo habían cambiado las cosas desde entonces!

Al llegar abajo todos los Fantasiosos observaron la Puerta, maravillados. Tommy los entendía. Aun viéndola por tercera vez sentía un leve cosquilleo en el estómago.

El árbol labrado en mármol no era menos siniestro que antes, al contrario. Cuanto más lo miraba más oscuro le parecía. Fue consciente de que la Puerta era tan magnífica, porque había equilibrio: El mármol blanco representaba al bien, y el árbol al mal. Ambos se combinaban perfectamente, en sintonía.

Era raro darse cuenta de cómo miraba ahora al mundo: con los ojos más abiertos, más interesado en todo lo que le rodeaba, más abierto a las personas, a las señales de la naturaleza, a los pequeños detalles.

Nunca más se levantaría pensando que el mundo era feo, que la vida no valía la pena.

Si los chicos del instituto querían insultarlo por estudiar, que lo hicieran, él era feliz así. Si las chicas no se atrevían a hablar con él a pesar de verlo atractivo, entonces era porque no se lo merecían. Norman no tendría que protegerlo nunca más porque él lo haría solo. Sus padres no volverían a estar tristes en casa, porque le agradecería con creces lo que hacían día a día para dárselo todo.

Hinchó el pecho orgulloso: era su decisión, y pensaba llevarla a

cabo.

Su abuelo le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—Esto es mejor que en el cuento, ¿verdad? —preguntó.

Volvía a ser el hombre bonachón de siempre.

—No era un cuento, abuelo, era la verdad. No quiero que vuelvas a decir cuento. Mejor llámalo historia.

Sonrió.

—Tienes razón. ¡Esto es mucho mejor que en la historia!

—Lo sé. Da miedo, pero es puro y hermoso al mismo tiempo.

—Describe lo que espero encontrarme ahí adentro. Seres de buen corazón, de malo y los paisajes más bellos que jamás haya visto.

—No te equivocas. Yo también pensé que era precioso, pero cuando estás tres semanas luchando por tu vida y vuelves a casa... te aseguro que no hay nada como esto.

—Lo sé, hijo. Pero yo no sentiré eso porque mi casa está donde están mis seres queridos. Vosotros sois mi hogar.

Agarró la mano de su nieto y, juntos, entraron por la Puerta ya abierta.